This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

[H.C] ~~274. c. 20~~

~~274. C. 9.~~

Vet. Span. III. A. 62

PABLO

Y

VIRGINIA,

POR JACOBO BERNARDINO ENRIQUE DE SAINT-PIERRE;

TRADUCIDO AL CASTELLANO

Por Don Josef Miguel ALÉA.

..... *Miseris succurrere disco.*
ÆNEID. lib. I.

CUARTA EDICION.

MADRID,
IMPRENTA DE DON BENITO CANO.
1840.

276

Prólogo del Autor.

Me he propuesto grandes designios en esta obrita, en la cual he procurado pintar un suelo y producciones diferentes de las de nuestra Europa. Harto tiempo han estado en posesion nuestros poetas de poner á reposar sus amantes á las orillas de los arroyuelos, en las praderias, y á la sombra de las hayas. Yo he querido sentarlos en las riberas del mar, al pié de los peñascos, á la sombra de los cocoteros, de los plátanos y limoneros en flor. No faltan á la otra parte del mundo sino Teócritos y Virgilios, para que tengamos descripciones tan inte-

resantes, á lo ménos, como las de nuestro pais. Sé que algunos viageros de gusto nos han hecho pinturas encantadoras de muchas islas del mar del Sur; pero las costumbres de los habitantes, y aun mas las de los Europeos que aportan á ellas, afean y desfiguran por lo regular estos cuadros. Yo he deseado reunir á la belleza de la naturaleza entre los trópicos la belleza moral de una sociedad poco numerosa, proponiendome al mismo tiempo demostrar grandes verdades, entre otras: « que nuestra felicidad consiste « en vivir segun las leyes de la naturaleza « y de la virtud, dirigidas por las infa- « libles verdades del Evangelio. »

Para pintar familias felices, no he necesitado inventar una novela. Puedo asegurar que las de que voy á hablar han existido realmente; que su historia es verdadera en sus principales acontecimientos, certificados en mi presencia por muchos colonos á quienes he conocido en la Isla de Francia. No he hecho mas que añadir algunas cir-

cunstancias indiferentes, que siendome por otra parte personales tienen, hasta en esto, cierta especie de realidad. Cuando formé, algunos años ha, un diseño muy imperfecto de esta especie de pastoral, procuré leersela á una dama que frecuentaba lo que se llama el gran mundo, y á personas graves que vivian muy apartadas de él, á fin de prever el efecto que produciria su lectura en gentes de caractères tan diversos; y tuvé la satisfaccion de verlos á todos derramar lágrimas. Este fué el único juicio que pude formar de la obra, y esto era cabalmente lo que yo deseaba ver comprobado.

Mas como, por lo comun, la presuncion es un vicio compañero de la cortedad del talento, caí en la vanidad, con tan buen suceso, de intitular mi obra : Pintura de la Naturaleza. *Pero habiendo reflexionado despues, por dicha mia, cuan distante estoy de conocer el clima en que naci; cuan rica, variada, amable, magnifica y misteriosa*

se presenta la naturaleza en aquellos paises donde no he visto sus producciones, sino de paso; y por último, cuan ageno me hallo de poseer aquella sagacidad, espresion y gusto que se requieren para conocerla y retratarla, volví en mi, y agregué este débil ensayo á mis Estudios de la Naturaleza, *que el público ha acogido con tanta benignidad, á fin de que recordandole este titulo mi incapacidad, merezca, como hasta aquí, la continuacion de su indulgencia.*

PABLO

Y

VIRGINIA.

En la ladera oriental del monte que se eleva á espaldas de Puerto-Luis, en la Isla de Francia, se ven, en un terreno antigüamente cultivado, las ruinas de dos pequeñas chozas, situadas casi en el centro de una ensenada rodeada de escarpadas rocas, y con sola una entrada al norte. A la parte izquierda de este sitio, se descubre la montaña llamada el morro de la Descubierta, que es la atalaya desde donde se señalan las naos que aportan á

la isla, y al pié de ella, la ciudad nombrada Puerto-Luis; sobre la derecha, el camino que va de Puerto-Luis al arrabal de las Pamplemusas; en seguida la iglesia de este nombre, que se eleva, con sus avenidas de bambúes ó cañas, en medio de una espaciosa llanura; y mas allá un bosque que se estiende hasta las estremidades de la Isla. En frente se distingue la bahia del Sepulcro en la playa del mar, un poco mas sobre la derecha, el cabo Desgraciado; y despues del cabo, el anchuroso océano, donde aparecen, á flor de agua, varios islotes inhabitados, entre otros el llamado Mira, que parece un baluarte en medio de las olas.

A la entrada de esta especie de ensenada, desde donde se descubre tanta variedad de objetos, los ecos del monte repiten sin cesar el zumbido de los vientos que agitan los bosques inmediatos, y el susurro de las olas que se estrellan á lo léjos en los arenales y peñascos. Mas al

pié de las chozas no se siente ningun ruido, ni se descubren en todo su contorno mas que enormes riscos, escarpados á manera de murallas, á raiz de los cuales, en sus grietas y hasta en sus cimas, crecen grupos de árboles donde se detienen las nubes. Las lluvias atraidas por sus picos retratan muy á menudo en las verdipardas lomas del monte los colores del iris, y proveen de agua las fuentes de que se forma en la falda el pequeño rio nombrado de los Lataneros.

En su circunferencia reina un profundo silencio, y todo es apacible, el aire, la luz y las aguas. El eco apénas repite allí el murmullo de las palmeras que crecen en la eminencia, cuyas largas hojas, rematando en forma de flecha, se ven continuamente agitadas por los vientos. Una apacible claridad ilumina el fondo de este recinto, adonde no penetra el sol hasta el mediodia; pero desde que apunta la aurora, bañan sus rayos toda la cumbre,

cuyos elevados picos, sobrepujando á las sombras del monte parecen de oro y púrpura sobre el azul de los cielos.

Gustaba yo de frecuentar este sitio donde se goza á un tiempo la vista de un inmenso horizonte, y la soledad mas profunda. Estando pues sentado un dia al pié de estas chozas, examinando sus ruinas, pasó no léjos de mi un hombre de avanzada edad, descalzo, con calzon largo y chaqueta, segun la costumbre de los antiguos habitantes del pais, y un cayado de ébano en la mano, en que se apoyaba. Eran sus cabellos blancos como la nieve, y su fisonomia magestuosa y noble. Saludéle con respeto, y él me correspondió con el mismo; y habiendose parado á mirarme con atencion un breve rato, se dirigió adonde yo estaba, y se sentó á mi lado. Animado yo con esta demostracion de confianza, le dirigi la palabra en estos términos:

« ¿No me diréis, buen amigo, á quien

« han pertenecido estas chozas » ? Y él me respondió : « Estos escombros, señor, y « este terreno inculto, fuéron habitados, « ahora veinte años, por dos familias que « habian encontrado aqui la felicidad. Su « historia es de las mas tiernas; pero en « esta isla, que está al tránsito para las « Indias orientales, ¿ qué europeo puede « interesarse en la suerte de algunos par- « ticulares oscuros ? ¿ quien querria vivir « aqui feliz, pero ignorado y pobre ? Los « hombres solo desean saber las historias « de los grandes y poderosos de la tierra, « que acaso no son de tanto provecho. »

« Ya conozco, amigo, le contesté, en « vuestro semblante y modo de espresar- « os, que poseeis gran caudal de razon y « de esperiencia ; y asi, si no estais de « prisa, os ruego me digais todo lo que « sabeis acerca de los antiguos moradores « de esta serrania : y creed que el hom- « bre, aun el mas depravado con las preo- « cupaciones del mundo, se complace en

« oir hablar de la felicidad que propor-
« cionan la naturaleza y la virtud, diri-
« gidas por la religion. »

Entónces el anciano, despues de haber tenido aplicada breve rato la mano á la frente, como en ademan de quien procura traer á la memoria diversas circunstancias de algun hecho, me refirió lo siguiente.

En el año de 1726, un jóven natural de Normandia, llamado M.r de La Tour, despues de haber solicitado, aunque inútilmente, entrar en el servicio del rey de Francia, y los auxilios necesarios de su familia para este fin, determinó pasar á esta isla, con el objeto de mejorar su suerte. Traia en su compañia á una hermosa jóven, á quien amaba con ternura, y era igualmente correspondido de ella, con la cual se habia casado en secreto y sin ninguna dote; porque siendo ella de una rica y antigua casa y familia de su provincia, se habian opuesto al casamiento los parientes, con el pretesto de

que M.r de La Tour no era de noble linage y caballero. Dejóla en Puerto-Luis á pocos dias de su llegada, y se embarcó para Madagascar, con la esperanza de comprar en aquella isla algunos negros, y volverse prontamente á hacer aqui un establecimiento. En efecto, desembarcó en Madagascar á mediados de Octubre, que es allí la estacion mas peligrosa; y á pocos dias de haber desembarcado, murió de las fiebres pútridas que reinan en aquella isla casi los seis meses del año, y que impedirán siempre á las naciones europeas formar en ella establecimientos fijos.

Todos sus efectos fuéron disipados despues de su fallecimiento, como ordinariamente sucede á los que mueren léjos de su patria. Su muger se halló sola en Puerto-Luis, viuda, en cinta, y sin mas bienes propios que una negra, en un pais estraño, sin crédito ni recomendacion alguna. Decidida en tan triste situacion á no mendigar favores de ningun hombre, despues

de la muerte del único á quien tiernamente habia amado, é inspirandole valor su misma desgracia, determinó cultivar con su esclava una corta porcion de terreno, á fin de adquirirse su subsistencia con el sudor de su frente.

En una isla casi desierta, cuyo suelo estaba á discrecion del primero que llegaba, no quiso esta pobre viuda elegir los parages mas feraces, ni los mas proporcionados para el comercio; sino que buscando alguna quebrada de monte, algun asilo encubierto donde poder vivir desconocida y sola, se encaminó á estas breñas, para guarecerse en ellas como en un nido.

Es como una especie de instinto, comun á todos los seres sensibles y afligidos, el refugiarse á los sitios mas ásperos y desiertos: como si los peñascos fuesen baluartes contra el infortunio, ó como si la tranquilidad de la naturaleza pudiese calmar la inquietud y zozobras del ánimo conturbado. Pero la Providencia, que

viene en nuestro auxilio, cuando solo buscamos los bienes necesarios, tenia reservado uno á madama de La Tour, que no dan ni pueden dar el poder y las riquezas. ¿ Y cual era este bien? una amiga.

Un año habia que habitaba en este mismo sitio una buena muger, activa y sensible, llamada Margarita. Era natural de la Bretaña, hija de unos pobres labradores que la amaban como á las niñas de sus ojos, y la hubieran hecho feliz, si ella incauta no hubiera tenido la flaqueza de dar crédito á las insinuaciones amorosas de un caballero de su vecindad, aseguradas con la promesa de futuro matrimonio. Mas este inhumano, habiendo saciado su libidinosa pasion, la abandonó con crueldad, y aun se negó á asegurarle una subsistencia para el fruto que ya llevaba en sus entrañas. Ella entónces, persuadida de su desgracia, se resolvió á dejar para siempre el lugar de su nacimiento, y venir á ocultar su fragilidad á las colo-

nias, léjos de su patria, donde habia perdido la única dote de una doncella honrada y pobre, la reputacion. Un negro, ya de edad, que Margarita habia adquirido con algun dinero prestado, cultivaba con ella una rinconada de este terreno, y vivian felices.

Madama de La Tour, seguida de su negra, halló en este sitio á Margarita, que estaba dando de mamar á su hijo; y alegrandose estraordinariamente de encontrar á una muger en situacion tan parecida á la suya, le significó en pocas palabras su estado antiguo y sus necesidades actuales. Inmediatamente que oyó Margarita la relacion de madama de La Tour, quedó penetrada de compasion hácia ella; y queriendo merecer su confianza mas bien que su estimacion, le confesó, sin disimularle nada, la imprudencia que habia cometido, añadiendo: ¡Yo si que he merecido la suerte que me cabe; pero vos, señora.... sin culpa y desgraciada! Y despues de esto

le ofreció con lágrimas su choza y amistad.

Madama de La Tour, penetrada de gratitud al ver tan tierna y generósa acogida, le dijo estrechandola entre sus brazos: ¡Ay « buena amiga! sin duda quiere el cielo « poner término á mis crueles penas, pues « os inspira mucha mas compasion hácia « mi, siendo como soy para vos una persona « estraña, que la que he hallado hasta « ahora en mis deudos mas cercanos. »

Yo conocia á Margarita, y la visitaba como amiga; pues aunque vivo legua y media de aqui, en el bosque que está de la otra parte de la Montaña-larga, me consideraba como vecino suyo. En las ciudades de Europa, una calle, un simple muro impiden á los miembros de una misma familia juntarse y comunicarse años enteros; pero en las nuevas colonias se miran como vecinos aquellos que solo viven separados por alguna montaña ó bosque. En aquel tiempo con particularidad, en que esta isla apénas tenia comercio

con las Indias, la simple vecindad era un título para la amistad, y la hospitalidad con los estrangeros una obligacion y un placer.

Cuando supe que mi vecina tenia compañera, vine á visitarla para ofrecerle mis servicios y ser de alguna utilidad á entrámbas. Hallé en madama de La Tour una muger de una fisonomía atractiva, llena de dignidad y melancolía, y en dias de parir. Yo les dije que convenia, por el interes de sus hijos, y particularmente por evitar que otro colono se apoderara del terreno, partiesen entre sí el fondo de este valle, cuya estension es de cerca de veinte yugadas.

Ellas se pusiéron en mis manos para esta division, y yo formé dos porciones casi iguales. La una contenia la parte superior de este recinto, desde la estremidad de esos peñascos cubiertos de nubes, donde tiene su nacimiento el rio de los Lataneros, hasta aquella abertura escar-

pada que veis en lo alto del monte, llamada la Cureña, porque efectivamente se semeja á una cureña de cañon. El fondo de este suelo es un puro pedregal, por el cual apénas se puede caminar; pero no obstante produce frondosos árboles, y está manando en fuentes y arroyuelos.

En la otra porcion entraba toda la parte inferior, que se estiende á lo largo de las márgenes del rio de los Lataneros hasta esta garganta donde nosotros estamos, desde la cual comienza á correr el rio entre dos colinas hasta el mar. Ya alcanzais á ver desde aqui aquellos listones ó fajas de prados, y un terreno bastante igual y llano; pero ni por eso es mejor que el otro, porque en lloviendo se vuelve pantanoso, y en tiempo de sequedad duro como un guijarro.

Verificadas estas divisiones, persuadi á las dos echaran suertes sobre su propiedad. Cupo en suerte la parte superior á madama de La Tour, y la inferior á Marga-

rita, quedando una y otra contentas con su parte; pero me pidiéron que no me alejara de estas inmediaciones, con el fin de que pudiéramos vernos á menudo, ayudarnos y valernos mútuamente en nuestras cuitas.

Pero todavia se necesitaba una habitacion particular para cada una. La de Margarita estaba situada en medio del llano, precisamente en los confines de su terreno. Determiné, pues, construir otra igual, allí inmediato, en los lindes del de madama de La Tour, para su habitacion; por manera que estas dos amigas vivian vecinas una de otra, y en la propiedad respectiva de sus familias. Yo mismo corté las maderas en el monte, y conduje de la ribera del mar las hojas de los lataneros, para levantar esas dos chozas que teneis á la vista sin puertas ni tejado. ¡Ay de mí triste! ¡demasiados vestigios existen todavia para tormento de mi memoria! El tiempo que con tanta rapidez reduce á

polvo los monumentos de los imperios, parece que respeta en este lugar solitario los de la amistad, para perpetuar mi dolor hasta el fin de mis dias.

Apénas habia yo concluido la segunda choza, cuando madama de La Tour dió á luz una niña, y como yo habia sido padrino del hijo de Margarita, que se llamaba Pablo, me rogó madama de La Tour lo fuese tambien de su hija, juntamente con su amiga. Esta puso por nombre á la recien nacida, Virginia, y dijo: « Ella « será virtuosa y feliz; yo no conocí la « desgracia hasta que me estravié del ca- « mino de la virtud. »

Luego que madama de La Tour hubo convalecido de su parto, empezáron á tomar incremento estas dos pequeñas posesiones, con el auxilio que yo de tiempo en tiempo les presentaba, y principalmente con el trabajo continuo de sus esclavos. El de Margarita, llamado Domingo, era un negro todavía robusto, bien que ya de

dias, lleno de esperiencia, y dotado de un entendimiento bastante despejado. Cultivaba indiferentemente los dos terrenos, segun le parecian mas ó ménos feraces, sembrando en ellos las simientes para que eran mas proporcionados. En las tierras medianas sembraba mijo y maiz, algo de trigo en las buenas, arroz en las pantanosas; y á raiz de las peñas, pepinos, calabazas y cohombros, que tienen la propiedad de trepar, serpeando hasta lo mas encumbrado de ellas. En los terrenos secos plantaba batatas, donde se dan dulces como la miel; el árbol del algodon en las eminencias; cañas de azúcar en las tierras recias; el café en las colinas, cuyo grano sale muy menudo, pero de escelente calidad; en las márgenes del rio, y al rededor de la habitacion, bananas que dan varias veces al año abundante fruta y deliciosa sombra; y finalmente, algunos piés de la planta del tabaco, para divertir con la pipa sus propios cuidados y los de sus

buenas amas. Iba al monte á cortar leña para la lumbre, componia y allanaba los caminos fragosos con las piedras que arrancaba de esta y de la otra parte; y ejecutaba todas estas obras con inteligencia y actividad, porque las hacia con zelo.

Queria mucho á Margarita, y no ménos á madama de La Tour, con cuya negra se casó cuando nació Virginia. Amaba apasionadamente á su muger, que se llamaba Maria, y era nativa de Madagascar, de donde trajo alguna industria, como la de hacer canastillos de junco y telas de yerbas silvestres. Era Maria hacendosa, limpia, sumamente fiel, mañosa para hacer de comer, criar gallinas, é ir á vender de tiempo en tiempo á Puerto-Luis el sobrante de las dos familias, que ya veis cuan poco seria. Si á esto agregais dos cabras criadas para dar leche á los hijos, y un mastin que guardaba de noche las posesiones, tendréis una idea cabal de toda la riqueza y menage de estas dos pequeñas caserias.

Ocupabanse las dos amigas en hilar algodon desdè por la mañana hasta la noche, de cuyo trabajo sacaban lo mas preciso para sustentarse á si y sus familias: pero por otra parte carecian de las demas comodidades de la vida, siendo tal su pobreza, que solo se ponian zapatos los dias festivos para ir á oir misa muy de madrugada á la iglesia de las Pamplemusas, que veis allá abajo. Verdad es que hay mucha mas distancia desde aqui á la citada iglesia que á Puerto-Luis; pero ellas iban muy rara vez á este último pueblo, por evitar el desprecio de las gentes, viendolas vestidas de tosco coton azul de Bengala, que es la tela ordinaria de que aqui se visten los esclavos.

Pero, en buenos términos, ¿la opinion y estimacion de las gentes pueden equivalor jamas á la felicidad doméstica? Si estas buenas mugeres pasaban un poco de mortificacion fuera de su casa, encontraban en ella á la vuelta tanta mas satisfac-

cion y consuelo. Apénas las alcanzaban á ver Domingo y Maria desde esta altura por el camino de las Pamplemusas, bajaban al punto muy alegres hasta la falda, para ayudarles á subir; y leyendo ellas en los ojos de sus esclavos el gozo que tenian en verlas volver, hallaban en sus casas el aseo, la franqueza, y los bienes que únicamente debian á sus propias fatigas, y á las de unos criados como los suyos penetrados de verdadero zelo y cariño. Ellas mismas, unidas por las mismas necesidades é infortunios, dandose mútuamente los dulces nombres de amiga, hermana y compañera, no tenian mas que una voluntad, un interes y una mesa, siendo todo comun entre las dos. Una religion pura, acompañada de costumbres castas é irreprehensibles, dirigia su espiritu hácia la vida futura, como la llama que vuela hácia el cielo, cuando le falta pábulo sobre la tierra.

El desempeño de las obligaciones de la

naturaleza aumentaba la felicidad de su sociedad; y su amistad mutua se redoblaba á la vista de sus hijos, fruto de unos amores igualmente malogrados. Se complacian en lavarlos en un mismo baño, en acostarlos en una misma cuna, y en cambiarles á veces de pecho; y en semejantes ocasiones solia decir madama de La Tour á Margarita: « Amiga, cada una de nos-« otras tendrá dos hijos, y cada uno de « nuestros hijos dos madres. » Ambas reclinadas sobre las cunas de sus hijos hablaban ya de su casamiento; y esta perspectiva de felicidad conyugal, con que ellas engañaban sus propias penas, remataba comunmente por hacerlas llorar; acordandose la una de que sus males le habian sobrevenido por haber mirado con descuido el himeneo, y la otra por haberse sometido á sus leyes; aquella por haber querido elevarse sobre su estado, y esta, por haber bajado de él. Pero en medio de estas consideraciones, se conso-

laban con la dulce idea de que sus hijos, mas felices que ellas, gozarian algun dia de los puros y sabrosos placeres del amor conyugal y la venturosa paz que resulta de la igualdad en los matrimonios.

En efecto, nada era comparable al amor que los dos niños empezaban á tenerse. Si Pablo se quejaba, le presentaban á Virginia; y al punto que la veia, se sonreia y callaba. Si Virginia se hallaba en algun apuro, inmediatamente se advertia por los gritos de Pablo; pero esta amable niña disimulaba al instante cualquiera desazon, por que él no participara de ella. Nunca llegaba yo á estas chozas, que no los encontrase abrazados en medio del campo, sosteniendose uno á otro por debajo de los brazos, cuando apénas podian tenerse de pié, bien así como suele representarse en el cielo la constelacion de Géminis. ¡Cuantas veces me he deleitado en verlos tendidos en el suelo, profundamente dormidos y soñando, hasta tener que despertarlos para

libertarlos de la pesadilla de los sueños que regularmente perturban la imaginacion de los muchachos!

Luego que empezáron á hablar, los primeros nombres que aprendiéron á darse fuéron los de hermano y hermana, que son los mas dulces que conoce la infancia. Su educacion no hizo mas que redoblar su amistad, dirigiendola hácia sus necesidades recíprocas. Virginia se halló muy temprano en estado de gobernar la casa, cuidar de su aseo, y disponer una comida campestre, siendo elogiada siempre por su hermano en todo lo que hacia. Pablo, todo el dia en continuo movimiento, cavaba en el jardin con Domingo, ó le seguia al monte con una hachuela en la mano; y si por el camino avistaba una hermosa flor, alguna fruta rara, ó un nido de pajaritos, aun cuando estuviera en la cima de un árbol, trepaba á él para cogerle y llevarsele á su hermana.

Cuando se le encontraba á él uno en

algun parage, era seguro que el otro no estaba léjos. Un dia que yo bajaba de la cumbre de ese monte, divisé á Virginia al estremo de la huerta, que corria hácia casa con el zagalejo por encima de la cabeza, para defenderse del agua de una nube pasagera. De léjos la crei sola; pero habiendome acercado para conducirla de la mano y ayudarla á caminar, vi que llevaba del brazo á Pablo, casi todo tapado con el zagalejo, y muy ufanos los dos de verse á cubierto del aguacero, debajo de aquel paraguas de su invencion. Los dos graciosos niños, cobijados con el ahuecado zagalejo, me hiciéron acordar entónces de los hijos de Leda, encerrados en una misma concha.

Todo su estudio le ponian en complacerse uno á otro, y ayudarse mútuamente. No sabian leer ni escribir; eran ignorantes como los criollos, y no vivian inquietos por averiguar lo que habia pasado en tiempos remotos ó léjos de ellos, ni se

estendian su curiosidad mas allá de este monte. Creian que el mundo no pasaba de las estremidades de su isla, y no se figuraban que hubiese cosa buena ni apetecible donde ellos no estaban. Su afecto mutuo y el de sus madres ocupaban toda la actividad de sus almas. Ignoraban lo que era robo, porque todo era comun entre ellos: no conocian la mentira, porque no tenian verdades que disimular; ni ménos la gula y la intemperancia, porque tenian á su discrecion manjares simples é inocentes. Sus religiosas madres les habian enseñado á temer y amar á Dios, inspirandoles una sublime idea de sus atributos; y veneraban á la divinidad en la iglesia, en su casa, en los campos y en los bosques, levantando á todas horas al cielo sus manos inocentes, y un corazon penetrado del amor de sus madres.

Asi se pasó su primera infancia, como una bella aurora que anuncia un dia mucho mas hermoso y apacible. Ya llegó el tiempo de aliviar á sus madres en el cui-

dado de los negocios domésticos. Inmediatamente que el canto del gallo anunciaba la venida de la aurora, se levantaba Virginia, iba por agua á la vecina fuente, y volvia con ella á casa para disponer el desayuno. De allí á poco, luego que el sol doraba con sus rayos de fuego las cimas de este recinto, se pasaban Margarita y su hijo á la choza de madama de La Tour, donde daban gracias á Dios todos juntos ántes de ponerse á almorzar. Comunmente se desayunaban á la puerta de casa, sentados sobre la verde alfombra de fragante yerba, debajo de los frondosos bananos, que á un mismo tiempo les suministraban manjar preparado en su sabrosa fruta, y delicado mantel en sus anchas y lustrosas hojas.

Un alimento abundante y saludable contribuia á que medraran rápidamente los dos jóvenes; y una educacion dulce pintaba en su fisonomia la pureza y contento de sus almas. Virginia no tenia mas

que doce años, y su estatura era ya mas que mediana. Sus largos y rubios cabellos le sombreaban la frente, y sus ojos azules y labios de coral brillaban con apacible esplendor sobre la blanca y fresca tez de su semblante. Las niñas de sus ojos se sonreian de concierto siempre que hablaba; mas cuando estaba callada, su oblicuidad natural hácia el cielo les daba toda la espresion de una sensibilidad estremada, y aun de una ligera melancolia.

En Pablo se descubrian ya todos los caractéres de un hombre en medio de las gracias de la adolecencia. Su estatura era mayor que la de Virginia, el color de su rostro mas atezado, su nariz mas aguileña; y sus ojos, que eran negros como el azabache, tendrian algun tanto de altivez, si las largas pestañas, que á manera de pinceles brillaban en contorno de ellos, no les hubieran comunicado la mayor apacibilidad y dulzura. Aunque todo el dia estaba en continuo movimiento, se sose-

gaba al instante que veia á su hermana, é iba á sentarse á su lado. En la mesa apénas se decian una palabra; y en su silencio, en la naturalidad de sus posturas, como en la hermosura de sus piés descalzos, me parecia estar viendo varias veces uno de aquellos grupos antiguos de mármol blanco, que representa algunos de los hijos de Niobe.

Aunque madama de La Tour observaba con complacencia el aumento de las gracias y atractivos de su hija, sentia sin embargo cierta inquietud secreta, igual á su ternura, que le hacia decirme algunas veces: « ¿Qué seria de la pobre Virginia, si yo faltase? »

Tenia en Francia madama de La Tour una tia, de distinguido nacimiento, rica, vieja y solterona, la cual se habia negado cruelmente á socorrerla cuando se casó en secreto, y á quien desde entónces habia jurado no recurrir en su vida, aunque se viese reducida á la última miseria. Pero

desde que fué madre, ya no temió el sonrojo de ser desatendida.

Escribióle á su tia la inesperada muerte de su marido, el nacimiento de su hija, y la triste situacion en que se hallaba en un pais tan distante del suyo, sin amigos ni parientes, y con la nueva carga de una niña, pero no tuvo respuesta. A pesar de este desaire, y de ser madama de La Tour de un carácter firme y elevado, no temió humillarse y esponerse á las injurias de su tia, que nunca le habia perdonado el haberse casado con un hombre que, aunque honrado, era de nacimiento inferior al suyo; y asi continuó escribiendole siempre que hallaba ocasion, á fin de escitar su compasion á favor de Virginia. Pero se pasáron algunos años sin recibir de ella la señal de reconciliacion.

Ultimamente en 1738, á los tres años de haber llegado á esta isla su gobernador M.r de la Bourdonais, supo madama de La Tour que este señor tenia para ella una

carta de su tia. Corrió al instante á Puerto-Luis, sin reparar en aquella ocasion en presentarse mal vestida, haciendola superior á todos los respetos mundanos la alegria maternal que la alentaba.

El contenido de la carta de la tia, se reducia á decir á la sobrina: « Que era me-
« recedora de la suerte que tenia, por
« haberse casado con un aventurero liber-
« tino; que las pasiones llevaban en pos
« de si el castigo; que la muerte prema-
« tura de su marido era uno de los mas
« justos del cielo; que habia hecho muy
« bien en pasar á las islas, ántes que des-
« honrar á su familia en Francia; final-
« mente que estaba en buena tierra donde
« todo el mundo hacia fortuna, ménos los
« holgazanes. »

Despues de haberla vituperado de este modo, concluia alabandose á si misma, y diciendo: « Que ella, para evitar las con-
« secuencias casi siempre funestas del ma-
« trimonio, no habia querido casarse,

« jamas. » Pero la verdad del hecho es que como tenia una ambicion desordenada, no habia intentado casarse, sino con un hombre de muchas circunstancias; mas á pesar de sus grandes riquezas, y de que en la corte todo se mira con indiferencia, ménos el dinero, no hubo quien quisiera tomar por esposa á una muger tan fea, y de entrañas tan crueles.

En posdata añadia: « Que sin embargo « de todo lo dicho, la habia recomendado « eficazmente á M.r de la Bourdonais. » Y en efecto lo habia hecho así; pero segun la costumbre demasiado recibida hoy dia, que hace á un protector mas temible que un enemigo declarado. El caso es, que á fin de justificarse para con el gobernador de la crueldad con que habia tratado á su sobrina, la habia calumniado, aparentando compadecerse de ella.

Madama de La Tour, á quien cualquiera otro hombre indiferente no hubiera podido mirar sin interes y respeto, fué recibida

con mucha frialdad de M.r de la Bourdonais, prevenido de antemano contra ella; y solo contestó á la patética esposicion que le hizo de su triste situacion y de la de su hija, con estas enfáticas y duras espresiones, pronunciadas interrumpidamente: « Yo veré.... discurrirémos.... con el « tiempo.... son muchos los necesita- « dos.... ¿ porqué disgustar á una tia « respetable?.... vos sois la que teneis toda « la culpa. »

Volvióse Madama de La Tour á su choza, con el corazon anegado en sentimiento, y traspasado de amargura. Inmediatamente que entró en casa se sentó, arrojó la carta de su tia sobre la mesa, y esclamó á su amiga: « ¡ He aqui el fruto de once años « de paciencia! » Pero como ninguno sabia leer sino ella, volvió á tomar la carta, y se la leyó á Margarita á presencia de sus hijos.

Apénas hubo acabado, cuando Margarita le dijo con desenfado: « ¿ Que necesi-

« dad tenemos nosotras de vuestros pa-
« rientes ? ¿ Nos ha abandonado Dios por
« ventura ? El solo es nuestro padre. ¿ No
« hemos vivido felices hasta el dia de hoy ?
« Pues ¿ porqué os angustiais ? ¡ Vaya ,
« que no teneis valor ! » Y viendo que llo-
raba madama de La Tour , se arrojó á su
cuello , y estrechandola entre sus brazos ,
esclamó : « ¡ Querida amiga mia ! ¡ que-
« rida amiga ! » Pero sus propios sollozos
no le permitiéron articular otra palabra.

Al ver esto , Virginia , derramando co-
piosas lágrimas , apretaba alternativa-
mente las manos de su madre y de Mar-
garita contra su boca y corazon ; y Pablo ,
con los ojos inflamados de cólera , gritaba ,
apretaba los puños , y pateaba , sin saber
á quien atribuir la culpa de lo que pasaba.
Acudiéron á las voces Domingo y Maria ,
y no se oia en toda la casa mas que estos
acentos de dolor : « ¡ Ay , señora !.....
« ¡ ay , ama de mi vida !..... ¡ madre
« mia !..... no lloreis. »

Estas demostraciones tan tiernas de afecto mitigáron la pesadumbre de madama de La Tour, la cual tomando en sus brazos á Pablo y Virginia, les dijo con semblante placentero: « Hijos mios, vos-
« otros sois la causa de mi afliccion, pero
« tambien lo sois de mi alegria. ¡ O ama-
« dos hijos mios ! la desgracia no me ha
« venido de cerca, sino de léjos; la feli-
« cidad la tengo al rededor de mi. »

Pablo y Virginia no la comprendiéron; pero asi que la viéron contenta y sosegada, empezáron á sonreirse y hacerle caricias. Asi continuáron todos siendo felices, no habiendo sido aquel accidente sino como un turbion en un dia sereno y despejado de primavera.

Cada dia manifestaban mas y mas estos dos jóvenes la bondad natural de sus corazones. Un domingo, al rayar el alba, habiendo ido sus madres á la primera misa á la iglesia de las Pamplemusas, se presentó una negra marona debajo de los ba-

nanos que circundaban la casa, la cual parecia un esqueleto de puro flaca, y no llevaba mas ropa sobre su cuerpo que un pedazo de arpillera al rededor de la cintura. Se echó la negra á los piés de Virginia, que estaba disponiendo de almorzar para la familia, y le dijo:

« Caritativa señorita mia, compadeceos « de una pobre esclava fugitiva, que hace « un mes anda errante y casi muerta de « hambre por estas sierras, y á veces per- « seguida de los cazadores y de sus perros. « Vengo huyendo de mi amo, que es un « colono rico de las riberas de Rio-negro, « el cual me ha tratado como veis. » Y al mismo tiempo le mostró su cuerpo, surcado de arriba abajo de cicatrices y costurones, efecto de los fuertes latigazos que habia recibido de su amo.

Virginia, toda condolida y penetrada de lástima, esclamó: « ¡Anímate, pobrecita negra! come, come. » Y le dió el almuerzo que tenia dispuesto para los de

casa. La esclava lo devoró todo en breves instantes; y viendola Virginia harta y satisfecha, volvió á esclamar :

« ¡ Pobrecita, pobrecita esclava ! im-
« pulsos me dan de ir á pedir á tu amo
« que te perdone, pues en viendote no es
« posible que deje de moverse á com-
« pasion. ¿ Quieres guiarme adonde él
« tiene su morada ? »

« Angel del cielo!, replicó la negra,
« por lo que á mi toca, estoy muy pronta
« á seguiros adonde querais ; pero la
« posesion de mi amo está distante de
« aqui. »

« No importa, no importa, » respondió Virginia con una viveza, hija de la ternura de sus entrañas. Y en esto llamó á Pablo, y le rogó que la acompañara.

La esclava los fué conduciendo por sendas muy fragosas, atravesando selvas y escarpados montes que trepáron con mucha dificultad, y vadeando rios profun-

dos, hasta que finalmente llegáron, cerca de mediodia, á la colina que está sobre la ribera de Rio-negro, desde donde descubriéron una casa bien construida, grandes plantios y una caterva de esclavos ocupados en todo género de trabajos. Su señor, que andaba paseandose por medio de ellos con una gran pipa en la boca y un látigo en la mano, era un hombre alto, seco, amulatado, de ojos hundidos, y cejijunto.

Virginia, toda inmutada y asida al brazo de Pablo, se acercó al colono, y le suplicó que por amor de Dios perdonara á su esclava, que quedaba un poco mas atras. Al pronto no hizo mucho caso el colono de los dos muchachos, viendoles pobremente vestidos; pero habiendo observado despues el delicado talle de Virginia, y sus hermosos cabellos rubios que le salian por debajo del pañuelo azul que llevaba al rededor de la cabeza, y oido el metal de su dulce voz, que le temblaba, como todo su cuerpo, al tiempo de pedirle por

la esclava, se quitó la pipa de la boca, y levantando el látigo en alto, y prorumpiendo en una escecrable maldicion, prometió perdonarla, no por el amor de Dios, sino por Virginia. Fuera de si la muchacha con esta gracia, hizo seña á la esclava para que se acercara á su amo; y en esto echó á correr aceleradamente, siguiendola Pablo.

Volviéron á subir el monte por donde habian bajado, y llegando á la cumbre se sentáron al pié de un árbol, muertos de cansancio, de hambre y de sed, despues de haber andado en ayunas al pié de cinco leguas. Hallandose de aquella manera fatigados, dijo Pablo á Virginia:

« Hermana mia, ya son mas de las « doce, y tú tienes hambre y sed. Aquí « es imposible que hallemos de comer; y « asi mejor será que volvamos á bajar á « la ribera, y pidamos al amo de la es- « clava nos dé alguna cosa para desayu- « narnos. »

« ¡ Ay ! eso no, Pablo, respondió Vir-
« ginia : todavia estoy temblando con el
« susto que he pasado al hablarle. Acuer-
« date sino de su figura, y de aquello que
« suele decir mamá : El pan del malo llena
« la boca de arena. »

« ¿ Pues qué hemos de hacer ? replicó
« Pablo : estos árboles no producen nin-
« guna fruta buena, y por aqui ni siquiera
« se descubre un tamarindo ó un *naranjo*
« para poder refrescar la boca. »

« Dios se compadecerá de nosotros, con-
« testó Virginia, pues oye el piar de los
« pajarillos que le piden de comer. »

Apénas hubo dicho estas palabras, cuando sintiéron el ruido de una fuente que caia de lo alto de un peñasco inmediato. Corriéron allá, y despues de haber apagado la sed en sus aguas mas puras que el cristal, cogiéron un manojo de berros de los que crecian en sus bordes, y comiéron de ellos.

En esto, como anduviesen de una parte

á otra por ver si encontraban mas substancioso alimento, descubrió Virginia, entre la espesura de los árboles, una palmera nueva. El cogollo ó cebolleta que arroja este árbol junto á los arranques de las ramas, es de muy buen comer; pero aunque el tronco apénas era mas grueso que un muslo, tenia mas de sesenta piés de elevacion. Por otra parte, bien que la madera de este árbol sea un tejido de filamentos ó hebras delicadas, su núcleo ó corazon es tan duro, que rechaza y embota las mejores hachas; y Pablo ni siquiera llevaba una mala navaja. Ocurrióle, pues, pegarle fuego al pié, pero se halló con la nueva dificultad de que le faltaba eslabon; y por otro lado no creo que en esta isla, que es toda ella un puro peñascal, se encuentre un solo pedernal.

La necesidad es madre de la industria, y por lo comun las invenciones mas útiles se han debido á los hombres mas miserables. Resolvió Pablo sacar lumbre al modo

de los negros; y á este fin hizo un agujerito con la punta de una piedra en una rama muy seca, y aguzando despues con el corte de la misma piedra un palito igualmente seco, pero de árbol de especie diferente, sujetó la rama entre las rodillas. Hecho esto, introdujo el palito en aquel agujero, y dandole vueltas entre las manos, como quien bate chocolate, no tardó en ver salir chispas y humo del punto de contracto. Juntando entónces yerbas y ramas secas de árboles, encendió una hoguera al pié de la palmera, la cual en breve tiempo dió consigo en tierra con grande estrépito.

El fuego le sirvió tambien para despojar la cebolleta de las largas hojas leñosas y picantes en que está envuelta; y habiendo comido él y Virginia parte de la cebolleta cruda, y parte asada en el rescoldo, fué para su paladar el manjar mas sabroso y delicado. Hiciéron aquella comida frugal con la mayor alegria, acor-

dandose de la buena accion que habian practicado por la mañana; pero les turbaba su alegria el recuerdo de la pena que tendrian sus madres por su larga ausencia de casa, y Virginia hablaba de esto á cada instante: pero Pablo, sintiendose mas reforzado, le aseguró que no tardarian en sacarlas de aquel cuidado.

Despues de haber comido, se viéron de nuevo embarazados, pues les faltaba quien les enseñara el camino para volverse á su casa. Mas Pablo, á quien nada de este mundo acobardaba, dijo á Virginia: « Nuestra posesion cae al sol de mediodia; nosotros debemos atravesar, como esta mañana, la cumbre de aquella sierra que ves allá abajo con sus tres picos. Vamos pues, Virginia, echemos á andar. »

Positivamente, la sierra ó montaña que decia Pablo, era la de los Tres Pechos, asi nombrada por los tres picos que sobresalen en ella en figura de pechos. Bajáron por consiguiente al morro ó collado de

Rio-negro de la parte del norte, y llegáron, de allí á una hora, á la orilla de un rio que les cortaba el paso.

Esta gran parte de la isla, cubierta de salvas y malezas, es aun en el dia tan poco conocida, que muchos de sus montes y rios carecen de nombre propio. El que ellos encontráron corre despeñado entre rocas; y el ruido de su corriente asustó de tal modo á Virginia, que no se atrevió á vadearlo. Pero Pablo, tomandola en sus hombros, pasó asi cargado por los resbaladizos guijarros del rio, á pesar del impetu de sus aguas.

« No tengas que temer, Virginia (le « decia), que no me pesas nada, ántes me « siento mas animoso contigo á cuestas. « Si el colono de Rio-negro te hubiera « negado el perdon de la esclava, las hu- « biera habido conmigo esta mañana. »

« ¡ Como ! esclamó Virginia : ¿ con « aquel hombre tan alton, y de genio tan « malo ? ¡ Jesus ! ¡ á lo que te espuse !

« ¡ Válgame Dios ! ¡ cuan dificil es hacer
« bien, y cuan fácil lo contrario ! »

Cuando Pablo llegó á la orilla opuesta, quiso continuar el camino, cargado con su hermana, lisonjeandose de que podria subir asi la montaña de los Tres Pechos, que veia en frente, como á media legua de distancia. Pero faltandole las fuerzas á poco rato, se vió precisado á bajarla de sus hombros, y sentarse á descansar á su lado.

Virginia le dijo entónces: « Hermano,
« el dia comienza ya á declinar: tú toda-
« via tienes fuerzas para caminar, y á mi
« me faltan. Dejame aqui, y vete tú solo
« á casa para tranquilizar á nuestras
« madres. »

« ¡ Irme yo solo ! esclamó Pablo : no,
« no me apartaré de ti, hermana. Si nos
« coge la noche en esta serrania, encen-
« deré lumbre, derribaré con ellas otra
« palmera, tú comerás el cogollo, y yo te
« haré con las hojas un ajupa para que
« duermas al abrigo. »

Entretanto Virginia, habiendo descansado un poco, cogió algunas hojas de escolopendra de una rama de este árbol que pendia sobre el rio, y se las ajustó á las piernas, á manera de borceguies, porque las piedras del camino de tal modo le habian lastimado los piés, que le corrian sangre; pues con la precipitacion y deseo de ser útil, se le habia olvidado calzarse. Y sintiendose mas consolada con la frescura de las hojas, arrancó una caña de bambú, y se puso en camino, apoyada una mano á la caña, y otra al hombro de su hermano.

Así iban caminando paso entre paso por medio de las selvas, cuando la altura de los árboles y la espesura de sus hojas les hiciéron perder de vista la montaña de los Tres Pechos, que era el punto de su direccion, y aun el sol que iba ya á tocar al término de su carrera. De allí á poco rato se estraviáron, sin advertirlo, de la senda trillada que hasta entónces habian

seguido, y se encontráron metidos en un laberinto sin salida de árboles, de breñas y matorrales. En tan gran conflicto, dijo Pablo á su hermana que se sentara, y él empezó á correr de una parte á otra, como fuera de sí, buscando arbitrio como salir de aquella espesura; pero se fatigó en valde. Subióse á lo último de un árbol muy alto para descubrir á lo ménos la montaña de los Tres Pechos; pero no vió al rededor de sí mas que cimas de otros árboles mas elevados, algunos de los cuales estaban iluminados por los últimos rayos del sol casi traspuesto.

A este tiempo la sombra de los montes cubria ya los bosques y arboledas de los valles; el aire iba calmando poco á poco, como suele acontecer al ponerse el sol; un profundo silencio reinaba en aquellos páramos, y solo se oian los bramidos de los ciervos que iban á buscar sus madrigueras nocturnas entre la espesura de aquellos tan yermos lugares. Pablo, con

la esperanza de que algun cazador pudiese oirle, gritó entónces con todo su vigor: « ¡ Venid, venid al socorro de Virginia ! » Pero los ecos del monte fuéron los únicos que respondiéron á su voz, repitiendo otras tantas veces: « Virginia, Virginia. »

Bajóse en esto del árbol muy acongojado, y comenzó á buscar medios de pasar la noche en aquel sitio; pero no habia ni fuente, ni palmera, ni aun leña seca con que hacer lumbre. Entónces conoció por su propia esperiencia la debilidad de sus recursos, y se puso á llorar.

Virginia le dijo: « No llores, Pablo, si « no quieres afligirme mas: yo soy la que « tengo la culpa de todas tus penas, y de « la que á estas horas estarán sintiendo « nuestras madres; nada se debe hacer, « ni aun el bien, sin consultar á los pa- « dres: ¡ que imprudencia la mia! » Y en esto echó tambien á llorar.

Mas de allí á poco rato, dijo á Pablo: « Encomendemonos á Dios, hermano, y

« se compadecerá de nosotros. » Y apénas habian acabado su oracion, cuando oyéron ladrar un perro.

« Sin duda, dijo Pablo, este es perro de « algun cazador que viene por la noche « á matar ciervos al acecho. » Los ladridos se aumentáron de allí á poco. « Me parece, » dijo Virginia, que es Leal, el mastin de « nuestra casa.... si.... le conozco en el « ladrar.... si estarémos ya en nuestra « posesion. »

En esto se presentó á sus piés Leal, ladrando, ahullando, y comiendoselos á caricias. Ellos estaban fuera de sí viendo á su mastin, y las fiestas que les hacia, sin acertar á salir de aquel sobresalto. En este intermedio, avistáron á Domingo que corria hácia ellos; y á la llegada de este buen negro, que lloraba de gozo, echáron á llorar ellos tambien sin poderle decir una palabra.

Luego que Domingo tomó un poco de aliento, esclamó: « ¡ Ah, hijos mios !

« ¡que sentimiento tienen vuestras ma-
« dres! ¡como se quedáron sorprendi-
« dos, cuando, al volver de la iglesia
« adonde yo las habia acompañado, no os
« encontráron en casa. Maria no les supo
« decir adonde habiais ido, porque estaba
« trabajando en un rincon de casa. Yo
« andaba de aqui para allí, sin saber
« donde buscaros, hasta que últimamente
« tomé vuestra ropa vieja, y se la di á
« oler á Leal; y el pobre animalito, como
« si me hubiese entendido, inmediata-
« mente empezó á rastrear vuestras pisa-
« das, y me condujo, dando sin cesar á
« la cola, hasta Rio-negro, donde me dijo
« un colono que le habiais llevado una
« negra, á quien por vuestros ruegos habia
« concedido el perdon. Pero ¡que perdon!
« allí me la mostró atada á un madero,
« con una cadena al pié, y un collar de
« hierro á la garganta con tres escarpias.
« Desde allí, se dirijió Leal, rastreando
« siempre, à la montaña de Rio-negro

« donde se detuvo algun tiempo, ladrando
« con la mayor fuerza en el borde de una
« fuente, junto á una palmera recien
« caida, y cerca de una hoguera que toda-
« via humeaba. Finalmente, acaba de
« traerme aqui, que es la falda de la mon-
« taña de los Tres Pechos, y todavia fal-
« tan cuatro leguas largas hasta nuestra
« posesion. Vaya, vaya, comed ahora, y
« tomad ánimo. »

Y diciendo esto sacó una torta de pan, varias frutas, y una gran calabaza llena de un licor compuesto de agua, vino, mosto de cidra, azúcar y nuez moscada, que sus madres habian preparado para darles refrigerio y confortarlos.

Virginia suspiraba, acordandose de la pobre esclava y de la inquietud de sus madres, y repetia muchas veces : « ¡ Que « dificil es hacer bien ! »

Miéntras los dos tomaban alimento, sacó lumbre Domingo, y habiendo buscado una especie de madera tortuosa, lla-

mada de arder, hizo un hachon, y le encendió, porque era ya noche. Pero se halló sumamente embarazado, cuando se trató de ponerse los tres en camino.

Pablo y Virginia no podian dar un paso, porque tenian los piés muy hinchados y de color de sangre. El pobre Domingo no sabia si volverse á casa á buscar auxilio para los niños, ó pasar allí la noche con ellos; y en aquel conflicto esclamaba: « ¡ Adonde se ha ido aquel tiempo en que « yo os llevaba á los dos juntitos en mis « brazos! Pero ahora vosotros ya sois « grandes, y yo viejo. »

Estando asi perplejo, se apareció una cuadrilla de negros marrones á corta distancia de ellos, y acercandose el caudillo á Pablo y Virginia, les dijo: « No os asus- « teis, mis buenos niños blancos: esta « mañana os vimos pasar con una esclava « de Rio-negro, y sabemos que habeis « ido á pedir perdon para ella á su mal « amo; y asi en reconocimiento de tan

« generosa accion, nosotros os conducirémos á vuestra posesion en nuestros propios hombros. » Y á una señal suya, cuatro negros de los mas robustos formaron al instante una especie de andas de ramas de árboles, entretejidas con lianas ó enredaderas; colocáron en ellas á los dos muchachos, y precediendoles Domingo con su hacha de viento, partiéron de allí en medio de repetidos gritos de júbilo de toda la cuadrilla, que les colmaba de bendiciones. Virginia enternecida dijo á Pablo: « ¡ O hermano mio ! nunca deja « Dios sin galardon una accion buena. » Llegáron á media noche al pié de su montaña, cuya cumbre estaba iluminada con varias hogueras; y al tiempo de subir oyéron que les gritaban y decian: « ¿ Sois vosotros, hijos mios ? » Y ellos respondiéron á una con los negros: « Sí, señoras, « nosotros somos, nosotros somos. »

Acercáronse mas, y viéron á sus madres y á Maria, que le salian al encuentro

con teas encendidas. « ¿De donde venis, « hijos cuitados? » esclamó madama de La Tour.

« Venimos, respondió Virginia, de « Rio-negro, de pedir el perdon para una « esclava á quien he dado esta mañana « todo el desayuno de la familia, porque « la pobrecita estaba cayendose muerta de « hambre; y estos negros reconocidos nos « han traido en hombros hasta aqui. »

Madama de La Tour abrazó á su hija sin poder articular palabra; y Virginia, que sentia humedecerse sus mejillas con las lágrimas que corrian por las de su madre, le dijo: « Vos me indemnizais con « esceso, madre mia, de los trabajos que « hoy he pasado. »

Margarita enagenada de gozo estrechaba á Pablo entre sus brazos, y le decia: « ¿Y tú tambien, hijo mio, has hecho « una buena accion? »

Luego que llegáron con sus hijos á casa, diéron bien de comer á los negros, los

cuales se volviéron á las selvas deseandoles toda suerte de prosperidades.

Todos los dias eran para estas familias dias de dicha y de paz inalterable. La envidia ni la ambicion no las atormentaban. No deseaban una vana reputacion esterior que da la intriga, y quita la calumnia: bastabales ser ellas mismas los testigos y jueces de sus acciones. En esta isla, donde (como en todas las colonias europeas) solo se desea saber anécdotas malignas, sus virtudes y aun sus nombres eran ignorados y desconocidos. Solamente cuando algun pasagero preguntaba, desde el camino de las Pamplemusas, á los habitantes del llano: « ¿ Quien vive en aquellas « dos chozas que estan allá en el alto ? » estos respondian, sin conocerlas: « Son « unas buenas gentes. » A este modo las violetas ocultas entre zarzas y espinos exhalan á lo léjos aromas suaves.

Ellas habian desterrado de sus conversaciones la maledicencia y la murmuracion

que, socolor de justicia, dispone necesariamente el corazon á la simulacion ó al aborrecimiento; porque es poco ménos que imposible dejar de aborrecer á los hombres si se piensa mal de ellos, y vivir con los malos si no se les oculta el odio con falsas apariencias de benevolencia. De aqui es que la maledicencia nos obliga á estar mal con nuestros semejantes ó con nosotros mismos.

Pero madama de La Tour y su compañera, sin juzgar á los hombres en particular, solo se ocupaban en buscar los medios de hacer bien á todos en general; y aunque esto no estaba en su mano, tenian á lo ménos una voluntad constante de hacer bien, que les inspiraba una benevolencia dispuesta siempre á estenderse á todos. Por consiguiente, viviendo en la soledad, léjos de ser feroces é intratables, se hiciéron mas compasivas y humanas.

Si la historia escandalosa de la sociedad no suministraba materia á su conversa-

cion, la de la naturaleza arrobaba sus almas en dulces éstasis. En este reducido espacio admiraban con respeto y reconocimiento el poder de una providencia que por sus manos habia derramado, en medio de la aridez de estos peñascos, la abundancia, las gracias, y los placeres siempre renacientes.

Pablo, á la edad de doce años, mas robusto y mas inteligente que los Europeos á la de quince, hermoseaba por sus manos lo que Domingo no hacia mas que cultivar. Iba con él á los vecinos montes á desarraigar el tierno limonero, el naranjo, el tamarindo, cuya coronilla es de un verde muy hermoso, y el atero, cuya fruta llena de una substancia azucarada, despide de sí la fragancia del azahar. Transplantaba estos árboles ya crecidos al rededor de este recinto, y sembraba las simientes de otros que al segundo año llevan flores ó frutos, como el agatio al rededor del cual penden en figura circular, á manera de colgantes

de araña de cristal, largos racimos de flores blancas; el lila de Persia, que eleva verticalmente sus girándulas de color morado; el papayo, cuyo tronco sin ramas, en forma de coluna claveteada toda de melones verdes, remata en un capitel de muy anchas hojas parecidas á las de la higuera.

Tambien habia sembrado varias pepitas y huesos de árboles, como mangles, guayavos, paltos, jaceros y jamberos, de los cuales la mayor parte daban ya sombra y fruta á su jóven amo, cuyas laboriosas manos derramáron la fertilidad hasta en los parages ménos fecundos de esta quebrada. Diversas especies de aloes, la raqueta cargada de flores amarillas matizadas de encarnado, los cirios espinosos, se elevaban sobre las negras cimas de los peñascos, y parecia que querian competir y enlazarse con las largas lianas de flores azules y escarlatadas, que pendian acá y allá por todo el repecho de la montaña.

Habia distribuido y colocado con tal órden aquellos vegetales, que se podia gozar de su vista á la primera ojeada: porque en el centro estaban las plantas que se elevan poco, despues los arbustos, luego los árboles medianos, y últimamente los grandes en toda la circunferencia. Por manera que este vasto circuito, mirado desde el centro, presentaba á la vista un anfiteatro de verdor, de frutas y de flores, que contenia al mismo tiempo hortalizas, praderias, y campiñas de arroz y trigo.

Pero Pablo, sujetando los vegetales á su plan, no se apartaba del de la naturaleza; ántes por el contrario siguiendo sus lecciones, plantaba en las eminencias aquellos cuyas semillas son volátiles, y á la orilla del agua los que las tienen propias para sobrenadar. De esta manera cada vegetal crecia en su sitio proporcionado, y cada sitio recibia del vegetal su adorno natural. Las aguas que bajan de la cumbre de estos montes formaban en el fondo del valle,

aquí fuentes, allí estanques, que á manera de espejos, en medio de la frondosidad, duplicaban en el cristal de su corriente los árboles en flor, las rocas, y el azul de los cielos.

A pesar de la enorme desigualdad del terreno, todos aquellos plantíos eran, por la mayor parte, tan accesibles al tacto como á la vista. Bien es que todos nosotros le ayudábamos con nuestros consejos y trabajo, para llevar al cabo sus empresas. Él practicó una senda todo en rededor de este recinto, de la cual muchos ramales llegaban ya de la circunferencia al centro; y por otra parte supo sacar partido de los parages mas fragosos, y conciliar, con la mas feliz armonía, la comodidad del paseo con la aspereza del suelo, y los árboles domésticos con los silvestres. De la enorme cantidad de piedras movedizas que embarazan estos caminos, como la mayor parte del terreno de esta isla, formó acá y allá pirámides, en cuyas bases rellenas de guijo

y tierra plantó rosales, poinciana, y otros arbustos que se crian bien entre peñas; y á poco tiempo estas pirámides informes y de sombrio aspecto se cubriéron de verdor, y del esmalte de las flores mas bellas.

Las hondonadas y barrancos guarnecidos de árboles antiguos, cuyas ramas inclinadas sobre los bordes formaban como bóvedas subterráneas impenetrables al calor, eran lugares de asilo contra los rayos del sol, donde tomaban el fresco por el dia las dos familias. Una vereda conducia á un soto de árboles silvestres, en cuyo centro crecia, al abrigo de los vientos, un árbol doméstico cargado de fruta. Aqui habia una mies, allá un vergel: por esta calle se descubrian las cabañas, por aquella las cimas inaccesibles de la montaña. Habia un bosquecito tan espeso de tacamacos entretejidos con lianas ó enredaderas, que no se distinguia en él ningun objeto en la mayor fuerza de la luz del dia.

Desde la estremidad de ese gran pe-

ñasco, que sale del monte, se descubrian todos los objetos de este recinto, con el mar á lo léjos, donde aparecia de cuando en cuando alguna nave que venia de Europa, ó regresaba á ella; y ahi era donde se juntaban las dos familias al caer el dia, y gozaban en reposo de la frescura del aire, de la fragancia de las flores, del murmullo de las fuentes, y de las últimas armonias de la luz y de las sombras.

Hasta los nombres de la mayor parte de los encantadores sitios de este laberinto eran los mas agradables y espresivos. El peñasco de que acabo de hablaros, desde donde á larga distancia me veian venir, se llamaba la atalaya de la Amistad. Pablo y Virginia, en uno de sus inocentes entretenimientos, discurriéron plantar allí un bambú, en cuya cima enarbolaban un pañuelito blanco para anunciar mi llegada luego que me avistaban, á la manera que en la montaña inmediata se enarbola una bandera, cuando se divisa alguna nave en el mar.

Vinome un dia á la idea grabar una inscripcion en la corteza de aquel bambú; pues siempre han sido tan de mi gusto las inscripciones, que por mucho placer que haya tenido en mis viages, al ver una estatua ó monumento de la antigüedad, os aseguro que no es comparable con el que me causa el leer una inscripcion bien hecha. Entónces me parece que una mano humana sale de la piedra, se hace oir por entre los siglos, y dirigiendose al hombre que habita en los desiertos, le dice que no es él solo, y que otros semejantes suyos han sentido, pensado y padecido como él en aquellos mismos lugares. Y si la inscripcion es de alguna nacion antigua que ya no existe, hace que se dilate nuestra alma por los campos de lo infinito, y le comunica el sentimiento de su inmortalidad, mostrandole que un pensamiento ha sobrevivido á la ruina de todo un imperio.

Escribí pues en el bambú de Pablo y Virginia estos versos de Horacio:

..... Fratres Helenæ, lucida sidera,
Ventorumque regat pater,
Obstrictis aliis, præter iapyga.

« Que los hermanos de Helena, astros brillantes como « vosotros, y el padre de los vientos, dirijan vuestros « pasos, y no permitan os sople otro que el céfiro blando. »

En la corteza de un tacamaco, á cuya sombra solia sentarse Pablo para contemplar desde léjos el mar agitado, grabé este verso de Virgilio :

Fortunatus et ille deos qui novit agrestes?

« ¡Dichoso tú, hijo mio, en no conocer mas que las « divinidades campestres! »

Y este otro encima de la puerta de la cabaña de madama de La Tour :

At secura quies, et nescia fallere vita.

« Aquí habita una buena conciencia, y una vida que no « sabe engañar. »

Pero Virginia, que no aprobaba mi latin, decia que el que yo habia puesto en el bambú ó veleta de señales era demasiado largo y erudito. Yo hubiera preferido, añadió la muchacha,

Siempre agitada, pero constante.

Y habiendole contestado yo : « Esa di-
« visa convendria mas bien á la virtud, »
se puso sonrosada con mi reflexion.

Estas venturosas familias, estendiendo la sensibilidad de sus almas á cuanto las rodeaba, habian dado los nombres mas tiernos á los objetos que parecian mas indiferentes. Un vallado de naranjos, de bananos y de jamberos, plantados en torno de una esplanada de céspedes, donde solian bailar Pablo y Virginia, se llamaba la Concordia. El árbol antiguo, á cuya sombra se contáron mútuamente sus desgracias Madama de La Tour y Margarita, tenia por nombre las Lágrimas enjugadas. Llamabanse Bretaña y Normandía dos rinconadas sembradas de trigo, fresas y guisantes; y, á imitacion de sus amas, Domingo y Maria, deseando traer á la memoria los lugares de su nacimiento en Africa, diéron los nombres de Angola y Fouillepointe á dos terrenos que producian los juncos de que hacian los canastillos, y

donde habian sembrado un calabazar. Asi que, con la vista de las producciones de sus climas respectivos, conservaban estas familias espatriadas las dulces ilusiones de su pais, y suavizaban en cierto modo la pena de vivir en una tierra estraña. ¡Ay de mi triste! yo he visto animarse con mil denominaciones encantadoras los árboles, las fuentes y las rocas de este recinto delicioso, en otro tiempo cuando Dios *queria*, y actualmente tan desfigurado y destruido, que, semejante á un campo de la Grecia, no ofrece mas que nombres tiernos, escombros y tristes ruinas.

Pero de cuantas situaciones deliciosas ofrecia este circuito, ninguna igualaba á lo que se llamaba el Recreo de Virginia. Al pié del peñasco de la atalaya de la Amistad, hay una concavidad de donde sale una fuente, que á pocos pasos de su nacimiento forma una especie de laguna en medio de un prado de yerba fina. Cuando Margarita dió á luz á Pablo, le regalé un coco de

Indias que me habian dado, y ella sembró sus pepitas á la orilla de las aguas, con el fin de que el árbol que produjeran sirviese de época algun dia al nacimiento de su hijo; y Madama de La Tour, siguiendo el ejemplo de Margarita, plantó allí otro con el mismo intento, cuando parió á Virginia. Naciéron, en efecto, dos cocoteros que componian los únicos archivos de la familia : y se llamaba el uno cocotero de Pablo, y el otro, de Virginia. Creciéron uno y otro casi en la misma proporcion que sus inocentes dueños, y aunque no perfectamente iguales en la altura, escedian ya á los doce años á la de las cabañas de sus madres; y entretejiendo mútuamente sus palmas, dejaban colgar sus tempranos racimos de cocos sobre la misma taza de la fuente.

A escepcion de los dos cocoteros, todo lo demas de la caverna conservaba el mismo adorno que le habia dado la naturalèza, brillando en sus dos lados húmedos y par-

dióscuros anchos culantrillos con verdinegra flor en figura de estrellas. Espesas matas de escolopendra fluctuaban en unas partes á merced de los vientos, suspendidas en el aire, á manera de los listones de color verdepúrpura; y en otras crecia en abundancia la pervinca ó yerba doncella, cuya flor es muy parecida á la del clavo, ó á la de los pimientos de corteza color de sangre, y mas brillante que el coral. En su circunferencia la yerba balsamina, cuyas hojas vienen en figura de corazon, y los basilicos del olor de la pimienta, exhalaban la mas dulce fragancia. Del repecho de la montaña pendian las lianas ó enredaderas, á manera de undosos tendederos de ropa, y formaban en lo escarpado de las rocas dilatadas cortinas de verdor. Las aves de mar, atraidas de la apacibilidad de aquella caverna, iban á pasar la noche en ella; y al ponerse el sol se veian volar hácia allí á lo largo de la ribera el cuervo y la cogujada marinos,

y en lo alto de los aires la negra fragata y el pájaro blanco del trópico, que, como el astro del dia, abandonaban las soledades del océano indiano.

Tenia Virginia sumo deleite en ir á reposar en la márgen de aquella fuente, decorada con una pompa magnífica y silvestre á un mismo tiempo. Muchas veces lavaba en ella la ropa de la familia á la sombra de los dos cocoteros, y otras llevaba á pacer allí las cabras; y se entretenia, miéntras preparaba los quesos con su leche, en verlas levantarse en dos piés para rozar las hojas del culántrillo, y sostenerse, como en el aire, en las cornisas de las peñas, haciendo hincapié en ellas como sobre un pedestal.

Viendo Pablo que aquel sitio era el privilegiado de Virginia, llevó allí del bosque inmediato nidos de toda especie de pájaros, cuyos padres atraidos del amor de sus hijuelos fuéron al instante á establecerse en aquella nueva colonia, donde Virginia les

echaba, á ciertas horas, granos de arroz, de maiz y mijo. De modo que luego que ella se presentaba, los mirlos silbadores, los bengalíes, cuyo gorgeo es tan delicioso, los cardenales de plumage color de fuego, dejaban los zarzales; los papagayos verdes como esmeraldas bajaban de los lataneros inmediatos; las perdices corrian por entre la yerba: y mezclados unos con otros llegaban, como si fuesen gallinas, hasta sus mismas plantas. Ella y Pablo se entretenian, por lo regular, en observar sus juegos, sus inclinaciones y sus amores.

¡Amables niños! vosotros pasábais así los primeros dias en la inocencia, ejercitandoos en hacer bien. ¡Cuantas veces vuestras madres, estrechandoos tiernamente en sus brazos en este mismo sitio, bendecian al cielo por el consuelo que preparábais á su vejez, viendoos entrar en la vida bajo de tan felices auspicios! ¡Cuantas, á la sombra de estos peñascos, he participado con ellas de vuestras comidas cam-

pestres que á ningun animal habian costado la vida! Calabazas llenas de leche, huevos frescos, tortas de arroz en hojas de banano, cestos colmados de batatas, de naranjas, de granadas, de bananas, de ananas y de atas, nos ofrecian á un mismo tiempo los manjares mas saludables, los colores mas alegres, y los jugos mas substanciosos.

La conversacion que tenian era tan inocente y agradable como los mismos manjares de que usaban en estos festines. Por lo comun, Pablo no hablaba en ellos, sino de lo que habia trabajado aquel dia, y de lo que tenia que trabajar el siguiente; y continuamente estaba pensando en algun trabajo útil para la comunidad. « Aqui, segun « él, las sendas no son cómodas; allá, los « asientos no estan del todo blandos; estos « nuevos emparrados no dan la sombra « necesaria; Virginia estará mejor alli. » Y otras reflexiones á este tenor.

En tiempo de lluvias pasaban el dia

todos juntos en casa, ocupados amos y criados en hacer esteras de yerbas, y canastillos de hojas de bambú. En las paredes se veian colocados con el mejor órden rastrillos, hachas, azadones; y al lado de estos instrumentos de agricultura, las producciones correspondientes á cada uno de ellos, como sacos de arroz, gavillas de trigo y cuelgas de bananas, tan delicado todo como abundante. Virginia enseñada por su madre y por Margarita aprovechaba estas temporadas en hacer compotas, licores y bebidas cordiales con el jugo de las cañas de azúcar, de limon y de acimbogas.

Por la noche, cenaban á la luz de una lamparilla; y despues de cenar, solia contar madama de La Tour á Margarita la historia de varios caminantes estraviados en los bosques europeos infestados por la mayor parte de ladrones, ó el naufragio de alguna nave arrojada por la tempestad contra las rocas de una isla desierta; y con aquellas relaciones se inflamaban mas y

mas las almas sensibles de sus hijos, y rogaban al cielo les ortogase la gracia de poder ejercitar algun dia la hospitalidad con semejantes desgraciados. A cierta hora se despedian las dos familias, para ir á reposar, mas siempre con la impaciencia de volver á verse al dia siguiente. Algunas veces se quedaban dormidos al ruido de la lluvia que se desgajaba á mares sobre el techo de sus cabañas, ó de los vientos impetuosos que les traian desde léjos el murmullo de las olas estrelladas contra los peñascos de la ribera : y en tales casos bendecian al autor de la naturaleza por la seguridad de sus personas, siendo tanto mayor su reconocimiento, cuanto se consideraban mas distantes del peligro.

De cuando en cuando leia madama de La Tour en comunidad algun pasage tierno de la historia del antiguo ó nuevo Testamento, y se enardecian sus almas con la contemplacion de las cosas celestiales. Su moral no era especulativa, sino práctica

como la del evangelio; no habia entre ellos dias destinados para la alegría, ni para la tristeza, sino que todos eran igualmente llenos y festivos para sus corazones. La naturaleza entera era para ellos un templo augusto donde admiraban sin cesar una inteligencia infinita, omnipotente, y amiga de los hombres; y este sentimiento de confianza en el poder supremo los llenaba de consuelo respecto de lo pasado, de valor para lo presente, y de una dulce esperanza por lo venidero. Así es que estas mugeres, precisadas por los infortunios á seguir el órden de la naturaleza, halláron en sí mismas, y escitáron en sus hijos estos sentimientos que inspira en todos la misma naturaleza para preservarnos de que seamos desgraciados.

Pero, como muchas veces en las almas mas bien acondicionadas y de mejor temple suelen levantarse nubes que perturban su serenidad, cuando alguno de la familia se mostraba triste, se reunian todos á fin de

distraer su ánimo, y no paraban hasta conseguirlo, mas bien con obras que con reflexiones, empleando cada cual en esto su carácter particular: Margarita, su alegria y viveza natural; madama de La Tour, una moral dulce; Virginia, tiernas caricias; Pablo, franqueza y cordialidad; y hasta Domingo y Maria contribuian por su parte, contristandose con el que veian llorar. A este mismo modo las plantas débiles entretejen unas con otras sus ramas, para oponer mas resistencia al ímpetu de los uracanes.

En tiempo sereno, iban á misa todos los dias festivos á la iglesia de las Pamplemusas, cuya torre veis allá abajo en el llano, adonde concurrian colonos mui poderosos, conducidos en hombros de esclavos, algunos de los cuales se empeñáron varias veces en tener conocimiento y trato con aquellas familias tan unidas, convidandolas á diversiones y partidas de campo. Pero ellas desecháron siempre sus ofrecimientos con cortesania y respeto,

persuadidas de que los ricos solo buscan á los pobres para tener complacientes, y que es imposible ser complaciente sino adulando las pasiones de otro, buenas ó malas. Por otra parte evitáron con no menor cuidado la familiaridad con los colonos medianamente acomodados, por lo comun envidiosos, murmuradores y groseros. Al principio pasáron por tímidas en el concepto de los primeros, y por altaneras en el de los segundos; pero su conducta reservada estaba acompañada de tales demostraciones de urbanidad y atencion, particularmente para con los miserables, que insensiblemente se conciliáron el respeto de los ricos, y la confianza de los pobres.

Comunmente al salir de misa iban á buscarlas las gentes desvalidas para que ejercieran con ellos algun oficio de caridad; y ya se presentaba un afligido pidiendoles consejo, ya un niño que les rogaba con lágrimas pasasen á visitar á su madre enferma en alguna de las aldeas

de la comarca. A este fin llevaban siempre consigo varias recetas de remedios caseros los mas acomodados para la curacion de las enfermedades del pais, y las distribuian con aquel agrado que da tanto precio á los menores servicios. Sobre todo tenian particular talento para disipar las penas é inquietudes del ánimo, tan insoportables en la soledad y en un cuerpo enfermo. Madama de La Tour hablaba con tanta confianza de la divinidad, que oyendola discurrir asi los pacientes, les parecia que la tenian allí presente. Virginia volvia comunmente de aquellas visitas con los ojos arrasados de lágrimas, pero con el corazon penetrado de alegria, porque habia tenido ocasion de hacer bien. Ella era la que disponia de antemano los remedios necesarios para los enfermos, á los cuales se los administraba con indecible afabilidad y buen afecto.

Despues de estas visitas de caridad, alargaban á veces su camino por el valle

de la Montaña-larga hasta mi posesion, donde yo las esperaba á comer á las orillas del riachuelo que pasa por las inmediaciones, y para aquellos casos procuraba tener reservada alguna botella de vino añejo, á fin de aumentar la alegria de nuestras comidas indianas, con estas dulces y pectorales producciones de la Europa. Otras veces nos citábamos para la playa del mar, en la desembocadura de algun rio de los que en esta isla solo merecen el nombre de grandes arroyos, adonde llevábamos de nuestra casa provisiones vegetales que juntábamos á las que el mar nos suministraba en abundancia; en cuyas riberas pescábamos barbos, salmonetes, pulpos, langostas, esquines, cangrejos, ostras y mariscos de toda especie. Muchas veces los sitios mas terribles por su naturaleza nos proporcionaban los placeres mas tranquilos. Sentados por lo comun sobre un peñasco, á la sombra de un sauce, veiamos venir desde muy léjos las olas del

mar á estrellarse á nuestros piés con horrible estrépito. Pablo, que por otra parte nadaba como un pez, se internaba á veces en la playa, saliendo al encuentro á las olas; y cuando estas se acercaban, huia hácia nosotros delante de sus grandes volutas ó roleos espumosos y bramantes que le perseguian gran trecho tierra adentro. Pero Virginia, toda inmutada al ver aquello, daba agudísimos chillidos, y decia que semejantes juegos le causaban mucho sobresalto.

A nuestras comidas se sucedian los cánticos y danzas de los dos jóvenes. Virginia cantaba la felicidad de la vida campestre, y las desgracias de los marineros á quienes incita la codicia á navegar sobre el furioso elemento, en lugar de dedicarse al cultivo de la tierra que da apaciblemente tantos bienes. A veces ejecutaba con Pablo alguna pantomima al modo de los negros. La pantomima es el primer lenguage del hombre, conocida de todos

los pueblos, y tan natural y espresiva, que los hijos de los blancos suelen aprenderla á poco que la vean practicar á los de los negros. Virginia, trayendo á la memoria las historias leidas por su madre que mas impresion le habian hecho, representaba con mucha naturalidad los principales sucesos de ellas. Unas veces, al son del tambor de Domingo, se presentaba en la era de su casa con un cántaro vacio en la cabeza, y se acercaba con timidez á la fuente inmediata, en ademan de ir á coger agua. Domingo y María, haciendo el papel de los pastores de Madian, se oponian á su paso, y asiendola del brazo aparentaban que la echaban de allí. Llegaba en esto Pablo de repente á su defensa, contenia á los pastores, llenaba el cántaro de Virginia, y poniendosele en la cabeza, ceñia su frente con una corona de pervinca ó yerba doncella, que daba nuevo realce á la blancura de su rostro. Entónces prestandome yo á sus juegos, me encargaba de

hacer el personage de Raquel, y concedia á Pablo mi hija Sefora en matrimonio.

En otras ocasiones representaba á la infeliz Ruth, cuando volvió viuda y pobre á su pais, donde despues de una larga ausencia se vió tratada como forastera. Domingo y Maria representaban los segadores; Virginia figuraba que iba recogiendo detras de ellos las espigas dejadas aqui y alli; y Pablo, imitando la gravedad de un patriarca, le hacia varias preguntas, á que ella respondia como temblando de miedo. Movido al fin de compasion, concedia asilo á la inocencia, y hospitalidad al infortunio: llenaba el delantal de Virginia de toda suerte de provisiones, y la conducia á nuestra presencia, como ante los ancianos del pueblo, declarando que la elegia por esposa á pesar de su indigencia.

Madama de La Tour, representandosele vivamente con esta escena el abandono de sus mismos padres, su viudez, y el buen recibimiento que habia tenido de Marga-

rita, acompañado á la sazon de la esperanza de un dichoso himeneo entre sus hijos, no podia dejar de llorar; y este confuso recuerdo de males y de bienes nos hacia derramar á todos lágrimas mezcladas de gozo y de sentimiento.

Se representaba estos dramas con tanta propiedad, que yo me creia transportado á los campos de la Siria ó de la Palestina. Ni faltaba la decoracion, iluminacion y orquestra conveniente á semejante espectáculo; pues el lugar de la escena era, por lo comun, en el centro de un bosquecito, cuyas entradas formaban al rededor de nosotros muchas galerías de frondosidad y de follage, donde pasábamos la mayor parte del dia, resguardados del calor. Mas cuando el sol se aproximaba al horizonte, sus rayos refractados en los troncos de los árboles se hacian divergentes entre sombras de la floresta, en largos manojitos luminosos que producian el efecto mas apacible y magestuoso. Algunas veces pre-

sentandose su disco entero al estremo de una calle, la hacia parecer toda ella como de fuego. Las hojas de los árboles, iluminadas por la parte inferior con sus rayos azafranados, brillaban á manera del topacio y la esmeralda; y sus pardos y mohosos troncos parecian como convertidos en colunas de un bronce antiguo. Las avecitas retiradas en silencio debajo de la frondosa hoja, para pasar allí la noche, sorprendidas de volver á ver una segunda aurora, saludaban todas á una al astro del dia con mil y mil cantares diferentes.

La noche nos sorprendia muy á menudo en estas fiestas campestres; pero la pureza del aire y lo templado del clima nos permitia dormir en medio del campo, debajo de un árbol, sin el menor rezelo de ladrones, ni allí, ni en nuestras casas adonde volviendo cada uno el dia siguiente, la hallaba como la habia dejado. Tal era en aquel tiempo la buena fé que reinaba en esta isla sin comercio, que las

puertas de la mayor parte de las casas no se cerraban con llave, y una cerradura era un objeto de curiosidad para muchos criollos.

Pero en el discurso del año habia dias para Pablo y Virginia del mayor regocijo, que eran los del cumpleaños de sus madres. Virginia no dejaba de amasar y cocer la víspera tortas de flor de harina para las pobres familias de aquellos blancos nacidos en la isla, que no habiendo probado jamas pan europeo, destituidos de todo auxilio por parte de los negros, y reducidos á alimentarse de la yuca en medio de las selvas, no tenian para sobrellevar la miseria, ni la estupidez compañera de la esclavitud, ni el valor que inspira la educacion. Estas tortas eran el único regalo que la situacion de su familia le permitia hacer á Virginia; pero las repartia con tal agrado, que les añadia un precio y condimento estraordinario. Pablo era el que se encargaba de llevarselas á sus mismas

habitaciones ; y las pobres familias reconocidas prometian, al tiempo de recibirlas, ir á pasar todo el dia siguiente en casa de madama de La Tour y Margarita. Allí era ver llegar una madre con dos ó tres hijos amarillentos, descarnados, y tan tímidos que apénas osaban levantar los ojos. Pero Virginia al punto los colocaba cómodamente, y les servia ciertos refrescos, cuya bondad realzaba ella por alguna circunstancia particular que en su concepto acrecentaba su valor, diciendoles : « Este licor « lo ha hecho Margarita ; este otro mi « madre : mi hermano ha cogido por su « misma mano esta fruta en la cima de « un árbol. » Y otras cosas á este modo.

Despues incitaba á Pablo á que les hiciera bailar, y no se apartaba de su lado miéntras no los veia satisfechos y contentos. Todo su empeño era que estuvieran alegres con la alegria de su familia, y decia : « No es posible hacer la feli- « cidad propia, sin ocuparse en la de los

« demas. » Y asi cuando se habian de volver á sus habitaciones, les ofrecia aquel mueble ó muebles á que los habia visto inclinados desde el principio, cubriendo la necesidad de que agradecieran sus dádivas con el pretesto de su singularidad ó estrañeza. Si los veia muy andrajosos, escogia algunas de sus ropas viejas, y mandaba á Pablo las fuese á poner secretamente á la puerta de sus casas, con el permiso de su madre. De este modo hacia el bien, á ejemplo de la Divinidad, mostrando el beneficio, y ocultando la mano bienhechora.

Vosotros los Europeos, cuya alma se llena desde la infancia de tantas preocupaciones contrarias á la felicidad, no podeis concebir que la naturaleza sea capaz de proporcionar tantas luces y placeres. Vuestro espiritu, ceñido á una estrecha esfera de conocimientos, toca bien pronto al término de sus gustos artificiales; pero la naturaleza y el corazon son

inagotables. Pablo y Virginia no tenian relojes, ni almanaques, ni libros de cronología, de historia ni de filosofía. Los periodos de su vida se arreglaban por los de la naturaleza: conocian las horas del dia por la sombra de los árboles; las estaciones por el tiempo en que dan sus flores ó frutos; y los años por el número de sus cosechas. Estas dulces imágenes hacian muy delicioso su modo de espresarse: « Ya es hora de comer, decia Vir-
« ginia á los suyos, pues á los bananos
« les da la sombra á los piés: se acerca la
« noche, porque los tamarindos cierran
« sus hojas. ¿Cuando vendrás á vernos,
« le preguntaban algunas amigas de las
« inmediaciones? Para las cañas del azú-
« car, respondia Virginia. Tu visita, con-
« testaban las muchachas, será para no-
« sotras tanto mas gustosa y apreciable. »

Cuando le preguntaban su edad y la de Pablo, respondia: « Mi hermano tiene los
« mismos años que el cocotero alto, y yo

« que el mas bajo: los mangles han dado « doce veces su fruto, y los naranjos veinte « y cuatro veces la flor, desde que estoy « en este mundo. » De suerte que su vida parecia que estaba identificada con la de los árboles, como la de las Driadas y Faunos. No conocian mas épocas históricas que las de las vidas de sus madres, otra cronologia que la de sus vergeles, ni mas filosofia que el hacer bien á todos, y resignarse á la voluntad de Dios.

Pero, de buena fé, ¿que necesidad tenian estos niños de ser sabios y ricos al modo que nosotros lo somos? Sus mismas necesidades é ignorancia aumentaban en cierto modo su felicidad, y no habia dia para ellos en que no se prestasen uno á otro oficios de la mas tierna amistad. Ellos crecian en edad y esperiencia, siguiendo fielmente las leyes de la naturaleza y de la religion, sin que ningun cuidado arrugara su frente, ninguna intemperancia corrompiera su sangre, ninguna pasion

funesta depravara su corazon. El candor, la inocencia, la piedad y el amor desplegaban de dia en dia la belleza de sus almas en gracias inefables espresadas en todas sus acciones, actitudes y movimientos.

En medio de esta felicidad que gozaban los dos jóvenes, empezó Virginia á esperimentar sucesivamente una especie de melancolia. La edad de las pasiones produce en el hombre una metamorfósis ó transformacion estraña, que causa tantos bienes ó tantos males, segun el impulso y direccion de las circunstancias. Virginia era víctima de sí misma, sin conocerlo; y en aquel estado ni sabia á que atribuir la inquietud interior que esperimentaba, ni sentia aquella alegria que desde la niñez la habia acompañado. Sus ojos se marchitáron insensiblemente, la palidez fué cubriendo su rostro, y una languidez y desmadejamiento universal acabáron de apoderarse de todo su cuerpo.

Bien penetraba la madre la causa del

mal de su hija; pero, como prudente y esperimentada, le decia: « Dirigete á « Dios, hija mia, que es quien dispone « á su arbitrio de la salud y de la vida de « los mortales, y quiere esperimentar hoy « tu constancia para premiarte mañana: « acuerdate de que no hemos venido á « este mundo sino para ejercitar la vir- « tud. »

En este intermedio los escesivos calores que de tiempo en tiempo desuelan las tierras situadas entre los trópicos, viniéron á ejercer aqui sus estragos. Cuando el sol toca al signo de capricornio á fines de Diciembre, sus ardientes rayos cayendo verticalmente sobre la isla de Francia la abrasan por espacio de tres semanas consecutivas, causando en toda ella un calor estraordinario. Los vapores del océano, elevados por la intension de los rayos solares, cubriéron un dia toda la isla como un vasto parasol, de resultas de haber calmado el viento sudeste, que es el que rei-

nando aquí casi la mayor parte del año, disipa las tempestades. Las cimas de los montes cubiertas de estos negros vapores despedian de sí globos de fuego; y los bosques, el llano y los valles resonaban con los horribles truenos de las nubes agitadas. Bien pronto comenzáron á caer torrentes de agua, como si de par en par se hubiesen abierto las cataratas del cielo. Los arroyos espumosos bajaban precipitados por las quebradas de este monte, formando un mar de todo el valle, una isleta de esta esplanada donde estan las cabañas, y de este valle una esclusa por donde salian mezclados indistintamente con las tumultuosas aguas los árboles, las tierras y los peñascos.

Toda la familia intimidada se encomendaba á Dios en la cabaña de madama de La Tour, cuyo techo crujia horriblemente con la violencia de los aires; siendo tan fuertes y repetidos los relámpagos que entraban por las rendijas, que sin em-

bargo de que todas las puertas y ventanas estaban bien cerradas, se distinguia con el resplandor cuanto habia dentro de ella. Pablo, intrépido como él mismo, andaba con Domingo de cabaña en cabaña, á pesar del furor de la tempestad, apuntalando aqui una viga, y fijando allí una estaca; y si alguna vez entraba en la de madama de La Tour, solo era con el fin de consolar á la familia con la esperanza próxima de la serenidad deseada. En efecto, á la tardecita cesó la lluvia, y tomó su curso ordinario el ligero viento del sudeste; los nubarrones tempestuosos corriéron hácia el nordeste, y apareció en el horizonte el sol poniente.

El primer deseo de Virginia fué ir á ver el lugar de su recreo. Pablo se acercó á ella con cierto aire de timidez y le presentó el brazo para ayudarla á caminar. El aire ya era fresco y sonoro, y en las cimas del monte surcado en varias partes de la espuma de los torrentes que sensible-

mente iban menguando, se elevaban blancos vapores, anuncios de la serenidad. Todo el jardin estaba trastornado, desarraigados la mayor parte de los árboles, y los prados cubiertos de arena. Solamente los dos cocoteros se conservaban verdes é intactos, sin que hubiese quedado en sus alrededores ni céspedes, ni emparrados, ni pájaros, á escepcion de algunos bengalies que en las estremidades de las vecinas peñas lloraban la pérdida de sus hijitos con acento lamentable.

A vista de tanta desolacion, dijo Virginia á Pablo : « Ya ves como el uracan « ha quitado la vida á los pajaritos que tú « trajiste á este sitio, y como ha destruido « el jardin hecho por tu mano. En esta « vida no hay cosa que no sea perecedera, « y solo son inmutables las del cielo. »

« ¡ Que no tuviera yo para podertela « ofrecer, le contestó Pablo, alguna cosa « del cielo ! pero es tanta mi pobreza, que « ni siquiera poseo la menor prenda de

« valor sobre la tierra. » « Bien lo sé, re-
« plicó ella medio sonrosada, pero tú tienes
« la efigie de san Pablo. » No bien oyó aquello Pablo, cuando echó á correr en busca del retrato que tenia en casa de su madre.

El retrato era una especie de miniatura, que representaba á san Pablo, primer ermitaño, á quien Margarita profesaba particular devocion; y despues de haberle llevado muchos años al cuello, siendo soltera, se le puso al hijo, luego que fué madre. Sucedió tambien que estando ella en cinta de Pablo, y viendose desamparada de todos (á fuerza de contemplar en la imágen del santo anacoreta), se le parecia en alguna manera su hijo Pablo, cuya circunstancia la habia decidido á ponerle su nombre, y darle por patrono un santo que pasó su vida apartado del mundo y léjos de los hombres, los cuales despues de haberle seducido, pérfidamente le abandonáron. Virginia, al recibir aquella efigie

de mano de Pablo, le prometió no quitarsela del cuello miéntras viviera, ni olvidar que Pablo le habia dado la única prenda que poseia sobre la tierra.

En este intermedio instaba Margarita á madama de La Tour á que trataran de casar á sus hijos, en atencion á la pasion con que se miraban, y á la edad que ya tenian proporcionada para el efecto, evitando de esta manera los riesgos comunes á que estaban espuestos. Pero madama de La Tour le respondió: « Todavía son « demasiado jóvenes y pobres para eso. « ¡Que sentimiento no tendriamos en ver « á Virginia cargada de hijos que tal vez « no podria criar por falta de fuerzas! « Vuestro negro Domingo ya está bas- « tante cascado, y Maria enferma: por « otra parte, amiga mia, yo me siento « muy débil y deteriorada, al cabo de « quince años que vivo en un clima ar- « diente como este, donde se envejece mas « pronto que en los frios, y mucho mas

« con los quebrantos y pesares. Pablo es
« nuestra única esperanza, y debemos
« aguardar por lo mismo á que medre y
« adquiera el vigor necesario para que sea
« capaz de sostener nuestra vejez. En el
« dia bien sabeis que solo tenemos lo ne-
« cesario para vivir: dentro de poco dis-
« pondrémos que Pablo pase á las Indias
« por cierto tiempo, donde adquiera con
« el comercio la suficiente cantidad de
« dinero para comprar un esclavo; y á la
« vuelta le casarémos con Virginia, pues
« considero que es el único hombre que
« puede hacer feliz á mi amada hija. Mas
« esto lo consultarémos despues con nues-
« tro vecino. »

En efecto, habiendolo hecho ellas así, fui de su mismo dictámen, y les dije que los mares de la India eran muy bonancibles, particularmente sabiendo elegir la estacion proporcionada para el embarco, en cuya navegacion se tardaba seis semanas, cuando mas á la ida, y casi lo mismo

á la vuelta; que yo buscaria persona que habilitase á Pablo, pues era estimado de cuantos le conocian; y que aun cuando no le diésemos mas que algodon en rama, del cual no se hace en esta isla ningun uso por falta de máquinas para limpiarle; palo de ébano, tan comun aquí que se usa para la lumbre, y algunas resinas que se pierden en nuestros bosques; todo esto lo venderia en las Indias á un precio mas que moderado. Me encargué al mismo tiempo de pedir á M.r de la Bourdonais el pasaporte para el viage, y ántes de todo quise tratar con Pablo este pensamiento.

Pero me quedé absorto de admiracion, cuando este jóven me dijo con una madurez muy superior á sus años: « ¿ Porque « quereis que yo deje á mi familia por no « sé que proyecto de fortuna ? ¿ Hay por « ventura en el mundo un comercio mas « lucrativo que el cultivo de la tierra « que da cincuenta y aun ciento por uno ? « Si queremos comerciar, ¿ no podrémos

« hacerlo llevando á vender á Puerto-Luis
« lo que nos sobre, sin necesidad de que
« yo vaya á correr las Indias? Nuestras
« madres dicen que Domingo está viejo y
« cascado; pero yo soy muchacho, y cada
« dia me siento mas robusto. Y ¿si, durante
« mi ausencia, les sucediese alguna des-
« gracia, particularmente á Virginia que
« de algun tiempo á esta parte anda tan
« triste y desazonada? ¡ Ah, eso no ! no
« lo penseis; es imposible que me resuelva
« á ausentarme de su vista. »

Esta respuesta de Pablo me puso en la mayor perplejidad, porque madama de La Tour no me habia ocultado la situacion de Virginia, y sus deseos de ganar algunos años mas sobre los que ellos tenian, separando al uno del otro; cuyos motivos no me atrevia yo á descubrir á Pablo, ni era conveniente que aun los llegara á sospechar.

En estas circunstancias, recibió madama de La Tour, una carta de su tia, por una

embarcacion que acababa de llegar de Francia. El temor de la muerte, sin el cual serian siempre insensibles los corazones duros, se habia apoderado del de aquella vieja, de resultas de haber salido de una grave enfermedad, la cual degenerando en estenuacion, se hacia incurable por lo avanzado de su edad. El objeto de su carta se reducia en substancia á decir á su sobrina: « Que se volviese á « Francia, ó que en el caso de no permi- « tirle su salud emprender un viage tan « dilatado, le enviara á Virginia á quien « pensaba dar una buena educacion y des- « tino decente en la corte, con la posesion « de todos sus bienes; y aun añadia que « en el cumplimiento de aquellas sus ór- « denes consistia la continuacion de sus « favores. »

No bien habia acabado de leer madama de La Tour la referida carta á la familia, cuando todos se quedáron suspensos y en la mayor consternacion. Domingo y Maria

comenzáron á llorar; Pablo, inmóvil sin saber lo que le pasaba, parecia como dispuesto á enfurecerse; Virginia, con los ojos fijos en su madre, no se atrevia á proferir una palabra. En este estado dijo Margarita á madama de La Tour: « ¡Será posible que « nos dejeis al cabo de tantos años! »

« No, amiga mia, no, hijos mios, es« clamó madama de La Tour, no os aban« donaré jamas. Yo he vivido con vosotros, « y con vosotros quiero morir, porque no « he conocido la dicha sino en vuestra « compañia. Si mi salud está deteriorada, « tienen la culpa de ello los antiguos dis« gustos. La crueldad de mis parientes y « la pérdida de mi amado esposo me pe« netráron hasta lo mas intimo del alma; « pero despues acá he esperimentado mas « satisfaccion y consuelo con vosotros de« bajo de estas humildes chozas, que cuan« tos bienes y felicidades pudieran ni pue« den prometerme en mi patria las ri« quezas de mi familia. »

Acabando de decir estas palabras, empezáron todos á verter lágrimas de gozo. Pablo, arrojandose en los brazos de madama de La Tour, le decia : « No me se-
« pararé jamas de vos, ni iré á las Indias :
« todos trabajarémos aqui para vos, amada
« mamá, y nada os faltará en nuestra
« compañia. » Pero la que manifestó ménos alegria que los demas, sin embargo de que era la que habia sentido mas viva, fué Virginia, la cual se conservó lo restante del dia con la misma serenidad, colmandose con esto la satisfaccion de todos.

A la mañana siguiente, al salir el sol, acabando de encomendarse á Dios en comunidad ántes dc ponerse á almorzar, segun lo tenian de costumbre, les avisó Domingo que un señor de á caballo, seguido de dos esclavos, se acercaba á la posesion. En efecto, el tal caballero era M.r de la Bourdonais, el cual habiendose entrado de improviso en la cabaña, encontró á toda la familia almorzando al

rededor de una mesa, donde Virginia acababa de servir café, arroz cocido en agua, batatas asadas y bananas frescas. La única vajilla de que se servian eran cascos de calabaza, y por mantel hojas de banano.

Manifestó el gobernador por el pronto su sorpresa, viendo la pobreza de aquella familia; y dirigiendose despues á madama de La Tour, le insinuó que los negocios generales de su empleo le habian estorbado algunas veces de pensar en los particulares; pero que ella era acreedora á toda su atencion. « Vos teneis, Madama, añadió, á « una tia muy rica y distinguida en Paris, « que os deja por heredera de todos sus « bienes, y os espera cuanto ántes á su « lado. »

Contestóle madama de La Tour, que su salud achacosa ne le permitia emprender un viage tan espuesto como largo.

« Pero á lo menos, replicó el gober- « nador, no podréis privar, sin injusticia,

« de una herencia tan crecida, á una hija
» tan jóven y amable como os ha concedido
« el cielo. Yo no debo ocultaros que vues-
» tra tia se ha valido de la autoridad para
« llevarsela, y que á este fin me escribe
« use de todas mis facultades en caso ne-
« cesario. Mas como yo no las ejerzo sino
« para hacer felices á los habitantes de
« esta isla, espero de vuestra voluntad
« sola un sacrificio de algunos años, del
« cual dependen el establecimiento de
« vuestra hija, y vuestro bienestar para
« toda la vida. ¿A qué se viene á las islas?
« ¿no es para enriquecerse en ellas? Pues
« ¿no será mejor y mucho mas gustoso el
« ir á encontrarlas en su patria? » Di-
ciendo estas palabras y mandando á uno
de sus negros dejar sobre la mesa un gran
talego de pesos que llevaba, añadió: « Aquí
« teneis ese dinero que vuestra tia ha des-
« tinado para los preparativos del viage de
« la chica. »

Despues comenzó á reconvenir con cor-

tesania y atencion á madama de La Tour, porque no habia recurrido á él en sus necesidades, aunque elogiando al mismo tiempo su valor noble y constante.

Tomó á esto Pablo la palabra, y dijo á M.r de la Bourdonais: « Señor gobernador, « mi mamá ha recurrido á vos, y la habeis « recibido mal. »

« ¿Teneis á otro hijo? » preguntó prontamente el gobernador á madama de La Tour.

« No, señor, contestó ella; este es el « hijo de mi amiga Margarita, y á él y á « Virginia los amamos igualmente, y son « para nosotras hijos comunes. »

« Niño, dijo el gobernador encarandose « á Pablo, cuando llegues á tener espe- « riencia del mundo, conocerás la desgracia « de los que mandan, y la facilidad con « que son engañados, dando al vicio in- « trigante é impudente lo que solo perte- « nece al mérito que se oculta. »

Convidó entónces madama de La Tour

á M.r de la Bourdonais á almorzar, cuyo convite aceptó el gobernador sentandose á su lado, y tomando café mezclado con arroz cocido en agua, á la manera de los criollos. El cual quedó tan encantado del órden y aseo de la cabaña, de la union edificante de las dos familias, y hasta del zelo de sus ancianos criados, que dijo: « Aquí no hay sino muebles de madera; « pero se ven rostros serenos, y corazones « de oro. »

Pablo, prendado de la popularidad y llaneza del gobernador, le dijo que deseaba ser su amigo, porque era hombre de bien; y M.r de la Bourdonais, recibiendo con gusto aquella señal de sinceridad isleña, le dió un abrazo, y apretandole la mano le aseguró que podia contar con su amistad.

Acabado el almuerzo, llamó á parte á Madama de Latour, y le dijo que habia ocasion en el dia de enviar á su hija á Francia, en un navio que estaba pronto á hacerse á la vela; que la recomendaria á

una pariente suya que iba de pasagera en el mismo buque; y que no era cosa de abandonar una herencia inmensa por una satisfaccion de algunos años. « Vuestra « tia, añadió al tiempo de partir, no podrá « vivir mas de dos años, segun me escri- « ben sus amigos; miradlo bien, y con- « sultadlo allá para con vos, pues no « todos los dias se muestra risueña la for- « tuna. No habrá persona de juicio que no « piense como yo. »

Madama de La Tour le respondió: « Que « no deseando en este mundo mas felici- « dad que la de su hija, dejaria absoluta- « mente al arbitrio del señor gobernador « su partida para Francia. »

Como á madama de La Tour no le disgustaba encontrar ocasion de separar por algun tiempo á Pablo y Virginia, para proporcionarles en lo sucesivo su felicidad mutua, llamó á parte á su hija de allí á pocos dias, y le habló en estos términos :

« Hija mia, ya ves que nuestros cria-

« dos son ancianos, que Pablo es muy
« jóven, que su madre va siendo vieja, y
« que yo estoy muy achacosa de males:
« ¿ qué seria de ti entre estas breñas, si
« yo llegase á morir? ¿ Podrias resistir
« sola, y sin ninguna otra persona que
« te ayudase, viendote precisada á traba-
« jar continuamente la tierra, como una
« muger mercenaria, para ganar el sus-
« tento diario? ¡ Ah! esta reflexion, Vir-
« ginia mia, me traspasa las entrañas de
« dolor. »

Al oir esto, Virginia le replicó: « Dios
« nos ha condenado á todos al trabajo, y
« vos, madre mia, me habeis enseñado
« á trabajar, y á bendecirle cada dia.
« Hasta aqui no nos ha abandonado, ni
« nos abandonará en adelante, pues su
« providencia vela particularmente sobre
« los infelices, segun millares de veces me
« lo habeis insinuado. No es posible que
« yo me determine á dejaros. »

Madama de La Tour, conmovida con

semejantes razones, le contestó sin detenerse: « No creas, hija mia, sea otro mi « intento que hacerte feliz, y casarte al- « gun dia con Pablo, que no es hermano « tuyo: considera ahora que tienes en tu « mano su felicidad y la tuya. »

Con semejante confianza de una madre amorosa y compasiva, no tuvo dificultad Virginia en abrirle de par en par su corazon, declarandole sin disfraz ni rebozo la inclinacion hasta entónces secreta de su alma; y viendo que su madre la aprobaba y dirigia á un fin honesto con sus consejos, le ofreció nuevamente no apartarse jamas de su lado, y vivir en su compañia sin agitacion en cuanto á lo presente, ni temor respecto de lo futuro.

Viendo madama de La Tour que su confianza habia producido un efecto contrario al que ella se esperaba, aseguróle que no queria violentar su inclinacion, sino que deliberara maduramente y á su salvo; pero le encargó que ocultase siem-

pre su amor á Pablo, porque, como ella decia, « cuando el corazon de una don-
« cella está cautivo, ya no le queda al
« amante otro sacrificio que exigir de
« ella. »

A este tiempo se dejó entrar por la puerta el confesor de madama de la Tour, enviado por el gobernador para acabar de persuadirla y hacerle fuerza con sus razones, las cuales se redujéron á que era forzoso someterse á las órdenes de la Providencia que tenia dispuesto hacer feliz á Virginia por aquel camino; y que supuesto que madama de La Tour no podia emprender el viage por el mal estado de su salud, debia hacerlo sin mas dilacion su hija Virginia, á fin de complacer á su tia, y mejorar al mismo tiempo su propia suerte.

Habiendo oido semejantes razones, la obediente Virginia bajó los ojos, y con voz desmayada y trémula respondió al confesor: « Si así lo dispone el cielo, á nada

« me opongo : hagase la voluntad del « Señor, añadió, exhalando un profun- « disimo suspiro. »

En aquel estado, me envió á decir madama de La Tour con Domingo le hiciese el favor de pasar á su cabaña, pues tenia que consultarme acerca del viage de Virginia. En efecto, habiendo tratado los dos el asunto, fui de opinion que no emprendiera semejante viage. Porque habeis de saber que yo tengo por un principio cierto de la felicidad humana, que son preferibles los bienes de naturaleza á los de fortuna, y que no debemos ir á buscar léjos de nosotros lo que tenemos dentro de nosotros mismos; y esta máxima la estiendo yo á todas las cosas de este mundo, sin escepcion ni diferencia.

Pero ¿ que eficacia podian tener mis consejos contra las fundadas esperanzas de una fortuna tan brillante y halagüeña ? Consiguientemente madama de La Tour solo me consultó por puro cumplimiento,

y ya no fué mas dueña de deliberar por sí desde el instante que oyó el dictámen de los dos personages que acabo de nombraros.

La misma Margarita, quien á pesar de las felicidades que esperaba para su hijo de la fortuna de Virginia, se habia opuesto muy seriamente á su partida, dejó de insistir sobre ello. Pablo, ignorando el partido que sus madres tomarian, estaba admirado de las conversaciones secretas de madama de La Tour con su hija, y entregado á los impulsos de la tristeza, decia: « Algo se trama contra mí, cuando tanto « se recatan de que yo las oiga. »

Al punto que se estendió la voz por toda la isla de que la fortuna habia visitado estas breñas, trepáron á ellas mercaderes de todos géneros, que desplegáron delante de estas miserables chozas las estofas mas preciosas de la India, magnificas cotonías de Goudelour, pañuelos de Paliacate y Mazulipatan, muselinas de Daca, borda-

das, lisas, rayadas y transparentes como la luz, camisas de Surate muy blancas, indianas de todos colores y las mas raras, de fondo oscuro con ramos verdes, magníficas telas de seda de China; en suma, todas las producciones mas esquisitas del arte, que el lujo y la industria han inventado en las cuatro partes del mundo.

Quiso madama de La Tour que Virginia comprase á su arbitrio lo que mas le agradara, y solo se encargó ella de que no la engañasen en el precio ni en la calidad del género. En efecto Virginia comenzó á elegir todo aquello que le parecia era del gusto de su madre, de Margarita y de su hijo, destinandolo todo para ellos y nada para si, y diciendo siempre: « Esto « es muy bueno para muebles, aquello « para el uso de Maria y de Domingo. » Por manera que ya se habia empleado todo el talego de pesos, y nada habia comprado de lo que necesitaba para si, habiendo sido preciso sacar la parte que á

ella le tocaba de los regalos distribuidos entre los de casa.

Pablo, penetrado de dolor al ver aquellos dones de la fortuna que le presagiaban la partida de Virginia, se presentó de allí á pocos dias en mi casa, y me dijo con tono desmayado y lastimero: « Mi her-
« mana sin duda va á partir, pues la veo
« hacer los preparativos para el viage.
» Ruegoos paseis á nuestra posesion, y
« empleeis todo el ascendiente que teneis
« sobre el ánimo de su madre y de la mia,
« para que no se vaya. » Movido yo de las instancias del pobre muchacho, me presté al punto á sus deseos, aunque bien persuadido de que todas mis representaciones serian completamente inútiles y desaprobadas.

Os confieso que si Virginia me habia encantado hasta entónces con el vestido de coton azul de Bengala y el pañuelo encarnado al rededor de la cabeza, me pareció mucho mas hechicera cuando la vi enga-

lanada al modo de las damas de este pais. Llevaba un vestido de muselina blanca, forrado de tafetan color de rosa, y sus rubios cabellos trenzados en dos órdenes á la espalda hacian la mas perfecta armonia con su virginal cabeza. Sus hermosos ojos azules rebosaban melancolia, y su corazon agitado de una pasion reprimida comunicaba á su rostro un color animado, y á su voz dulces y penetrantes sonidos. Hasta el contraste de su vistosa gala, que ella llevaba contra todo su gusto, hacia tan interesante su languidez y desmadejamiento, que nadie podia verla ni oirla sin que se sintiera enternecido y encantado.

Acrecentóse con esto la tristeza de Pablo; y afligida cada vez mas Margarita de ver la situacion de su hijo, determinó, por último remedio, descubrirle el secreto que hasta entónces le habia ocultado. Llamóle pues á parte un dia, y le dijo:

« ¿A que fin, hijo mio, alimentarte « por mas tiempo de vanas esperanzas,

« que no habiendo de realizarse nunca te
« serán despues tanto mas amargas? Ya
« ha llegado el tiempo de que te revele el
« arcano de tu vida y de la mia. Virginia
« es parienta, por parte de madre, de
« una señora rica y de alto linage; y tú
« no eres mas que el hijo de una pobre
« aldeana, á quien el amor hizo cometer
« una flaqueza de que tú has sido triste
» fruto, privandote mi culpa, ¡fatal me-
« moria! de tu familia paterna, y mi ar-
« repentimiento de la materna. ¡Ay in-
« feliz! por mi desventura y la tuya, no
« tienes mas parientes que yo en este
« mundo. » Y al llegar aqui, comenzó á
derramar copiosas lágrimas.

Pablo, abrazando estrechamente á su madre, procuraba consolarla diciendole que no llorase; y que pues no tenia mas parientes que ella en este mundo, por lo mismo la amaria mucho mas en adelante.
« Pero ¡que secreto, añadió, el que aca-
« bais de revelarme! Ahora entiendo por-

« que hace dos meses que Virginia anda
« huyendo de mi, y en dia está resuelta
« á dejarme. ¡ Ah ! sin duda me desprecia
« la ingrata. »

Llegó entretanto la hora de cenar, y agitados todos de pasiones diferentes comiéron poco, y no habláron palabra durante la cena. Virginia fué la primera que se levantó de la mesa, y se encaminó á este mismo sitio en que estamos, donde se sentó. Siguiòla Pablo prontamente, y fué á sentarse junto á ella, guardando uno y otro un profundo silencio por largo rato.

Era esto en una de aquellas deliciosas noches, tan comunes entre los trópicos, cuya belleza no es dado retratar al pincel mas diestro y amaestrado. La luna parecia que ocupaba el centro del firmamento, rodeada de nubes y celages que sus rayos iban disipando por grados, dejandose caer insensiblemente su luz sobre los picos de los montes de la isla, que brillaban con un verde plateado. Los vientos retenian

su aliento; y solamente se oian en los bosques, en el hondo de los valles y en las puntas de los peñascos, las piadas y el dulce murmullar de las avecillas, que regocijadas con la claridad de la noche y la apacibilidad del aire, se arrullaban en sus nidos ó nocturnas moradas. Todos, hasta los insectos, susurraban debajo de la yerba. Las estrellas centelleaban en el cielo, y reverberaban en el hondo del mar, el cual reflejaba sus imágenes tremulantes.

Recorria Virginia con ojos distraidos todo el horizonte, cuando avistó, á la entrada del puerto, una luz y una sombra, que eran el fanal y el casco del navio en que habia de embarcarse para Europa, y que, dispuesto á hacerse á la vela, se mantenia al ancla hasta que cesaran las calmas. A vista de esto se le conmoviéron las entrañas, y volvió la cabeza á otro lado, porque no la viera llorar Pablo.

Madama de La Tour, Margarita y yo,

nos habiamos sentado á pocos pasos de ellos, debajo de los bananos; y con el silencio de la noche, oimos tan claramente su conversacion que desde entónces nunca la he olvidado.

« He oido, Virginia, comenzó Pablo, « que te vas dentro de tres dias; ¿no temes « esponerte á los riesgos de la mar.... de « la mar que tanto horror te causa? »

« Es forzoso, respondió ella, que obe- « dezca á mi madre, y cumpla con lo que « le debo. »

« Pero ¿será posible que nos dejes, re- « plicó Pablo, por una parienta á quien « no has visto jamas? »

« ¡Ay de mí! esclamó Virginia, yo « queria quedarme aqui toda mi vida, « pero mi madre no lo ha tenido á bien. « Por otra parte, me ha dicho mi con- « fesor, que es voluntad de Dios el que « yo parta, y que la vida no es mas que « una continua prueba... ¡Ah, sin duda « que es una prueba muy dolorosa! »

« ¡ Que ! repuso Pablo, ¿ hallas tantas
« razones para partir, y ninguna para
« quedarte ? ¡ Ah ! otra hay que me re-
« servas : el atractivo de las riquezas es
« lo que te mueve. No dudo que lograrás
« en Francia un himeneo correspondiente
« á tu nacimiento, y con todas las demas
« circunstancias que yo no puedo ofre-
« certe; pero ¿ adonde irás tú que seas mas
« feliz ? ¿ á que tierra aportarás que te sea
« mas amada que la en que has nacido ?
« ¿ donde encontrarás gentes mas amables
« que las que aquí te idolatran ? ¿ como
« podrás vivir sin las caricias de tu madre,
« á que estás tan acostumbrada ? ¿ que
« será de la pobre vieja, cuando no te vea
« á su lado, ni en la mesa, ni en casa,
« ni en el paseo donde iba apoyada siempre
« á tu brazo ? ¿ y que será de la mia, que
« te ama tanto como ella ? ¿ que les diré
« yo cuando las vea llorar por tu ausen-
« cia ? ¡ Ah, cruel ! no quiero hablarte de
« mi : pero ¿ que haré cuando yo no te

« vea á la mañana ni á la noche en nues-
« tra compañia ? ¡ Ay, Virginia ! permi-
« teme á lo ménos partir contigo en el
« mismo navío, ya que buscas una nueva
« suerte en un pais estrangero para ti, y
« otros bienes que los que te produce mi
« trabajo. A lo ménos te animaré en las
« borrascas que temes tanto, y te conso-
« laré en medio de las desgracias; y cuando
« yo te vea en Francia servida y adorada
« de todo el mundo, te haré el último sa-
« crificio de morir á tus plantas. »

Al llegar aqui le embargáron la voz los sollozos, y de allí á poco oimos la de Virginia que le decia estas palabras interrumpidas con suspiros:

« Tú eres precisamente la causa de mi
« partida.... tú, á quien he visto diaria-
« mente encorvado bajo del peso del tra-
« bajo para sustentar á dos familias en-
« fermas y necesitadas. Si yo he abrazado
« esta ocasion de ser rica, no es sino para
« pagarte mil veces los beneficios que he-

« mos recibido de tu mano : ¿ hay fortuna
« comparable á la de tu amistad ? ¿ A que
« vienes hablarme de tu nacimiento ?
« ¡ A ! si me diesen á elegir un hermano,
« ¿ elegiria otro que á ti ? ¡ Ay ! ¡ Pablo,
« Pablo ! cree á tu hermana que te habla
« con el corazon en las manos, y te ase-
« gura que si parte, es precisamente por
« obedecer á su madre, y hacerte á ti
« feliz. »

« Yo iré contigo, Virginia, iré contigo,
« y no habrá quien pueda separarme de
« ti, » esclamó entónces Pablo con gritos muy desaforados. Corrimos todos á él viendole como fuera de si, y madama de La Tour le dijo : « ¿ Que será de nosotras,
« hijo mio, si tú nos desamparas ? »

Al oir aquello, Pablo repitió, como horrorizado, estas palabras : « ¡ hijo mio !
« ¡ hijo mio ! » y volviendose repentinamente á madama de La Tour, le dijo :
« ¿ Vos, madre mia ? siendo tan inhu-
« mana que separais al hermano de la

« hermana. Los dos hemos mamado vues-
« tra leche, nos hemos criado en vuestro
« regazo, ¿ y quereis ahora separarla de
« mi ? ¿ quereis enviarla á ese pais bár-
« baro que os ha negado un asilo en vues-
« tros infortunios, y entre unos parientes
« que con crueldad inaudita os han aban-
« donado ? No, Virginia no saldrá de aqui
« sin mi. ¿ Quien me podrá estorbar que
« yo la siga ? ¿ Acaso el gobernador ¿ pero
« no podrá impedirme él que me arroje
« al mar, y la siga á nado. Para mi no
« será mas funesto el mar que la tierra.
« ¡ Que crueldad de madre ! el cielo per-
« mita que el océano á que la espo-
« neis... »

Y sin acabar de proferir lo que habia comenzado, le tomó una especie de arrebato : yo le cogi en mis brazos, y le vi enteramente enagenado de cólera. Sus ojos arrojaban llamas, y un sudor frio y muy copioso corria por todo su rostro inflamado : temblabanle las rodillas, y en su

pecho abultado se le sentia latir el corazon con palpitaciones duplicadas.

Asustada Virginia con aquel espectáculo, le dijo: « ¡ O amado Pablo ! yo te « prometo por tus males y los mios, de « no vivir sino para ti, si me quedo; y si « parto, de volver algun dia para ser « tuya. Sedme testigos todos los que habeis « dirigido los primeros pasos de mi infan- « cia, que disponeis de mi vida, y veis « mis lágrimas. Asi lo juro por el cielo « que me oye, por ese mar que voi á tra- « vesar, por el aire que respiro, y que « nunca he manchado con la menor men- « tira. »

A la manera que el sol deshace y precipita una montaña de nieve de la cumbre del Apenino, asi ni mas ni ménos se disipó la furia de Pablo, inmediatamente que oyó la voz del objeto de su amor. Su cabeza ántes erguida se inclinó sobre el pecho, y un torrente de lágrimas corria de sus ojos. Su madre, mezclando las

suyas con las del hijo, le abrazaba tiernamente sin poder hablar; y madama de La Tour, sin saber lo que le pasaba, me decia: « Ya no puedo sufrir mas.... el co-
« razon se me parte de dolor.... este viage
« de mis pecados no se verificará; vecino,
« procurad llevaros á mi hijo.... ocho dias
« ha que nadie duerme en esta casa. »

Yo entónces le dije á Pablo que se sosegase, pues á la mañana siguiente iriamos á ver al gobernador, y hariamos que Virginia se quedara: que dejase reposar á la familia, y fuese á pasar la noche á mi cabaña, pues eran ya mas de las doce. Con cual se dejó llevar sin la menor repugnancia; y despues de una noche muy agitada, se levantó al rayar el dia, y se volvió á su cabaña.

Pero ¿que necesidad hay de continuar por mas tiempo (me dijo al llegar aqui el anciano) la relacion de este caso? En la vida humana solo hay un lado agradable que conocer, pues el otro se presenta os-

curo y tenebroso como la parte de la tierra que no está iluminada por el sol durante la noche. Asi que el curso rápido de nuestra vida no es mas que un dia, y una parte de este dia está envuelta para nosotros en oscuridades.

Os suplico, buen amigo, le contesté, me continueis la relacion del caso que habeis empezado á contarme de una manera tan tierna é interesante. Las imágenes de la felicidad nos agradan, pero las de la desgracia nos instruyen. Contadme, pues el paradero del infelice Pablo.

El primer objeto, continuó el anciano, que se presentó á los ojos de Pablo al volver de mi casa, fué la negra María, que estaba sobre un peñasco mirando al mar alto. Al punto que la descubrió, comenzó á gritarle de léjos : « ¡ María, María ! « ¿ donde está Virginia ? »

La pobre María volvió la cabeza hácia su jóven amo, y se puso á llorar. Inmediatamente que notó Pablo las lágrimas de

Maria, volvió atras todo desaforado, y se encaminó al puerto apresuradamente, donde le dijéron que Virginia se habia enbarcado ántes del alba, y no se divisaba ya la nave desde la bahia. Con tan inesperada noticia se volvió á la posesion, y la atravesó toda sin hablar á nadie.

Aunque esta cordillera de riscos parece de la parte de allá que está casi perpendicular, esas esplanadas verdes que dividen su altura son como otros tantos pisos ó gradas por donde se sube, á favor de algunas sendas fragosas, hasta el pié de aquel cono inclinado é inaccesible, llamado el Police. En la basa de este cono ó pirámide, hay un llano cubierto de espesos árboles, y tan elevado que parece como un gran bosque suspendido en los aires, y está rodeado por todas partes de precipicios espantosos. Las nubes que la cima del Police atrae continuamente al rededor de sí forman allí muchos arroyos que se despeñan á tal profundidad en el

hondo del valle situado á espaldas de esta montaña, que no se percibe desde la eminencia el ruido que hacen al caer sus aguas. Desde este llano se descubre una gran parte de la isla con sus collados dominados de varios picachos, entre otros Piterboth y los Tres-Pechos, con todos sus bosques y valles; y enfrente el vasto océano y la isla de Borbon, distante como cuarenta leguas al ocaso.

Allí fué donde Pablo dirigió los primeros pasos, desde cuya eminencia divisó en alta mar la nao conductora de Virginia, como un punto negro en medio del océano. Así se estuvo la mayor parte del dia sin dejar de mirarla, figurandosele que la veia, aun cuando habia desaparecido, hasta que habiendose ocultado del todo entre los vapores del horizonte, tomó el partido de sentarse en aquel sitio agreste y solitario, combatido siempre de los vientos que agitan sin cesar las cimas de las palmeras y tacamacos, cuyo susurro sordo,

pero armonioso, se semeja al ruido de los órganos tocados á lo léjos, é inspira una profunda melancolía. Allí fué donde yo le hallé con la cabeza reclinada en un peñasco y los ojos clavados en la tierra, despues de haber andado buscandole desde la salida del sol. Al principio me costó mucho trabajo el persuadirle que tornara á su cabaña; pero al fin pude conseguirlo á fuerza de instancia. Llegámos á la posesion de su madre, y lo primero que hizo, al ver á madama de La Tour, fué quejarse muy amargamente de que ella le habia engañado.

Madama de La Tour muy contristada nos refirió entónces que habiendose levantando un viento favorable entre dos á tres de la mañana, el gobernador de la isla, acompañado de varios oficiales y del confesor de quien se habló ántes, habia ido á buscar á Virginia en litera; y que, á pesar de sus lágrimas y razones y de las de Margarita, se habian llevado á su hija mas

muerta que viva, protestando el gobernador y los de comitiva que aquello lo hacian por el bien de toda la familia.

« A lo ménos, le contestó Pablo, esta-
« ria yo ahora mas tranquilo, si me hu-
« biese despedido de ella. Yo le hubiera
« dicho : Virginia , si en el tiempo que
« hemos vivido juntos, se me ha escapado
« alguna palabra que haya podido ofen-
« derte, díme que me la perdonas ántes
« de dejarme para siempre. La hubiera
« dicho : Ya que estoy condenado á no vol-
« ver á verte, ¡ á Dios, amada Virginia !
« ¡ á Dios , vive contenta y feliz léjos
« de mí ! »

Y como en esto viese que su madre y madama de La Tour lloraban hilo á hilo: « Buscad ahora, les dijo, otro que yo que « enjugue vuestras lágrimas. » Y al mismo tiempo, prorumpiendo en tristes lamentos se ausentó de su vista, y comenzó á vagar de una parte á otra por la posesion , recorriendo todos los parages que habian

sido mas queridos de Virginia, y diciendo á los corderos y cabritillos que le seguian balando: « ¿ Que quereis de mí? ya no « veréis mas conmigo á la que os daba de « comer en sus palmas. »

Se encaminó despues al sitio llamado el Recreo de Virginia, y viendo á los pajaritos que revoloteaban al rededor de él, les decia: « ¡ Pobres avecitas! ya no vol- « veréis á poneros á las plantas de la que « os echaba migas de pan y granos de « trigo, para que no os faltase de comer. » Y viendo á Leal que iba delante de él, meneando la cola y olfateando por todas partes, dió un suspiro y dijo: « ¡ Ah! no « te canses, pobre animalito, que ya no « volverás á encontrarla jamas. »

Por último, fué á sentarse en la peña donde le habia hablado la noche precedente; y á vista del mar, en que acababa de ver desaparecer el navio conductor de la prenda de sus entrañas, lloró amargamente su desgracia.

En este estado, temiendo nosotros alguna funesta resulta de la agitacion de su alma, le seguiamos á todas partes sin perderle nunca de vista. Su madre y madama de La Tour se valian de las espresiones mas tiernas y afectuosas, para que su dolor no degenerase en desesperacion; y al fin logró esta última tranquilizarle un poco, dandole los nombres mas propios para animar sus esperanzas, llamandole á boca llena su hijo, su amado hijo, su yerno, para quien tenia destinada su hija.

Por aquel medio logró madama de La Tour hacerle entrar en casa, y que tomase algun alimento. En efecto, se sentó con nosotros á la mesa, inmediato al sitio que ocupaba ántes la compañera de su niñez; y como si todavia lo ocupara Virginia, le dirigia la palabra y le presentaba los manjares que sabia le eran mas gratos; pero inmediatamente que reconocia su ilusion, echaba á llorar muy desconsolado.

En los dias siguientes anduvo juntando todo lo que habia servido al uso particular de Virginia, como los últimos ramilletes de flores que se puso, una taza de coco en que solia beber, y otros dijes á este tenor; y como si aquellas reliquias de su amiga fuesen las alhajas de mas precio de la tierra, las besaba y las metia en el seno. Finalmente, conociendo que su pena aumentaba la de su madre y de madama de La Tour, y que las necesidades de la familia pedian un trabajo continuado, se puso á ayudar á Domingo en los reparos y cultivo del jardin.

A poco tiempo, este jóven indiferente hasta entónces, como criollo, á todo lo que pasa en el mundo, me suplicó le enseñase á leer y escribir, para poder corresponderse por escrito con Virginia: y despues quiso instruirse en la geografia, para formar una idea del pais adonde iba á desembarcar; y en la historia, para conocer las costumbres de la sociedad en que

habia de vivir. Sin duda que el origen del maravilloso arte de leer y escribir se ha debido al afecto de dos amantes ausentes, ó imposibilitados de comunicarse mútuamente sus ideas por alguna dificultad insuperable.

El estudio de la geografia no agradó mucho á Pablo, porque en lugar de describir la naturaleza de cada pais, solo trata de esplicarnos sus partes y divisiones, segun su respectivo estado político. La historia, en especial la moderna, tampoco le pareció mas útil; no hallando en ella mas que desgracias generales y periódicas, cuyas causas no llegaba á penetrar. Y asi, como no encontraba en su lectura mas que guerras sin motivo ni objeto, intrigas secretas, y naciones sin carácter, preferia á los libros históricos los de novelas y aventuras; porque tratando con particularidad de los sentimientos é intereses de los hombres, le ofrecian algunas veces lances y situaciones parecidas á la suya.

Por este motivo, ningun libro le agradaba tanto como el Telémaco, por sus descripciones y pinturas de la vida campestre, y de las pasiones hijas del corazon humano. Muchas veces leia á su madre y á madama de La Tour los pasages del Telémaco que le hacian mas impresion; y entónces agitado de dulces memorias, se le turbaba la voz, y lloraba amargamente. Se le figuraba que hallaba reunidas en Virginia la dignidad y virtud de Antiope con las desgracias y la ternura de Eucaris.

Pero, por otra parte, quedó enteramente escandalizado leyendo las novelas del dia, llenas de máximas perjudiciales y libertinas; y cuando supo que las tales novelas contenian una pintura fiel de los usos y costumbres de las naciones de Europa, temió, no sin alguna apariencia de razon, que el corazon de Virginia se corrompiera y olvidara su cariño.

En efecto, se pasó mas de año y medio sin que madama de La Tour tuviese no-

ticias de su tia ni de su hija; y solo por un medio estraño se sabia que Virginia habia llegado felizmente á Francia. Ultimamente, por una embarcacion que pasaba á las Indias, recibió una carta escrita de propio puño de Virginia, por la cual conoció desde luego que vivia infeliz, sin embargo de la circunspeccion y disimulo con que su amable é indulgente hija se esplicaba en ella. Tengo tan presentes casi todas las palabras de esta carta, por lo bien que pintaba en ella su situacion y carácter, que voy á referirosla al pié de la letra.

« Mi mas querida y estimada mamá.

« Despues de mi llegada os escribi varias
« cartas de mi puño; y como á ninguna
« me habeis contestado, me temo no hayan
« llegado á vuestras manos. Con la pre-
« sente tengo mejores esperanzas, en virtud
« de las precauciones que he tomado para

« daros noticia de mi persona, y recibirla
« igualmente de la vuestra.

« ¡ Cuantas lágrimas he derramado,
« amada madre mia, despues de vuestra
« separacion, yo que apénas habia llorado
« sino por los males de otros! Mi tia se
« quedó muy admirada á mi llegada, cuando
« preguntandome las habilidades que te-
« nia, le respondí que no sabia leer ni
« escribir; y replicandome ella, ¿ que era
« lo que habia aprendido en este mundo?
« le contesté que solo sabia gobernar *una*
« casa, y hacer vuestra voluntad: *á lo que*
« me dijo que me habian dado una edu-
« cacion de criada.

« Al dia siguiente de mi llegada, me
« puso en un gran colegio cerca de Paris,
« donde tengo maestros de todas clases,
« que me enseñan, entre otras cosas, la
« historia, la geografia, la gramática, las
« matemáticas, y á montar á caballo; pero
« tengo tan poca disposicion para todas
« estas ciencias, que no me prometo hacer

« progresos con estos caballeros. Conozco
« que soy una pobre muger de cortisimos
« alcances, como ellos suelen decir; sin
« embargo de esto, mi tia no lo lleva á
« mal, ántes bien me asiste con todo lo
« necesario, enviandome trages diferentes
« para cada estacion, y manteniendo dos
« doncellas destinadas á servirme, que es-
« tan tan bien vestidas como las señoras de
« mas alto copete. Me ha hecho tomar el
« titulo de condesa, y dejar el apellido de
« La Tour, para mi de tanto aprecio como
« para vos, por la relacion que me habeis
« hecho de los disgustos que mi difunto
« padre sufrió por casarse con vos; y en
« lugar de aquel apellido, me ha mandado
« usar del de vuestra familia, que tambien
« aprecio mucho, por ser el que vos usá-
« bais cuando soltera. Viendome en una
« situacion tan brillante, le he suplicado
« varias veces que os envie algun socorro;
« mas ¿ como haré yo para significaros su
« respuesta? Pero vos me habeis encargado

« que os diga siempre la verdad : me res-
« pondió, que un socorro moderado para
« nada os alcanzaria, y que uno grande no
« haria mas que serviros de estorbo en el
« el estado sencillo de vida que habeis ele-
« gido.

« Bien procuré al principio daros no-
« ticia de mi persona, valiendome de agena
« mano para escribiros; pero como no tenia
« aquí sugeto de quien poder fiarme, me
« he aplicado noche y dia á aprender á leer
« y escribir, y Dios ha querido hacerme
« la gracia de conseguirlo en cortísimo
« tiempo. Mis primeras cartas se las confié
« á las criadas que me asisten, para que os
« las dirigieran; y tengo sobrados funda-
« mentos para sospechar que se las han re-
« mitido á mi tia. Esta vez me he valido de
« una colegiala, amiga mia, y os suplico
« me respondais, dirigiendo á ella la carta,
« bajo del adjunto sobrescrito; pues mi tia
« me ha prohibido toda correspondencia
« fuera de casa, con el pretesto de que esto

« perjudicaria, segun ella dice, á los altos
« pensamientos que tiene acerca de mi. No
« tengo mas visita que la suya y la de un
« caballero anciano, amigo de la tia, el
« cual, segun ella se esplica, me profesa
« mucha aficion; pero, á decir la verdad,
« yo no le profeso á él ninguna, aun
« cuando yo fuese capaz de tenerla á al-
« guno.

« Aunque vivo en medio de la opulen-
« cia, no puedo disponer de un maravedí.
« Dicen que el tener yo á mi disposicion
« oro y plata, me podria acarrear graves
« consecuencias; y asi en el centro de las
« riquezas, estoy mucho mas pobre que
« cuando vivia en vuestra compañia, por-
« que nada tengo para poder dar á otros.
« Mis mismos vestidos son mas de mis
« doncellas que mios, pues se los disputan
« ántes que yo los deje. Luego que vi que
« las grandes habilidades que me enseña-
« ban no me proporcionaban la satisfac-
« cion de hacer el menor bien, me apliqué

« á la aguja, cuyo uso me habeis enseñado
« por dicha mia.

« Ahí os envio varios pares de medias
« hechas por mi mano, para vos y para
« mamá Margarita, un gorro para Do-
« mingo, y uno de mis pañuelos encarna-
« dos para María; y en el mismo paquete
« van algunas semillas y pepitas de las
« frutas de mis colaciones, con la simiente
« de toda suerte de árboles, que en mis
« ratos de recreacion he podido recoger en
« el jardin y bosque de este colegio; y al
« mismo tiempo, la grana de violetas,
« margaritas, azucenas, coquilicos y es-
« cabiosas, que he cogido en los campos.
« En los prados de esta tierra hay flores
« mas bellas que en los nuestros, pero aquí
« no se hace ningun aprecio de ellas.

« Estoy segura de que así vos, como
« mamá Margarita, recibiréis mas gusto
« con ese saquito de simientes que con
« aquel grande de pesos, que ha sido la
« causa de nuestra separacion y de mis lá-

« grimas. Será para mí de la mayor satis-
« faccion, el que tengais mañana ú otro
« dia la complacencia de ver á los manza-
« nos crecer al lado de los bananos, y á las
« hayas entretejer sus ramas con las de los
« cocoteros. Así os parecerá que estais en
« la Normandia que tanto amais.

« Me encargásteis, al partir, os escri-
« biera mis satisfacciones y mis pesares.
« Para mí no puede haber satisfacciones ni
« contento, ausente de vos; y por lo que
« toca á mis penas, procuro dulcificarlas
« acordandome que estoy donde vos me
« habeis puesto por disposicion de la Pro-
« videncia. Pero lo que aquí mas me ator-
« menta, es que no oigo hablar de vos, ni
« puedo hablar con nadie de cosa vuestra;
« porque cuando procuro sacar la conver-
« sacion sobre unos objetos que me son tan
« preciosos, me dicen mis doncellas, ó por
« mejor decir, las de mi tia, pues son mas
« suyas que mias: Señorita, acordaos de
« que sois francesa, y que debeis olvidar

« el pais de los salvages. ¡ Ah ! ántes me
« olvidaré de mi misma, que olvidar la
« tierra en que naci y donde vos vivis.
« Este si que es verdaderamente para mi
« pais de salvages, porque vivo tan *sola*,
« que ni aun tengo una persona á quien
« poder manifestar el amor que invaria-
« blemente os conservará hasta la sepul-
« tura, mi mas querida y adorada mamá,

« Vuestra mas sumisa y amante hija. »

VIRGINIA DE LA TOUR.

P. D. » Recomiendo á la bondad de
« vuestro corazon á Maria y Domingo, que
« se han esmerado tanto en cuidar de mi
« niñez; y haced por mi cuatro caricias á
« Leal, que me encontró en el bosque. »

Quedó Pablo muy admirado de ver que Virginia, acordandose hasta del perro, no hiciese mencion de él en toda la carta; pero sin duda no sabia que, por larga que sea la carta de una muger, jamas pone

la cosa que mas tiene en la idea sino al fin. En efecto, despues de la primera posdata, hablaba aparte de Pablo, y le recomendaba particularmente las semillas de la escabiosa y de la violeta, esplicandole sus propiedades, y donde debian sembrarse. Acerca de lo cual hacia unas comparaciones muy análogas á la situacion de entrámbos, con respecto á los caracteres y propiedades de estas dos plantas. Queria que sembrase la violeta en los bordes de la fuente, al pié de su cocotero, porque requiere humedad; y la escabiosa, que crece siempre en parages ásperos y combatidos de los vientos, en la peña donde se habian hablado la última vez; mandandole que en memoria suya le pusiese el nombre de Peñasco de la Despedida.

La carta de esta sensible y virtuosa jóven hizo derramar muchas lágrimas á toda la familia. Su madre le respondió en nombre de todos, que permaneciera en Francia ó volviera á esta isla, á su arbitrio,

asegurandole que todos habian perdido la mejor parte de su felicidad con su partida, y que ella particularmente estaba inconsolable.

Pablo le escribió una carta muy larga, en que le prometia hacer todo lo que le prevenia; y al mismo tiempo le enviaba cocos de su fuente, bien sazonados y maduros. Le ofrecia hermosear el jardin, y entreverar las plantas de Europa con las de Africa, « agregandoles, decia él, « alguna otra semilla de esta isla, para « que el deseo de volver á ver sus frutos te « estimule á dar prontamente la vuelta. » Finalmente, concluia la carta suplicandola condescendiese cuanto ántes con los ardientes deseos de su familia, y los suyos en particular, pues él no podria tener en adelante ningun gusto, ausente de su vista.

Sembró Pablo con el mayor esmero las simientes europeas, y particularmente las de la escabiosa y violeta, cuyas flores parecian tener alguna analogía con el ca-

rácter y situacion de Virginia; pero fuese que se desvirtuasen en la travesia de Europa á aqui, ó mas bien que el clima de esta parte del Africa no fuese favorable á su vegetacion, saliéron muy pocas, y aun estas no llegáron á punto de madurez.

En este mismo tiempo, la envidia (la cual hasta se anticipa á las dichas de los hombres, sobre todo en las colonias francesas) difundió en la isla ciertos rumores que daban mucha inquietud á Pablo. La tripulacion del buque que trajo la carta de Virginia, aseguraba que quedaba para casarse, y aun nombraban al señor de la corte que habia de ser su esposo; propasandose algunos á decir que la cosa era ya hecha, y que ellos mismos habian asistido al desposorio.

Pablo despreció al principio las noticias traidas por una embarcacion de comercio, que regularmente las esparce falsas en todos los lugares de su tránsito; pero como muchos colonos de la isla se apresurasen

á lamentarse de semejante caso, por una compasion mal entendida, comenzó á dar algun crédito á la especie. Por otro lado, como en algunas de las novelas que habia leido, veia la traicion tratada de juguete y pasatiempo, y sabiendo que en semejantes libros se pintan fielmente las costumbres europeas, temió que la hija de madama de La Tour, pervertida en Francia con el ejemplo, olvidase sus promesas antiguas. Las ideas que habia adquirido le hacian ya infeliz.

Pero lo que acrecentó en estremo sus temores, fué que de cuantas embarcaciones llegáron á este puerto en el discurso de seis meses, ninguna trajese noticia de Virginia. En tan dolorosa situacion, el infeliz Pablo, entregado á las agitaciones de su corazon, iba á verme á menudo para confirmar ó desechar sus rezelos, por la esperiencia que tengo del mundo.

Yo vivo, como os he dicho, legua y media de aqui, á las orillas de un ria-

chuelo que corre á la falda de la Montaña-Larga, donde paso mi vida, solo, sin muger, sin hijos y sin esclavo.

Despues de la rara felicidad de encontrar una compañera que sea bien acomodada al genio propio, el estado ménos desgraciado de la vida es, en mi opinion, el de vivir solo. Todo hombre que ha tenido muchos motivos para quejarse de las injusticias de los otros hombres, busca la soledad; y es cosa muy digna de notarse, que las naciones desgraciadas por sus opiniones, por sus costumbres ó por sus leyes, han producido clases numerosas de ciudadanos absolutamente consagrados á la soledad y al celibato: como en otro tiempo los Egipcios en su decadencia, los Griegos del bajo imperio, y en nuestros dias los Indios, los Chinos, los Griegos modernos, y la mayor parte de los pueblos orientales. La soledad restituye al hombre á la felicidad natural, alejandole de los males de la sociedad. En medio de tantos errores y

preocupaciones como dividen á los mortales, el alma está en perpetua agitacion, volviendo y revolviendo continuamente dentro de sí misma mil opiniones turbulentas y contradictorias, con que procuran sojusgarse unos á otros los miembros de una sociedad ambiciosa y miserable. Pero en la soledad se desnuda de estas ilusiones estrañas que la perturban, y vuelve á adquirir el sentimiento intimo de sí misma, de la naturaleza, y de su autor: bien asi como el agua cenagosa de un torrente que inunda los campos, derramandose en alguna hoya apartada de su curso, depone allí en el fondo sus impurezas, recupera su primera claridad, y volviendose transparente, refleja en sus propias márgenes el verdor de los campos y la luz de los cielos.

Ademas la soledad restablece la armonia del cuerpo, igualmente que la del alma. Entre los solitarios de todos tiempos se encuentran hombres de edad muy avan-

zada, por ejemplo, los Bracmanes de la India. En suma, yo la considero tan necesaria para la felicidad, aun en medio del mundo, que me parece imposible lograr en él ningun placer durable, de cualquiera clase que sea, ni que el hombre arregle su conducta conforme á algun principio estable, si no se forma dentro de sí mismo un retiro del cual no salga sino muy rara vez su opinion, y donde la de otro tenga muy poca entrada.

No quiero decir con esto que el hombre haya de vivir absolutamente aislado y solo: está unido con todo el género humano por sus necesidades; y por consiguiente debe sus trabajos á los hombres, y se debe tambien él mismo á lo restante de la naturaleza. Quiero dar á entender únicamente, que habiendonos dado Dios á cada uno órganos perfectamente proporcionados á los elementos del globo que habitamos, piés para la tierra, pulmones para el aire, y ojos para la luz (sin que

podamos nosotros invertir el uso de estos sentidos), se ha reservado para sí solo, como autor de la vida, el corazon, que es el principal órgano de ella.

Paso pues mis dias léjos de los hombres, á los cuales he querido servir, y me han perseguido. Despues de haber corrido una gran parte de la Europa, y algunas provincias del Africa y América, me he fijado en esta isla poco habitada, seducido de la benignidad del clima y de sus soledades. Una cabaña que yo mismo he levantado al pié de un árbol, un huertecito desmontado y cultivado por mis manos, y un rio que pasa por delante de mi puerta, es todo lo que me basta para mis placeres y mis necesidades.

Agregase á estas satisfacciones la de tener algunos buenos libros que me enseñan á ser cada dia mejor, haciendo por otra parte contribuir á mi felicidad el mundo mismo que he dejado, con las pinturas que me presentan de las pasiones

que tiranizan miserablemente á sus habitantes; y por el cotejo que hago de su suerte con la mia, me proporcionan el deleite de gozar de una felicidad negativa. Como un hombre que se ha salvado en un peñasco de los peligros de un naufragio, contemplo desde mi soledad las borrascas que braman en lo restante de la tierra; y aun se aumenta mi serenidad en razon de la distancia de sus bramidos. Desde que no trato á los hombres, ni sus intereses se cruzan con los mios, los compadezco en lugar de aborrecerlos; y si encuentro á algun desgraciado, procuro ayudarle con mis consejos, bien como aquel que pasando por las orillas de un rio, y viendo ahogarse en él á otro infeliz, le tiende la mano para que se salve.

Pero yo no he encontrado sino á la inocencia atenta á mi voz. En balde llama la naturaleza á todos los hombres á la inocencia: cada uno se forma una imágen de ella, y la reviste con sus propias pasiones;

persigue toda la vida á esta fantasma de su imaginacion que le estravia, y se complace despues en el cielo de las ilusiones que él mismo se ha forjado. Entre un número considerable de desgraciados á quienes algunas veces he intentado reducir al camino de la naturaleza, ni uno solo he encontrado que no estuviera embriagado con sus propias miserias. Me escuchaban al principio con atencion, esperando sin duda que mis lecciones les ayudaria á adquirir gloria ó riquezas; pero viendo que mi único fin era enseñarles á saber pasar sin estas dos cosas, me tenian á mi mismo por un miserable, porque no corria en pos de sus dichas cuitadas: vituperaban mi vida solitaria; pretendian persuadirme que solo ellos eran útiles á los hombres, y se afanaban por arrastrarme al torbellino de sus proyectos vanos.

Pero aunque me comunico á todo el mundo, no me entrego á nadie, porque me basta la propia esperiencia para ser-

virme de leccion en el estado en que me hallo. Repaso en la tranquilidad presente las agitaciones pasadas de mi propia vida, á que he dado tanta estima, las protecciones, la fortuna, la reputacion, los placeres y las opiniones que se hacen la guerra por toda la tierra. Comparo tantos hombres como he visto disputarse con furor estas quimeras, que ya no existen, á las olas de mi rio que se estrellan espumando contra las peñas de su canal, y desaparecen para no volver jamas. Por lo que á mi toca, me dejo llevar mansamente de la corriente del rio del tiempo, hácia el océano de la eternidad, que no conoce playas, y con el espectáculo de las armonias actuales de la naturaleza, me elevo á su autor, y espero mas venturosa suerte en la vida perdurable que nos aguarda.

Aunque desde mi cabaña, situada en el centro de un bosque, no se descubre tanta multitud de objetos como nos proporciona verla elevacion del sitio donde nos hall a-

mos, hay sin embargo situaciones deliciosas, particularmente para el hombre que como yo prefiere reconcentrarse en sí mismo á disiparse hácia fuera. El rio que corre por delante de mi puerta pasa en linea recta por medio del bosque, y presenta á la vista un largo canal sombreado de árboles de toda suerte de hojas. Allí hay tacamacos, olivos, ébanos, manzanos silvestres, y árboles de la canela; sotos de palmeras elevan acá y allá sus troncos pelados, y de mas de cien piés de elevacion, que rematan en un ramillete de palmas, y figuran, por encima de los otros árboles, como una floresta plantada sobre otra floresta. A estos se juntan las lianas ó enredaderas de diferentes géneros de follage, que enlazandose de un árbol en otro forman aquí galerías de flores, y mas allá largos cortinages de verdor. Es tal la fragancia que sale de la mayor parte de estos árboles, y tan pegajoso el olor aromático que exhalan, que el hombre que atraviesa

la floresta despide de si un perfume agradable, algunas horas despues de haber salido de ella. En la estacion en que se visten de flor, diríais que estaban medio cubiertos de nieve. Al fin del estio, varias especies de pájaros estrangeros vienen, por un instinto incomprehensible, de regiones desconocidas, de la otra parte de los vastos mares, á recoger las simientes de los vegetales de esta isla, y oponen el brillo de sus colores al verdor de los árboles, que comienza á pardear con la fuerza del sol. De este género son, entre otros, varias especies de papagayos y las palomas azules, llamadas aquí palomas olandesas. Los monos, habitadores domiciliados de estas florestas, triscan y juguetean en sus sombrías ramas, de las cuales solo se distinguen por su piel ver-de-gris y su cara enteramente negra: unos se suspenden de ellas por la cola, y se columpian en el aire; otros brincan de rama con sus hijitos en los brazos.

La escopeta matadora nunca ha amedrentado con su estruendo á estos apacibles hijos de la naturaleza; ni se oyen mas que chillidos de alegria, trinos y gorgeos desconocidos de algunos pájaros de las tierras australes, que repiten á lo léjos los ecos de estos bosques. El rio que corre borbotando sobre una madre de roca, por medio de los árboles, refleja acá y allá en las cristalinas aguas sus venerables masas de verdor y sombra, igualmente que los retozos y juguetes de sus dichosos moradores; y precipitandose á mil pasos de allí; por las diferentes alturas de un peñasco, forma una cascada ó tabla de agua tersa como el cristal, que se divide al caer en cuajarones de espuma. Mil ruidos confusos salen de estas aguas tumultuosas, que dispersados por los vientos en la floresta, ora se alejan, ora se acercan todos á un tiempo, y aturden los oidos, como el sonido de las campanas de una catedral. El aire continuamente renovado con el movimiento de

las aguas conserva en las orillas de este rio, á pesar de los ardores del estio, una frondosidad y frescura que rara vez se encuentra en esta isla, aun en la cumbre de las montañas.

A cierta distancia de allí hay una roca bastante distante de la cascada para que el ruido de sus aguas no aturda los oidos, y bastante inmediata para deleitarse con su vista, con su frescura y su murmullo. A la sombra de este peñasco soliamos ir á comer alguna vez, en tiempo de los calores escesivos, madama de La Tour, Margarita, Virginia, Pablo, y yo; y como Virginia dirigia siempre sus acciones, aun las mas comunes, al bien de otro, jamas comia una fruta en el campo, que no sembrara en la tierra su hueso ó su pepita, diciendo: « De aqui nacerán árboles « que darán sus frutas á algun cami- « nante, ó á lo ménos á un pajarito.

Un dia, pues, que comió una papaya al pié de aquella roca, enterró, segun

costumbre, sus pepitas, de las cuales salié-ron de allí á poco muchos papayos, entre ellos una hembra, que son las que llevan fruto. La altura de este árbol no escedia de la rodilla de Virginia, cuando se verificó su partida; mas como crece mucho en corto tiempo, tenia ya veinte piés de alto al cabo de dos años, y su tronco estaba coronado en la parte superior con varios órdenes de papayas perfectamente sazonadas. Acercóse Pablo un dia por casualidad á aquel sitio, y se llenó de gozo al ver un árbol tan crecido, producido por una pepita que él habia visto sembrar á Virginia, y al mismo tiempo le entró una tristeza profunda con este testimonio de su larga ausencia.

Los objetos que vemos habitualmente no nos dan lugar á medir la rapidez de nuestra vida, porque envejecen con nosotros con una vejez insensible, pero los que vemos de repente despues de algunos años de ausencia, nos advierten á primera

vista la velocidad con que corre el rio de nuestros dias. La vista del papayo cargado de fruta causó en Pablo aquella sorpresa que por lo comun esperimenta un viagero, cuando volviendo á su patria despues de muchos años, no encuentra vivos á sus contemporáneos, y ve á los hijos de estos, que él habia dejado mamando, hechos padres. Ya le daban impulsos de cortarle por el pié, porque su vista le hacia demasiado sensible el largo tiempo que habia pasado desde la partida de Virginia; y ya considerandole como un monumento de su beneficencia, besaba su tronco, y le dirigia palabras dictadas por el amor y la tristeza.

¡ O árbol cuya posteridad subsiste todavia en mi floresta, yo mismo te he mirado con mas interes y respeto que á los arcos triunfales de la antigua Roma ! ¡ Permita el autor de la naturaleza, que destruye cada dia los monumentos de la ambicion mundana, se multipliquen en nuestras flores-

tas los de la beneficencia de una doncella pobre y malhadada !

Estaba yo seguro de encontrar á Pablo al pié de este papayo , cuando venia por mi posesion ; y habiendole visto un dia penetrado de melancolia , tuve con él una conversacion que voi á referiros , si no os son demasiado enojosas mis largas digresiones , perdonables á mi edad y á mis últimas amistades.

« Estoy muy pesaroso , me dijo luego « que me senté á su lado , porque hace « ahora dos años y dos meses que se mar- « chó Virginia , y se han pasado ocho « meses y medio sin que nos haya escrito : « como es rica y yo pobre , sin duda me « ha olvidado. Deseo embarcarme y pasar « á Europa , por ver si allí hago fortuna « por algun camino , para pedírsela á su « tia en matrimonio , y vivir feliz en su « compañia. »

« La Europa , hijo mio , le contesté , « está abismada en los vicios mas contra-

« rios á su felicidad, y á ti te falta dinero
« y proteccion para poder hacer figura en
« ella: eres pobres, y no tienes ningun
« arrimo. »

« Es verdad, me replicó, pero quizá
« hallaré algun poderoso que quiera pro-
« tegerme y darme la mano. »

« Para lograr la proteccion del pode-
« roso, le respondi, es necesario contri-
« buir á su ambicion ó á sus caprichos;
« y tú á ninguna de estas dos cosas te
« avendrias. »

« Teneis razon, me dijo; pero portan-
« dome yo como debo, siendo fiel á mis
« palabras, exacto en mis obligaciones y
« constante en la amistad, me haré acree-
« dor á que alguno de ellos me adopte por
« hijo, como he visto se usaba antigua-
« mente en las historias de otros tiempos,
« que me habeis dado á leer. »

« No tiene duda, le respondi, que asi se
« usaba entre los Griegos y Romanos;
« pero ya no estamos en aquellas edades

« en que el mérito merecia el respeto de
« los poderosos. »

« Pues bien, me replicó, en defecto de
« un poderoso procuraré agregarme á
« algun cuerpo científico, cuyas opinio-
« nes adoptaré en un todo, y me haré es-
« timar de sus individuos. »

« En lugar de adquirirte estimacion, le
« dije, te grangearás odio y envidia, á
« no ser que sofoques los gritos de tu con-
« ciencia para trepar á la cumbre de la for-
« tuna. Por otra parte, los cuerpos se in-
« teresan muy friamente en el descubri-
« miento de la verdad. Para los ambiciosos
« toda opinion es indiferente: con tal que
« á ellos les traiga utilidad y ventajas. »

« Eso no lo haré yo jamas, esclamó
« entónces: todo mi conato será buscar
« siempre la verdad. Soy muy desgra-
« ciado, continuó, pues se me cierran
« todos los caminos para llegar á la pose-
« sion de lo que mas estimo, y me veo con-
« denado á pasar mi vida en un trabajo

« oscuro, ausente de Virginia. » Y, al decir esto, dió un suspiro muy profundo.

« Sea Dios tu único protector, hijo mio, « y el género humano tu cuerpo, le con- « testé con prontitud : ama á los dos cons- « tantemente, y desprecia la proteccion « de los particulares. Las familias, los « cuerpos y los pueblos, tienen sus pasio- « nes y sus preocupaciones, que exigen « vicios en quien las haya de contemplar. « Dios y el género humano no nos piden « sino virtudes. »

« Pero ¿ por qué quieres, prosegui, « distinguirte del comun de los hombres ? « Ese deseo no es natural ; pues, si lo « fuese, cada hombre estaria en estado « de guerra con su semejante. Contentate « con cumplir con tus obligaciones en el « estado en que te ha colocado la Provi- « dencia : bendice tu suerte, que te per- « mite obrar conforme á tu conciencia, « y que no te precisa, como á los gran- « des, á poner su felicidad en la opinion

« de los inferiores ; y, como á los inferiores
« á cometer bajezas y adular á los grán-
« des para tener que comer. Tú estás en un
« pais y en una condicion en que no ne-
« cesitas, para subsistir, ni engañar, *ni*
« adular, ni envilecerte, como lo hacen la
« mayor parte de los que en Europa as-
« piran á la fortuna ; en que no te ves pre-
« cisado, por razon de tu estado, á ocul-
« tar la verdad ; en que puedes ser impu-
« nemente bueno, veraz, sincero, ins-
« truido, sufrido, moderado, casto, *in*-
« dulgente y piadoso, y sin que tu virtud,
« que todavia comienza á florecer, se mar-
« chite con alguna flaqueza que te haga
« ridiculo á los ojos del mundo y de la
« posteridad. El cielo te ha concedido li-
« bertad, salud, una buena conciencia y
« amigos verdaderos : harto ménos felices
« son los grandes de la tierra, cuyo favor
« deseas. »

« ¡ Ah ! esclamó, todo me importa
« poco, faltandome Virginia. Pero ¿ que

« haré yo para lograr la posesion de lo
« que mas amo? Supuesto que su tia la
« quiere casar con un hombre de mérito
« y circunstancias, me pondré á estudiar
« para ser sabio y adquirir crédito: con el
« estudio y la sabiduría serviré útilmente
« á mi patria, sin perjuicio de otro; me
« haré célebre por este camino, no depen-
« deré de nadie, y me deberé á mí solo
« esta gloria. »

« ¡Ay! hijo mio, le respondí, los ta-
« lentos todavia son mas raros que las ri-
« quezas; y no tiene duda que son de una
« naturaleza superior, por cuanto nadie
« nos los puede robar, y porque nos gran-
« gean ademas la estimacion pública en
« toda la redondez de la tierra; pero cues-
« tan muy caros. Es necesario privarse
« del sosiego y del reposo para adquirir-
« los, padecer las persecuciones de la en-
« vidia, y vivir en cierto modo fuera del
« mundo. Por otra parte, la celebridad de
« las letras es demasiado tempestuosa y

« difícil de adquirir. Acuerdate de la suerte
« que han tenido la mayor parte de los
« filósofos de la antiguedad. Homero,
« cuyos versos son tan divinos, anduvo pi-
« diendo limosna de puerta en puerta.
« Sócrates, que con sus palabras y ejem-
« plo predicaba la moral á los Atenienses,
« fué envenenado juridicamente por ellos.
« Su discípulo Platon se vió reducido á la
« clase de esclavo por órden del mismo
« príncipe que le protegia; y, anterior-
« mente á ellos, el célebre Pitágoras fué
« quemado vivo por sus paisanos los Cro-
« tonienses. ¡Que digo yo! la mayor parte
« de estos nombres ilustres han llegado
« desfigurados hasta nosotros por los mor-
« daces tiros de la sátira con que la ingra-
« titud humana se complace en caracteri-
« zarlos; y si entre tantos como ha ha-
« bido, la gloria de algunos ha llegado
« pura y sin mancilla hasta nosotros, es
« porque viviéron léjos de sus contempo-
« ráneos en la abstraccion y retiro de los

« negocios públicos : pareciendose en esto
« á aquellas estatuas desenterradas en los
« campos de la Grecia y de la Italia, que,
« por haber estado sepultadas en el seno
« de la tierra, se han libertado del furor
« de los bárbaros. A vista de estos ejem-
« plares, ¿ quien se lisonjeará de ser útil
« á los hombres ilustrandolos ? ¿ quien se
« prometerá tener todas las calidades,
« todas las virtudes que son necesarias en
« la carrera de las letras, hasta estar dis-
« puesto á sacrificar los bienes de la for-
« tuna, y aun la propia vida ? »

« Pero, bien, me interrumpió, vos que
« teneis tanta sabiduria y esperiencia de
« las cosas, ¿ no me diréis si Virginia y
« yo nos casarémos algun dia? Quisiera
« ser sabio para conocer lo venidero. »

« ¿ Quien querria vivir, hijo mio, le
» contesté, si conociera lo que está por
« venir? Si una sola desgracia prevista
« nos causa tantas inquietudes vanas, la
« vista de una cierta emponzoñaria todos

« los dias que la precediesen. No conviene
« profundizar demasiado lo que nos rodea;
« y aun por eso el cielo que nos da la re-
« flexion para preveer nuestras necesida-
« des, nos ha dado las mismas necesidades
« para que pongamos coto á nuestra re-
« flexion. »

« Pues ¿qué haré yo, me preguntó,
« para obtener riquezas, y con ellas las
« dignidades y distinciones que puedan
« hacerme acreedor á la mano de Virginia,
« segun las ideas de su parienta? *Iré á*
« enriquecerme á Bengala, y despues pa-
« saré á Paris á pedirla en matrimonio á
« su misma tia. »

« ¡Como! esclamé yo: ¿tendrias en-
« trañas para abandonar á tu madre y á
« la suya? »

« Vos mismo, me replicó, me aconse-
« jásteis que me embarcara para la India. »

« Entónces estaba aqui Virginia, le
« contesté; pero en el dia eres el único
« apoyo de su madre y de la tuya. »

« Virginia, me replicó, las socorrerá « por medio de su parienta rica »

« Los ricos, Pablo, le dije, solamente « reconocen por parientes á los que les dan « honor y brillo en el mundo. »

« ¡Que pais tan perverso la Europa! « esclamó : ¿qué necesidad tenia Virginia « de ir á buscar una parienta rica? Aquí « vivia feliz y contenta, y allá sabe Dios « si será desgraciada. « Y diciendo esto, comenzó á llorar con la mayor amargura.

Volviendo en sí al cabo de un buen rato, esclamaba, como si la tuviera presente : « Torna, torna, Virginia, al pais « donde has nacido, abandona tus pala- « cios, tu fausto y tu grandeza : vuelve « á estas breñas, á la sombra de estas flo- « restas y de nuestros cocoteros; deja esos « trages de señora, y vuelve á estas ca- « bañas engalanada con tu vestido de co- « ton, tu pañuelo encarnado al rededor « de la cabeza, y tus flores bellas, cogidas « por mi mano en estas praderas. »

Despues de estas esclamaciones, quedó como enagenado y en una especie de abatimiento de ánimo, que á mí mismo me hizo enternecer; y saliendo de él repentinamente como quien despierta de un sueño inquieto y turbulento, se encaró á mí, y me preguntó con aire de sorpresa.

« ¿Que necesidad hay de ser rico para « casarse? ¿no bastaba que hubiera union « de voluntades, conformidad de genios « y disposicion en el hombre, para ganar « de comer con el trabajo de sus manos? « ¿En que se ocupan los ricos? »

« En vivir en la opulencia, le respondí, « sin que hagan nada la mayor parte de « los que poseen muchos bienes de fortuna. « El trabajo de manos no tiene en Europa « todo el aprecio que merece, y que el « mismo Dios le dió cuando condenó al « hombre á vivir del sudor de su rostro; « y aun se le da el nombre de trabajo me- « cánico. Conforme á este modo de pensar, « los Europeos suelen apreciar mas á un

« artista que á un labrador, sin embargo de
« que la agricultura es el arte que sus-
« tenta á los hombres. No es posible que
« comprendas tamaña contradiccion, que-
« rido Pablo, opuesta á los principios
« de la razon, y consecuencia forzosa de
« la depravacion del hombre civil. Es fácil
« formar una idea exacta del órden, mas
« no del desórden: la belleza, la virtud y
« la felicidad tienen proporciones; la feal-
« dad, el vicio y la infelicidad no tienen
« ninguna. »

« Segun eso, me interrumpió, serán
« muy felices los ricos, no encontrando
« ningun obstáculo para el logro de sus
« caprichos, y pudiendo colmar de gustos
« y satisfacciones al objeto de su cariño. »

« No por cierto, le respondí: bien léjos
« de eso, la mayor parte de los ricos no
« gozan de ningun placer, por lo mismo
« que no les cuestan la menor diligencia.
« No has esperimentado que el placer del
« descanso se compra con la fatiga, el de

« comer con el hambre, y el de beber con
« la sed? Pues asi sucede en el de amar
« y ser amado, que solo se adquiere á costa
« de mil privaciones y sacrificios. Las ri-
« quezas privan á los ricos de todos estos
« placeres, porque se anticipan á sus ne-
« cesidades. Al disgusto, compañero de
« su ahito y saciedad, se agrega el orgullo
« que nace de su opulencia, y que la menor
« privacion incomoda, al mismo tiempo
« que no los mueven ni lisonjean las mayo-
« res satisfacciones. La fragrancia *de mil*
« flores no agrada mas que un instante;
« pero el dolor que causa una de sus es-
« pinas dura mucho tiempo despues de la
« picadura. Un mal en medio de las de-
« licias es para los ricos una espina entre
« las flores; y por el contrario, un bien
« en medio de los males es para los pobres
« una flor entre las espinas, que ellos gozan
« con grande ansia y deleite. La natura-
« leza todo lo ha contrapesado en este
« mundo, y los efectos de una causa se

« aumentan en proporcion de su contraste.
« ¿Que estado, habiendo de escoger, te
« parece preferible, el de temer todos los
« males y no tener casi ningun bien que
« esperar, ó el de no temer casi ningun
« mal y esperar todos los bienes? Pues el
« primero es el de los ricos, y el segundo
« el de los pobres. Pero los hombres con
« dificultad pueden soportar estos estre-
« mos, y asi la felicidad consiste en un es-
« tado de mediania y de virtud; el tuyo
« es de esta clase, pues mantienes á tus
« padres con el trabajo de tus manos, por
« agradar á Dios únicamente. »

Con estas ideas quedaba tan complacido y sosegado, que ya daba por hecho el regreso de Virginia, y disculpaba su dilacion en escribir, suponiendola ya en camino para la isla. La vuelta le parecia que podria verificarse en poco tiempo con un viento fresco, y contaba las naves que habian hecho la travesia de tres mil y quinientas leguas de Europa á aqui, en mé-

nos de tres meses: ponderaba lo adelantado que estaba en este siglo el arte de la navegacion, y la destreza de los marineros; hablaba de las disposiciones que iba á tomar para recibirla, y de la nueva cabaña que pensaba construir para habitacion de los dos: me decia que en llegando Virginia rica y poderosa, ya podia yo vivir descansado y sin trabajar, sino para mi recreo, pues con su dinero compraria muchos negros que cultivarian la tierra para todos nosotros, y viviriamos *juntos*, sin tener yo otra cosa en que pensar mas que en divertirme y recrearme á mi gusto. Y fuera de si de contento con estas esperanzas, iba á comunicar á su familia la alegria de que estaba penetrado su corazon.

En esta vida, los grandes temores se suceden de un instante á otro á las grandes esperanzas, y las pasiones violentas ponen siempre el alma en estremos opuestos. Regularmente volvia Pablo al dia siguiente

á mi cabaña, sumamente triste y pensativo, y me decia: « Virginia no me es-
« cribe; si se hubiera embarcado para esta
« isla, me hubiera avisado de antemano
« el dia de su partida de Europa, ¡Ah!
« demasiado fundadas son las noticias que
« han corrido. Sin duda la ha casado su
« tia con un gran señor, y el amor de las
« riquezas la ha perdido á ella como á otras
« muchas. En estos libros que pintan tan
« al vivo á las mugeres europeas, la virtud
« no es mas que un asunto de novela. Si
« Virginia hubiera sido virtuosa, no hu-
« biera abandonado á su propia madre y
« á todos nosotros. Miéntras yo paso la
« vida pensando en su venida, y me aflijo
« por su ausencia, ella se divierte y me
« olvida. ¡Ay de mi! este pensamiento me
« trastorna el juicio. Todo trabajo me fas-
« tidia, y la conversacion y trato con las
« gentes me es enojoso. ¡Ojalá se declarase
« la guerra en la India, para ir á esponer
« mi vida en ella! «

« Hijo mio, le contesté yo, el valor que
» nos lleva á la muerte no es mas que el
« valor de un instante, comunmente es-
« citado por los vanos aplausos de los
« hombres. Otro hay mas raro y necesario,
« que nos hace sobrellevar sin testigos ni
« aplausos los males ordinarios de la vida;
« la paciencia, quiero decir. Esta se funda,
« no en la opinion de otros ó en el frené-
« tico furor de nuestras pasiones, sino en
« la conformidad con la voluntad de Dios.
« La paciencia, querido Pablo, es el *valor*
« de la virtud. »

« ¡Ay de mi! esclamó á esto: ¡con que
« tampoco tengo virtud! Todo contribuye
« á afligirme y llenarme de desespera-
« cion. »

« La virtud, le interrumpí, siempre
« igual, siempre constante é invariable,
« no es el patrimonio del hombre, des-
« pues de la caida original. En medio de
« tantas pasiones como nos agitan, nuestra
« razon se perturba y oscurece muchas

« veces; pero hay dos fanales donde po-
« demos encender su antorcha: la religion
« y las letras. La religion, hijo mio, nos
« enseña á dirigirnos á Dios en nuestras
« aflicciones, y esperar de su mano el re-
« medio, por medio de la conformidad y
« paciencia cristianas que él mismo nos
« recomienda en su evangelio.

« Las letras son un don del cielo, y como
« un destello de aquella sabiduría que go-
« bierna el universo : semejantes á los
« rayos del sol, iluminan, alegran y ca-
« lientan, á manera de un fuego divino;
« y, á imitacion del fuego, hacen servir
« toda la naturaleza para nuestros usos.
« Por ellas reunimos al rededor de nos-
» otros las cosas, los lugares, los hombres
« y los tiempos : ellas son las que nos en-
« señan á conformarnos á las reglas de la
« vida humana, las que calman las pa-
« siones, reprimen los vicios, y escitan á
« las virtudes por medio de los augustos
« ejemplos de los héroes cuyas acciones

« celebran, presentandonos la imágen y
« memoria de sus virtudes, siempre en
« veneracion y acatamiento. En suma son
« las hijas del cielo, que bajan á la tierra
« para dulcificar los males del género hu-
« mano; y en los tiempos de la mayor
« barbarie y depravacion, siempre han
« aparecido grandes escritores inspirados
« para consuelo de sus semejantes. Las
« letras han consolado á una infinidad de
« hombres mas desgraciados que tú: á
« Xenofonte, desterrado de su patria, des-
« pues de haber conducido á ella diez mil
« Griegos victoriosos; á Scipion, el afri-
« cano, cansado de las calumnias de los
« Romanos; á Luculo, de sus partidos é
« intrigas; á Catinat, de la ingratitud de
« su corte. »

« Lee pues, hijo mio. Los sabios que
« han escrito ántes de nosotros son como
« viageros que habiendonos precedido en
« las sendas del infortunio, nos alargan
« la mano, y nos convidan á que nos

« unamos á ellos cuando todo nos aban-
« done. Un buen libro es un buen amigo,
« cuya funcion augusta de hacer que res-
« plandezca la virtud escondida, de con-
« solar á los desgraciados, iluminar al
« mundo, y decir la verdad á todos sin
« distincion, es siempre digna de su ce-
« lestial origen, y el destino mas sublime
« con que el cielo puede honrar á un
« mortal sobre la tierra. ¿Que hombre
« habrá que no se consuele de la injusticia
« ó desprecio de los que disponen á su
« arbitrio de la fortuna, cuando considere
« que sus obras irán de siglo en siglo y
« de nacion en nacion, para servir de
« barrera al error y la corrupcion de los
« mortales; y que del seno mismo de la
« oscuridad en que ha vivido, resaltará
« una gloria que borrará la de la mayor
« parte de los poderosos de la tierra, cuyos
« monumentos perecen en el olvido, á
« pesar de los aduladores que los elevan y
« ponderan? »

Me oyó Pablo con toda la atencion que yo deseaba, aunque daba de cuando en cuando tristes y profundos suspiros; y conociendo yo que el continuar hablando seriamente de semejante asunto, seria inhabilitarle cada vez mas para que se dedicara al cultivo del campo, le distraje todo lo posible, diciendole que cuando volviese Virginia, estrañaria mucho no hallar el jardin bien cuidado, siendo asi que ella no habia pensado mas que en hermosearle, á pesar de las persecuciones de su parienta, y á tan larga distancia de su familia.

Este ardid y la idea del próximo regreso de Virginia renováron el valor de Pablo, y le estimuláron á entregarse á sus ocupaciones campestres, las cuales divertian sus penas, representandole el objeto de su pasion como el término inmediato de sus fatigas; y miéntras conservaba esta ilusion, era feliz trabajando.

Levantandose, pues, una mañana al

rayar el alba, que era el 24 de Diciembre de 1744, vió tremolar una bandera blanca sobre la montaña de la Atalaya: lo cual era señal de que se descubria una embarcacion en el mar; é inmediatamente que la avistó, corrió al puerto para saber si traia alguna noticia de Virginia. El práctico, que segun costumbre habia ido á reconocer el buque, no volvió hasta por la tarde; y habiendole esperado Pablo, supo que el navió señalado era el San Gerando, de porte de 700 toneladas, mandado por un capitan llamado M.r Aubin; que estaba cuatro leguas mar adentro, y no fondearia en Puerto-Luis hasta el dia siguiente por la tarde, si el viento soplaba favorable, pues á la sazon reinaba una profunda calma. Entregó el práctico al gobernador las cartas que traia de Francia el San Gerando, entre las cuales habia una con el sobre para madama de La Tour, de letra de Virginia. Apoderóse Pablo de ella al instante, besóla con

una especie de enagenamiento, metióla en el seno, y corrió á la posesion sin detenerse un minuto; y desde lo mas léjos que pudo avistar á los suyos que le estaban esperando sobre el peñasco de la Despedida, levantó la carta en alto sin poder articular palabra.

Virginia decia en resúmen á su madre en dicha carta, « Que habia esperimen-
« tado muy malos tratamientos de parte
« de su tia, la cual, despues de haberla
« querido casar contra su voluntad, la
« habia desheredado por último, echan-
« dola de casa en un tiempo en que no
« se podia aportar á la isla de Francia,
« sino en la estacion de los huracanes;
« que ella habia procurado, aunque en
« balde, ablandar su dureza, represen-
« tandole lo que debia á su madre, y á
« los dulces recuerdos de la niñez; pero
« que la tia la habia tratado de loca y
« mentecata, añadiendo que tenia la ca-
« beza pervertida con las novelas. Final-

« mente, concluía la carta diciendo que
« á la sazon nada le interesaba tanto como
« la dicha de volver á ver y abrazar á su
« amada familia, cuyo ardiente deseo hu-
« biera satisfecho aquel mismo dia, si el
« capitan le hubiera permitido transbor-
« darse á la lancha del práctico; pero que
« se habia opuesto á ello, á causa de la
« distancia de la tierra, y de la marejada
« que no obstante la calma comenzaba á
« correr en alta mar. »

Leida que fué esta carta, toda la familia enagenada de gozo comenzó á gritar: « ¡ Con que ha llegado Virginia !
« ¡ ha llegado Virginia ! » Y dandose mutuos abrazos amos y criados, dispuso madama de La Tour, que fuera Pablo á darme parte sin tardanza de la venida de su hija. En efecto, encendió Domingo una hacha de viento, y se encamináron los dos á mi posesion.

Serian como las diez de la noche cuando llegáron, á tiempo que yo acababa de apa-

gar la luz y acostarme; pero al punto percibí á lo léjos el resplandor del hacha por entre las rendijas de mi cabaña, y de allí á poco oí la voz de Pablo que me llamaba. Apénas me habia levantado y vestido, cuando Pablo, sin aliento y fuera de sí, se me echó al cuello, diciendo: « Vamos; « vamos, que ha llegado Virginia; vamos « á prisa al puerto, donde fondeará la em- « barcacion al apuntar el dia. »

Inmediatamente nos pusimos en camino; y como atravesásemos el *bosque de* la Montaña-larga para tomar en el camino que va de las Pamplemusas al puerto, sentí pasos detras de mí, y volviendo la cabeza vi que era un negro que venia hácia nosotros en mucha diligencia. Habiendole preguntado adonde iba con aquella apresuracion, nos respondió que le enviaban desde la punta de la isla, llamada los Polvos de Oro, á dar parte al gobernador de que un navio francés habia anclado en la ensenada de la isla de Ambar,

y tiraba cañonazos pidiendo socorro, porque el mar estaba bastante alterado. Y sin detenerse mas, prosiguió su camino con la misma celeridad.

Yo entónces mudé de direccion, y dije á Pablo que nos encamináramos á la punta de los Polvos de Oro, distante de allí poco mas de tres leguas, para salir al encuentro á Virginia; y en efecto, echámos á andar los tres hácia la parte del norte de la isla.

Hacia un calor bochornoso é inaguantable; y la luna, que acababa de salir, tenia en rededor tres cercos negros. El cielo presentaba un aspecto triste y horroroso; y al continuo resplandor de los relámpagos, se distinguian largas hileras de nubarrones espesos, negros y poco elevados, que se apiñaban hácia el centro de la isla, y venian de la parte del mar con estraña velocidad, aunque no se sentia en la tierra el menor aire. Yendo nosotros caminando, nos pareció que oiamos tronar

de cuando en cuando, pero habiendo aplicado con mas atencion el oido, conocimos que eran cañonazos repetidos por los ecos. Estos cañonazos á lo léjos, y el aspecto de un cielo tempestuoso, me llenáron de horror, no quedandome ya duda de que eran señales de socorro de alguna embarcacion que naufragaba. De allí á media hora ya no oimos mas cañonazos; y aquel silencio me pareció mucho mas espantoso que el lúgubre estruendo que le habia precedido.

Nosotros acelerábamos el paso *sin hablar* palabra, ni atrevernos á comunicarnos mútuamente nuestra zozobra; y á las doce de la noche, poco mas ó ménos, llegámos muy sudados á la ribera del mar, donde está la punta de los Polvos de Oro. Las olas se estrellaban en la playa con horroroso estrépito, cubriendo las rocas y arrecifes de una espuma tan blanca que deslumbraba la vista, y despidiendo de sí chispas de fuego; de modo que en medio de las tinieblas distinguimos, á fa-

vor de tantos fuegos fosfóricos, las piraguas de los pescadores retiradas por ellos tierra adentro.

A poca distancia vimos una hoguera en el bosque, al rededor de la cual se habia juntado mucha gente, y nosotros fuimos á descansar allí miéntras llegaba el dia. Estando sentados cerca de la lumbre, nos contó uno de los concurrentes, que despues de medio dia habia visto en alta mar una embarcacion arrastrada por los corrientes hácia la isla, y que la oscuridad de la noche se le habia ocultado por algun tiempo; que dos horas despues de puesto el sol, habia oido cañonazos en demanda de socorro, pero que estaba el mar tan alborotado, que ninguna lancha habia podido salir del puerto; que de allí á poco le pareció que habia visto encendidos los faroles de la nave, en cuyo caso me temo (decia él) que atraida por la corriente sobre la costa, se haya metido entre la tierra y la isleta del Ambar, equivocando

esta con la punta de Mira, por donde pasan las embarcaciones que arriban á Puerto-Luis; y que si sus sospechas eran fundadas, lo que sin embargo no podia asegurar, el buque corria el mayor riesgo.

Tomó otro la palabra, y dijo que habia atravesado muchas veces el canal que separa la isleta del Ambar de la costa, y aun le habia sondeado; y que teniendo un anclage escelente, estaba libre el buque de peligro, y tan seguro como en el mejor: « Yo depositaria en él, añadió, *todo* « cuanto tengo, y dormiria á bordo con « tanto sosiego como en tierra. »

El tercero dijo que era imposible que aquel buque hubiese entrado en el canal donde apénas podian navegar las chalupas, y aseguró que le habia visto dar fondo de la parte de allá de la isleta del Ambar; de suerte que si se levantaba viento por la mañana, podria hacerse á la mar, ó tomar puerto como quisiese. Otros de la comitiva fuéron de diferentes

dictámenes; y miéntras que altercaban entre sí, segun la costumbre de los criollos ociosos, guardábamos Pablo y yo un profundo silencio.

Permanecimos allí hasta la punta del dia; pero el cielo estaba tan oscuro y el mar tan nebuloso, que no pudimos descubrir en él ningun objeto, y solo columbrámos á lo largo como una nube opaca, que nos dijéron era la isleta del Ambar, situada á un cuarto de legua de la costa. En suma, el dia era tan tenebroso que no se percibia mas que el estremo de la playa donde nosotros estábamos, y algunos picachos de las montañas de la isla, los cuales se dejaban ver de cuando en cuando por entre las nubes que giraban sin cesar en torno de ellos.

A eso de las siete de la mañana, oimos en el bosque ruido de tambores, y de allí á poco vimos venir á caballo al gobernador M.r de la Bourdonais, con un destacamento de tropa armada, y seguido de

un gran número de criollos y negros; y colocando á los soldados en la playa, les mandó hacer una descarga general de fusileria. Apénas se hizo la descarga, cuando advertimos en el mar una llamarada, seguida inmediatamente de un cañonazo; lo que nos hizo juzgar que el buque estaba á corta distancia de nosotros. Corrimos todos velozmente hácia el parage donde se habia oido el cañonazo, y descubrimos, por entre la niebla, el casco y arboladura de un gran navio, del cual estábamos *tan cercanos*, que sin embargo del ruido de las olas oimos el pito del contramaestre que mandaba la maniobra, y las voces de la tripulacion que gritó por tres veces: ¡ Viva el Rey! porque este es el grito de los Franceses en los mayores apuros, igualmente que en los grandes regocijos.

Desde el punto que el navio S. Gerando nos vió en situacion de poderle socorrer, no cesó disparar cañonazos de tres en tres minutos, M.r de la Bourdonais hizo en-

cender grandes hogueras de trecho en trecho por toda la playa, y envió á buscar á casa de todos los colonos de las inmediaciones víveres, tablones, cables, y toneles vacios. Bien pronto vimos llegar una multitud de ellos, acompañados de sus negros con provisiones, jarcia, y otros utensilios de esta naturaleza, que venian de las habitaciones de los Polvos de Oro, del arrabal del Frasco, y del rio del Baluarte.

Acercóse en esto uno de los mas ancianos al gobernador, y le dijo: « Señor go-
« bernador, toda la noche se ha oido un
« ruido sordo en las montañas: las hojas
« de los árboles se menean en los bosques,
« sin que se sienta ningun viento; las aves
« maritimas se refugian á la tierra: sin
« duda que todas estas señales anuncian un
« huracan. » « ¡ Cómo ha de ser! respon-
« dió el gobernador: venga lo que Dios
« quiera, que á todo estamos dispuestos,
« y los del navio tambien lo estarán por
« su parte. »

En efecto, todo presagiaba la próxima esplosion de un huracan. Las nubes que se distinguian en el cenit eran, en su centro, de un negro horrible, y de color de cobre en la circunferencia; y el aire resonaba con los graznidos de los cuervos, de las fragatas, de los patos, y de una infinidad de aves maritimas, que á pesar de la oscuridad de la atmósfera llegaban, de todos los puntos del horizonte, á buscar asilo en la isla.

Cerca de las nueve de la mañana se oyó en la ribera del mar un ruido formidable, como si torrentes de agua, acompañados de truenos, se despeñasen de la cima de las montañas. Todos gritáron á una voz: « ¡ El huracan, el huracan ! » é inmediatamente un torbellino impetuoso de viento disipó la niebla qne cubria la isleta del Ambar y su canal.

Descubrióse entónces claramente el San Gerando con toda su tripulacion encima de cubierta, bajadas las vergas y masteleros

de las gravias, su pabellon ondeante y hecho giras, con cuatro cables por la proa y uno de reserva á la popa, entre la isleta del Ambar y la tierra, de la parte de acá de la cadena de rocas que circundan la Isla de Francia, por cuyo parage ningun otro navio habia pasado hasta entónces. Presentaba la proa á las olas que venian de mar adentro, y á cada montaña de agua que entraba en el canal, se levantaba su proa de tal forma que se descubria toda la quilla; y zambulliendose con este movimiento la popa, desaparecia á nuestra vista hasta las galerias, como si hubiera sido sumergida en las aguas. En esta posicion, en que el viento y la mar le arrojaban sobre la costa, era igualmente imposible volver á salir por donde habia entrado, ó barar, picando cables, en la playa, de la cual estaba separado por grandes arrecifes. Cada ola que venia á estrellarse contra la costa se adelantaba bramando hasta las rias y ensenadas de las inmediaciones,

llevando los guijarros mas de cincuenta piés tierra adentro; y retirandose despues, dejaba descubierta una gran parte de la ribera, á cuyas piedras hacia rodar con un ruido bronco y espantoso. El mar sublevado por el viento se embravecia por instantes, y todo el canal comprendido entre la isleta del Ambar y esta isla no era mas que un vasto campo de espumas blancas, surcado de negras y profundas olas, cuyas espumas se apiñaban en los recodos de las ensenadas hasta la *altura* de mas de seis piés; y el viento, que barria su superficie, las llevaba, por encima del repecho de la playa, á las tierras apartadas mas de media legua de ella. Al ver sus blancos é innumerables copos, arrojados horizontalmente hasta la falda de los montes, cualquiera diria que era una nevada que salia del mar. El horizonte ofrecia todas las señales de una tempestad duradera, y el mar parecia que estaba confundido con el cielo. Continua-

mente se veian desprenderse del horizonte nubes de un aspecto horrible, que atravesaban el cenit con la velocidad de las aves, miéntras que otras permanecian inmóviles en él, á manera de enormes peñascos. Por ningun lado se descubria el azul del firmamento, y solo iluminaba los objetos de la tierra, del mar y de los cielos, una luz fúnebre y parada.

Con los terribles balances del navio, sucedió lo que se temia. Faltáronle los cables de proa; y como quedó á una sola ancla, fué arrojado contra las peñas á medio cable de la playa. No se oyó entónces mas que un grito general de dolor entre nosotros. A este tiempo iba Pablo á arrojarse al mar, cuando le detuve por el brazo, y le dije: « Hijo mio, ¿quieres ir á « perecer? » A lo que esclamó: « ¡Muera « yo mil veces ántes que dejar de ir á so- « correrla! »

Como el sentimiento le privaba la razon, discurrimos Domingo y yo, para evi-

tar su muerte, atarle á la cintura una soga larga y tenerla nosotros cogida por el otro cabo. Encaminóse entónces Pablo hácia el San Gerando, nadando unas veces, y yendo otras á gatas por los peñascos, hasta tener en varias ocasiones valor para llegar á su bordo; pues el mar en aquellos movimientos irregulares dejaba el navio casi en seco, de modo que se podia andar á pié todo al rededor de él. Pero volviendo inmediatamente con nueva furia sobre la playa, la cubria de enormes rollos de agua, que levantando hasta las nubes la proa del buque arrojaban mucho mas acá de la ribera al infelice Pablo, con las piernas todas ensangrentadas, magullado el pecho, y casi sin aliento.

Apénas recobraba el miserable jóven el uso de los sentidos, cuando se levantaba y volvia con nueva intrepidez hácia el navio que los golpes de mar iban abriendo por instantes con horribles crujidos. Toda la tripulacion, desahuciada ya de poder

salvar la vida en el buque, se precipitaba en tropel al mar, los unos en los gallineros, los otros en las vergas, y la mayor parte en toneles y tablones.

Vióse entónces el objeto mas digno de eterna compasion, que fué presentarse en la galería de popa del San Gerando una jóven con los brazos tendidos hácia aquel que hacia tantos esfuerzos para llegar á ella. Esta jóven era la infeliz Virginia, quien desde luego conoció á Pablo por su intrepidez y denuedo.

La vista de esta amable criatura, espuesta á tan inminente peligro, acabó de consternar á todos los espectadores, particularmente cuando advertimos que nos hacia señal con la mano, aunque con cierto aire de nobleza y tranquilidad, como diciendonos á Dios para siempre. Todos los marineros se habian echado al agua, ménos uno que se conocia intentaba persuadirla á que se desnudara y salvara la vida por este medio, arrojandose

con él al mar; mas ella, resistiendolo con dignidad, levantó los ojos al cielo y huyó de allí. Gritáron entónces todos los concurrentes: « ¡Sálvala, sálvala; no la de-« sampares! » Pero en aquel mismo instante una montaña de agua se introdujo entre la isleta del Ambar y la costa, y se abalanzó bramando hácia el navío, al cual amenazaba con sus flancos negros y sus cimas espumosas y encrespadas. A tan terrible aspecto, el marinero se arrojó solo al mar, y Virginia, viendo la muerte inevitable, se ciñó con una mano los zagalejos, puso la otra sobre el corazon, y levantando al cielo sus ojos serenos se mostró como un ángel que remonta su vuelo hácia el empireo.

¡O dia espantoso! ¡ay de mí! todo fué sumergido. La ola hizo retirar muy tierra adentro á una parte de los espectadores que por un sentimiento de humanidad se habian acercado á socorrer á Virginia, igualmente que al marinero que la quiso

salvar á nado. Aquel hombre caritativo, viendose libertado de una muerte casi cierta, se arrodilló en la arena, y esclamó: « ¡ O Dios mio ! vos me habeis sal-
« vado la vida; pero la hubiera dado muy
« contento por esta modesta y virtuosa
« doncella que jamas ha querido desnu-
« darse como yo. »

Domingo y yo retirámos de las aguas al desgraciado Pablo, privado de sentido, y arrojando sangre por boca y oidos. El gobernador mandó entregarle á los cirujanos; y entretanto nos pusimos á buscar por toda la playa el cuerpo de Virginia. Pero cambiandose repentinamente el viento, como sucede de ordinario en los huracanes, tuvimos el dolor de creer que ni aun podriamos tributar á esta malograda jóven los últimos honores de la sepultura. Con esta zozobra nos alejámos de aquel sitio llenos de la mayor consternacion y pena, no solo nosotros, sino todos los que fuéron testigos de un naufragio tan lastimoso, en

que pereciéron muchas personas, y particularmente una muchacha como Virginia, digna de mejor suerte por sus virtudes. Pero los decretos ocultos de la Providencia son siempre adorables para el hombre religioso.

En este intermedio fuimos á ver á Pablo que ya empezaba á recobrar el uso de los sentidos en una habitacion inmediata, donde le depositáron miéntras volvia en sí y se ponia en estado de ser conducido á la de su madre. Pero yo tuve que *volverme* desde allí con Domingo, á fin de preparar á la madre de Virginia y á su amiga á recibir la primera noticia de un fracaso tan inesperado como infausto.

Cuando llegámos á la entrada del valle del rio de los Lataneros, nos dijéron unos negros que el mar arrojaba muchos despojos del San Gerando en la playa de enfrente. Bajámos al instante á ella; y uno de los primeros objetos que descubrí en la ribera, fué el cuerpo de Virginia, medio

enterrado en la arena, y en la misma actitud en que acabábamos de verla perecer. Sus facciones no estaban sensiblemente alteradas: los ojos los tenia cerrados, aunque resaltaba todavia en su frente la serenidad, y solamente se veian confundidas en sus mejillas las pálidas violetas de la muerte con las rosas del pudor. Tenia una mano sobre su ropa y la otra sobre el corazon, pero tan fuertemente apretados los dedos, que me costó mucho trabajo quitarle una cajita que tenia en ella. Mas ¡ cual fué mi sorpresa cuando vi que era el retrato de Pablo, á quien habia prometido no desprenderse de él hasta la muerte ! Con este último testimonio de la constancia y amor de la infeliz Virginia, lloré amargamente; y Domingo, golpeandose el pecho, penetraba el aire con dolorosos ayes. Llevámos el cadáver á una choza de pescadores, y se le dimos á guardar entretanto á unas pobres mugeres de la costa de Malabar, que cuidáron de lavarle.

Miéntras ellas se ocupaban en tan triste ministerio, subimos nosotros temblando á la cabaña de madama de La Tour, á quien encontrámos rezando con Margarita, y esperando noticias del San Gerando. Luego que me avistó madama de La Tour, esclamó: « ¿Donde está mi hija, « la hija querida de mis entrañas? ¿donde « está mi Virginia? » Y no pudiendo dudar de su desgracia por mi silencio y mis lágrimas, le asaltó repentinamente una mortal congoja, que embargandole la voz no le permitia mas que sollozar. Margarita esclamó al mismo tiempo: « ¿Donde « está mi hijo? yo no veo á mi hijo; » y en esto se acongojó. Corrimos á socorrerla; y habiendo contribuido por nuestra parte á que volviera en sì, le aseguré que Pablo vivia y quedaba al cuidado del gobernador: con cuya noticia recuperó sus sentidos, y solo se ocupó en la asistencia de su amiga á quien asaltaban largas congojas. Por fin, madama de La Tour pasó toda la

noche en aquellas crueles agonías, que por su mucha duracion me acabáron de confirmar que no hay dolor igual al dolor materno. Cuando recobraba el conocimiento, fijaba sus ojos turbios y desconsolados en el cielo; y por mas que su amiga y yo la apretábamos las manos entre las nuestras, dandole los nombres mas cariñosos y tiernos, se mostraba insensible á estos testimonios de nuestra antigua amistad, y solo salian de su pecho oprimido sordos gemidos.

Por la mañana fué conducido Pablo á la habitacion de su madre, recuperados ya sus sentidos, aunque sin poder proferir una palabra. La primera vista con su madre y madama de la Tour, que tanto temia yo al principio, produjo mejor efecto que todas las precauciones tomadas por mi hasta entónces. Un rayo de consuelo se dejó ver en los semblantes de aquellas infelices madres, las cuales arrimandose á él le besáron y diéron muchos abrazos, comen-

zando á correr abundantemente sus lágrimas, que el esceso del dolor habia tenido embargadas hasta aquel momento. No tardó Pablo en mezclar las suyas con las de ellas; y habiendose desahogado asi la naturaleza en aquellas tres víctimas de la desgracia, un largo sopor se sucedió al estado convulsivo de su pena, que les proporcionó una especie de reposo letárgico, semejante en cierto modo al de la muerte.

M.r de la Bourdonnais me envió á decir reservadamente que el cuerpo de *Virginia* habia sido conducido por órden suya á Puerto-Luis, desde donde pensaba trasladarlo á la iglesia de las Pamplemusas. Bajé al instante al puerto, donde hallé congregados colonos de todos los puntos de la isla para asistir al entierro, como si todo el pais hubiera perdido la prenda de mas subido precio. Las naves de la bahia con las vergas cruzadas y los pabellones tremolantes disparaban cañonazos de tiempo en tiempo; los granaderos abrian el camino

del acompañamiento lúgubre con los fusiles á la funerala : sus tambores cubiertos de arriba abajo de crespon negro sonaban sorda y melancólicamente, y se veia retratada la imágen de la tristeza en los semblantes de aquellos guerreros que tantas veces habian arrostrado la muerte en la pelea, sin inmutarseles el color. Ocho doncellas de las mas principales de la isla, vestidas de blanco y con palmas en las manos, llevaban el cuerpo de su virtuosa compañera, cubierto de flores. Seguialas un coro de niños que entonaban himnos y cánticos de alabanzas; y en pos de ellos iban las gentes mas distinguidas de la isla, y el estado mayor de la plaza, presidido por el gobernador, que cerraba el acompañamiento, y una infinidad de personas del pueblo.

Esto fué lo que el gobernador dispuso para tributar los debidos honores á la virtud de Virginia; pero cuando llegáron con el cuerpo al pié de esta montaña, y á la

vista de estas cabañas (que tanto tiempo habia hecho felices con su presencia, y ahora despues de su muerte causan mi mayor tormento) toda la pompa fúnebre se desordenó: los himnos y cánticos cesáron repentinamente, y no se oia mas que los gritos y lamentos de todos los concurrentes. Las madres pedian á Dios una hija como ella: las hijas una modestia y obediencia igual á la suya; los pobres una amiga tan tierna; los esclavos una ama tan bondadosa y benéfica: finalmente *todos*, jóvenes y ancianos, padres é hijos, ricos y pobres, grandes y pequeños, lloraban sobre su féretro la suerte de Virginia.

Cuando llegó al lugar de su sepultura, las negras de Madagascar y las Cafres de Mozambique presentáron en su entierro canastillos de frutas, y colgáron de los árboles cercanos telas y estofas de diferentes géneros, segun la costumbre de su pais; y las Indias de Bengala y de la costa de Malabar lleváron jaulas con muchos y di-

versos pajarillos, á los cuales diéron libertad sobre la misma tumba de Virginia: ¡cuan cierto es que todas las naciones se interesan en rendir homenage á la virtud desgraciada, reuniendose de comun acuerdo al rededor de su sepulcro!

Fué enterrada cerca de la iglesia de las Pamplemusas, al pié de un grupo de bambúes, donde gustaba descansar, sentada al lado de aquel que ella llamaba hermano, cuando iba á misa con su madre y Margarita.

Acabada la pompa fúnebre, M.r de la Bourdonais subió á estas cabañas, acompañado de una parte de su numerosa comitiva, y ofreció á madama de La Tour y á su amiga todos los auxilios que estuviesen de su parte, espresandoles en breves, pero enérgicas palabras, la indignacion que le habia causado el proceder de su inhumana tia. Despues se dirigió á Pablo, y le dijo cuanto juzgó mas oportuno para consolarle en tan lastimosa si-

tuacion. Y animandole á que se embarcara cuanto ántes para Francia, donde le prometia toda su proteccion en la corte, y cuidar entretanto de su madre como de la suya misma, le alargó la mano de amigo; mas Pablo retiró la suya, y volvió la cara á otro lado por no mirarle.

Yo, pues, en semejantes circunstancias determiné quedarme para hacer compañia á mis desgraciadas amigas, y darles, igualmente que á Pablo, todos los consuelos que me fuesen posibles. Pasadas tres semanas se halló Pablo en estado de poder andar; pero parecia que se aumentaba su tristeza á medida de que su cuerpo iba adquiriendo vigor. Mostrabase insensible á todo; sus ojos estaban amortiguados, y no respondia á nada de lo que se le preguntaba. Madama de La Tour, mas muerta que viva, le decia muchas veces: « Hijo « mio, jamas te veo, que no me parezca « ver á mi amada Virginia. » Al oir Pablo el nombre de Virginia, se estremecia y se

alejaba de ella, á pesar de las voces é instancias de su madre para que no se apartara de allí; y encaminandose al jardin, se sentaba al pié del cocotero de Virginia, y fijaba los ojos en su fuente.

El cirujano del gobernador, que con el mayor esmero le habia asistido, nos dijo un dia, que para quitarle la negra melancolia que le atormentaba, era necesario dejarle hacer todo lo que quisiera, sin contradecirle en nada, y que este era el único medio que habia de vencer el silencio en que se obstinaba: cuyo consejo resolví seguir en lo sucesivo.

En efecto, luego que Pablo se sintió mas restablecido, lo primero que hizo fué alejarse de la posesion; mas como yo no le perdia de vista, le fuí siguiendo, y dije á Domingo que nos acompañara y llevara provisiones para algunos dias. A medida de que Pablo bajaba esta montaña, parecia que renacian sus fuerzas y alegria. Tomó desde luego el camino de las Pamplemusas;

y cuando llegámos cerca de la iglesia y del grupo de bambúes, se fué en derechura al parage donde vió la tierra recientemente movida : arrodillóse allí, y levantando los ojos al cielo hizo una larga oracion.

Este paso me pareció de muy buen agüero para el recobro de su razon, pues semejante señal de confianza en el Ser supremo manifestaba que su alma comenzaba á recuperar el ejercicio de sus funciones naturales. Domingo y yo nos arrodillámos á ejemplo suyo, y orámos con él : *despues* se levantó, y se encaminó hácia la parte del norte de la isla, sin hacer mucho caso de nosotros. Como yo estaba cierto de que ignoraba donde se habia depositado el cadáver de Virginia, y aun si le habian sacado del mar, le pregunté porque habia ido á rezar al pié de los bambúes, y me respondió suspirando : « Hemos estado allí « tantas veces Virginia y yo. »

Continuó caminando hasta la entrada del bosque, donde nos cogió la noche. Allí

le escité con mi ejemplo á tomar un poco de alimento, y despues nos recostámos sobre la yerba al pié de un árbol, persuadido yo de que al dia siguiente resolveria volverse á casa. En efecto, luego que amaneció, estuvo mirando bastante tiempo ácia la llanura de la iglesia de las Pamplemusas, y aun hizo algunos movimientos como para retroceder; pero de allí á un instante se internó repentinamente en el bosque, dirigiendo siempre sus pasos hácia el norte. Conociendo yo su intencion, procuré distraerle de ella; pero fuéron inútiles mis esfuerzos. Llegámos finalmente, cerca de mediodia, á la punta de los Polvos de Oro, y bajó precipitadamente á la playa del mar, enfrente del parage donde naufragó el San Gerando; y á vista de la isleta del Ambar, y de su canal entónces terso y apacible como un cristal, esclamó: « ¡Virginia! ¡amada Virginia! » y en esto se desmayó.

Domingo y yo le condujimos en hom-

bros á lo interior del bosque, donde nos vimos muy apurados para hacerle volver en sí; y habiendole conseguido, se empeñó de nuevo en volver á las orillas del mar, hasta que habiendole suplicado que no renovara nuestro dolor y el suyo con tan crueles memorias, tomó otra direccion. Finalmente, por espacio de ocho dias, no cesó de andar de una parte á otra, recorriendo uno por uno los lugares donde habia estado con la compañera de su infancia; la senda por donde habia ido *á pedir* el perdon para la esclava de Rio-negro; *las* márgenes del rio de los Tres-Pechos, donde Virginia se sentó por no poder andar, y la parte del bosque donde los dos se estraviáron. Todos los sitios que le recordaban las inquietudes, los entretenimientos, los banquetes, la beneficencia de su querida Virginia; el rio de la Montaña-larga, mi cabaña, la cascada inmediata, el papayo plantado por su mano, los cruceros de la floresta donde ella se complacia en cantar,

la era ó esplanada inmediata á su casa donde gustaba de correr: todos estos sitios, repito, le hiciéron derramar sucesivamente lágrimas de afliccion; y los mismos ecos que tantas veces habian resonado con los gritos comunes de su mutua alegría, no repetian entónces mas que estos acentos doloridos: « ¡Virginia!... ¡amada Vir-« ginia! »

Con aquella vida errante y salvage se le hundiéron los ojos, cubrió su rostro una mortal palidez, y su salud se deterioró considerablemente. Persuadido yo de que el sentimiento de los males presentes se duplica con el recuerdo de los placeres pasados, y que las pasiones crecen y se fortifican con la soledad, resolví apartar á mi infeliz amigo de los lugares que renovaban la memoria de la pérdida de la prenda de su amor, y trasladarle á otro parage de la isla, donde encontrase mas distraccion y variedad de objetos.

A este efecto le llevé á las alturas habi-

tadas del distrito llamado de Williams, donde no habia estado nunca, y en cuya parte de la isla la agricultura y el comercio estaban á la sazon en su mayor auge y actividad, pues por todas partes habia cuadrillas de carpinteros que cortaban maderas; y otros que las serraban en tablones; carretas que iban y venian de una parte á otra por todos sus caminos; grandes manadas de bueyes y de caballos que pastaban en su fértil campiña, y una infinidad de casas distribuidas por los *campos*. *Por* otro lado, la elevacion del suelo permite plantar allí en muchos parages diversas especies de vegetales de la Europa, y se veian aquí y allí mieses doradas en la llanura, verdes tapetes de fresales en los descampados de los bosques, y á lo largo de los caminos setos de rosales. Ademas de esto, la frescura del aire que allí se respira, dando tension á los nervios, es por consiguiente favorable á la salud aun de los mismos blancos.

Desde aquellas alturas, situadas casi en el centro de la isla y rodeadas de grandes bosques, no se descubre ni el mar, ni Puerto-Luis, ni la iglesia de las Pamplemusas, ni otro objeto que pudiera escitar en Pablo la memoria de Virginia. Las mismas montañas, que se presentan á la vista en diferentes graduaciones por el lado de Puerto-Luis, no ofrecen, miradas desde las llanuras de Williams, mas que un promontorio en línea recta y perpendicular, en el cual sobresalen varios picachos muy elevados, donde se apiñan las nubes.

A aquellas llanuras, pues, conduje yo á Pablo, trayendole en continuo movimiento de una parte á otra, de noche y de dia, al agua y al sol, y aun estraviandole de propósito en los bosques, prados y campos, con el fin de distraer su ánimo con la fatiga del cuerpo, y de hacerle mudar de reflexiones con la ignorancia del lugar donde nos hallábamos, y del camino

que habiamos perdido. Pero el alma de un amante encuentra en todas partes los vestigios del objeto amado : la noche y el dia, el bullicio y la soledad, el tiempo mismo que se lleva tras si tantas memorias, nada puede apartarle de él : bien asi como la aguja magnetizada, que, por muchas agitaciones que padezca, se vuelve ácia el polo que la atrae, inmediatamente que la dejan en reposo. Y asi, cuando yo le preguntaba á Pablo, estraviado en medio de un bosque : « Adonde irémos ahora ? » se volvia ácia el norte, y me decia : « Allí « estan nuestras montañas, volvamonos á « ellas. »

Bien pronto conocí que todos los medios, discurridos por mi para distraerle, eran inútiles, y que no me quedaba otro recurso que combatir su pasion con sus mismas armas, valiendome para esto de todas las fuerzas de mi débil razon ; y asi le respondi : « Si, aquellas son las monta- « ñas donde vivia tu querida Virginia, y

« este el retrato que le diste junto á la « fuente de los cocoteros, y que ella con- « servó hasta el último instante de su « vida. » Al punto que Pablo vió el retrato, me le arrancó de las manos con una especie de furia, comenzó á temblar, y se le inflamáron los ojos, detenidas en ellos las lágrimas sin poder correr. Yo entónces viendole tan inmutado, le hice las reflexiones siguientes :

« Escucha mis razones, querido Pablo, « que soy tu amigo, y lo he sido igual- « mente de Virginia, y no ignoras que he « procurado siempre, en medio de vues- « tras esperanzas, fortificar vuestra razon « contra los accidentes imprevistos de la « vida. ¿De que te lamentas con tanta « amargura? ¿de tu desgracia, ó de la de « Virginia ?

« ¿Te lamentas de tu desgracia? Sin « duda que es muy grande, pues has per- « dido la mejor de las mugeres, que ha- « biendo sacrificado sus intereses á los

« tuyos, te prefirió á los bienes de la for-
« tuna, como el único premio digno de su
« virtud. Pero ¿ que sabes tú si el objeto
« de quien podias esperar una felicidad
« tan pura, tal vez seria para ti la causa
« de una infinidad de males? Virginia era
« pobre y estaba desheredada; y tú única-
« mente la podias mantener con el trabajo
« de tus manos. Habiendose criado con
« mas delicadeza que tú, y adquirido mas
« valor con su misma desgracia, la hubie-
« ras visto desmejorarse de dia en dia, es-
« forzandose en partir contigo el peso de
« tus fatigas. ¡Cuanto no se acrecentarian
« tus penas y las suyas, si teniendo hijos
« mañana ú otro dia, os viérais precisados
« á mantener, con solo tu trabajo, á vues-
« tras ancianas madres, y una dilatada
« familia!

« Tú me dirás que el gobernador os
« ayudaria; pero ¿quien sabe si en una
« colonia donde se mudan tan á menudo
« los gobernadores, hallariais otro como

« M.r de la Bourdonnais? ¿ Quien te ase-
« gura á ti que el que venga despues de
« él no sea hombre de malas costumbres y
« peor modo de pensar? Y en este caso,
« ó vivirias pobre toda tu vida, ó te es-
« pondrias á las asechanzas de su corrup-
« cion por conservar tu honor y el de tu
« esposa, siendo perseguido por aquellos
« mismos de quienes esperabas proteccion
« y amparo.

« Me podrás decir que á lo ménos go-
« zarias de la felicidad independiente de
« la fortuna, esto és, de proteger al ob-
« jeto amado que se estrecha con nosotros
« en proporcion de su misma debilidad, de
« consolarle con tus propias inquietudes,
« de alegrarle con tu misma tristeza, y
« de aumentar el amor con vuestras penas
« mutuas. No hay duda que la virtud y
« el amor, en los matrimonios bien ave-
« nidos, gozan de estos placeres amargos.
« Pero Virginia ya no existe, y te quedan
« los dos objetos que despues de ti ha amado.

« mas en este mundo, que son su madre y
« la tuya, á quienes tu dolor inconsolable
« hará descender al sepulcro. Pon, pues,
« tu dicha en ayudarlas, como la tenia
« puesta ella misma. La beneficencia, *hijo*
« mio, es la felicidad de la virtud, y no
« hay otra mayor ni mas segura que
« ella sobre la tierra. Los proyectos de
« placeres, de tranquilidad, de delicias,
« de abundancia y de gloria, no estan
« hechos para el hombre, débil por na-
« turaleza, y pasagero en esta *vida*. *Ob-*
« serva como un paso dado *hácia la* for-
« tuna nos ha precipitado á todos de abismo
« en abismo. Verdad es que tú te opusiste
« al viage de Virginia; pero ¿quien diria
« que no habia de ser para su mayor bien
« tuyo? Las instancias de una parienta
« anciana y rica, los consejos de un go-
« bernador prudente, los aplausos de una
« colonia, las exhortaciones y autoridad
« de un ministro de Dios han decidido de
« la suerte de Virginia. Asi regularmente

« corremos á nuestra perdicion, deslum-
« brados con las esperanzas de un mundo
« engañador. Pero al cabo, de tantos hom-
« bres como vemos tan afanados en estas
« llanuras, de tantos como van á buscar
« fortuna á las Indias, ó que sin salir de
« su casa disfrutan tranquilamente en Eu-
« ropa de los sudores de estos, ni uno solo
« hay que no esté destinado á perder un
« dia lo que mas estima, grandeza, for-
« tuna, muger, hijos y amigos. La mayor
« parte tendrán que añadir á esta pérdida
« la memoria de su propia imprudencia?
« mas tú, entrando dentro de ti mismo,
« nada tienes de que reprehenderte, pues
« siempre has tratado á Virginia con las
« miras mas legítimas, mas puras y mas
« desinteresadas. Es verdad que la has per-
« dido; pero no ha sido por imprudencia,
« avaricia, ú otra falta tuya, sino porque
« Dios ha querido valerse de las pasiones
« de otros para quitarte el objeto de tu
« amor: Dios, digo, de quien tienes todo

« lo que eres, que vé todo lo que te con-
« viene, y cuya sabiduría no te deja nin-
« gun lugar á la desesperacion y al arre-
« pentimiento, compañeros inseparables
« de los males de que nosotros hemos sido
« los autores.

« Laméntaste de la desgracia de Virgi-
« nia, de su triste fin, y de su estado
« presente; ¿y porqué? Ella ha padecido
« la suerte reservada á la grandeza, á la
« hermosura y á los imperios mismos. La
« vida del hombre, con todos sus proyec-
« tos, se eleva como una torre cuyo co-
« ronamiento ó remate es la muerte. Es-
« taba condenada á morir desde el instante
« de su nacimiento. ¡ Dichosa ella en ha-
« berse desatado de los lazos de la vida
« ántes que su madre, que la tuya y
« que tú mismo, quiero decir en no
« haber muerto muchas veces ántes de la
« última!

« La muerte, hijo mio, es un bien para
« el hombre justo; es la noche de este dia

« inquieto que se llama vida, y el término
« de las enfermedades, pesares, aflicciones
« y temores que continuamente agitan á
« los miseros mortales. Sondea á los hom-
« bres que parecen mas dichosos, y verás
« cuan caramente han comprado su pre-
« tendida felicidad; la opinion pública, á
« costa de mil males domésticos; las rique-
« zas, á costa de la pérdida de la salud;
« el placer tan raro de ser amado, á costa
« de continuos sacrificios: y regularmente,
« al fin de una vida sacrificada á los inte-
« reses de otro, no ven al rededor de si
« mas que amigos falsos y parientes in-
« gratos. Pero Virginia ha sido feliz hasta
« el último momento: lo fué en nuestra
« compañia con los bienes de la natura-
« leza, y léjos de nosotros con los de la
« virtud; y aun en el instante terrible en
« que la vimos perecer, fué igualmente
« feliz; porque, ya echase los ojos sobre
« toda una colonia, en cuyos habitantes
« causaba una desolacion universal, ya los

« echase sobre ti, que con tanta intrepidez
« volabas á su socorro, tuvo el consuelo
« de ver cuan amada era de todos. Forti-
« ficada en aquel momento con el testimo-
« nio de la inocencia de su vida, recibió
« entónces el precio que el cielo reservaba
« á su virtud, un valor superior á los ries-
« gos : en una palabra, presentó á la
« muerte un rostro sereno.

« Dios, hijo mio, da en que merecer á
« la virtud en los varios lances de la vida,
« para manifestar que ella sola es la que
« puede hallar felicidad y gloria en los
« acontecimientos mas terribles. Cuando
« le reserva una reputacion ilustre, la eleva
« sobre el gran teatro del mundo, y la pone
« en combate con la muerte; entónces su
« valor sirve de ejemplo, y la memoria
« de sus desgracias recibe para siempre un
« tributo de lágrimas de la posteridad. Ve
« aqui el monumento inmortal que está
« reservado para la virtud en una tierra en
« que todo pasa, y hasta la memoria de la

« mayor parte de los grandes es sepultada
« en eterno olvido.

« Pero Virginia vive todavia. El mismo
« Dios que la crió, la hace feliz premiando
« sus virtudes. Ya sabes, hijo mio, que
« hay un Ente supremo, á quien toda la
« naturaleza anuncia, y cuya existencia te
« dicta tu mismo corazon, penetrado de la
« grandeza de sus obras que estan á la vista
« de todos. El es el que premia las virtu-
« des, ó castiga severamente los vicios,
« sin que ningun mortal pueda frustrar
« los decretos de su justicia. La religion
« te lo enseña, y no necesito detenerme
« ahora en probarte una verdad de que
« estás bien convencido. ¡ Ah ! si Virginia
« ha sido feliz con nosotros, lo será actual-
« mente mucho mas con la posesion de su
« criador. Asi es de esperar de la infinita
« bondad de Dios, y de la justicia con que
« juzga á sus criaturas. Vuelvo á repetir :
« Virginia es feliz en el cielo ; y si desde la
« morada de los ángeles pudiera comuni-

« carse á ti, te diria como por última des-
« pedida : ¡O Pablo! la vida no es mas
« que una continua prueba. Yo atravesé
« los mares por obedecer á mis padres;
« renuncié las riquezas por conservar mi
« fé, y preferi la muerte á la violacion del
« pudor. El cielo me ha libertado, en pre-
« mio, de la pobreza, de la calumnia, y
« de todos los males que afligen al linage
« humano en ese globo de miserias, donde
« la vida está en continua lucha con la
« muerte, y la inocencia con la injusticia;
« y ¡tu me lamentas! Aqui gozo de una
« dicha eterna é inefable, sin mezcla de
« disgustos ni zozobras que la perturben.
« Sufre, pues, el estado de prueba en que
« te ha puesto la Providencia en ese mundo,
« para ser feliz conmigo en este por toda
« una eternidad. Aqui tendrán fin tus pe-
« nas, y se enjugarán tus lágrimas. ¡O
« Pablo! ¡Pablo! eleva tu alma á lo in-
« finito, para soportar los trabajos de un
« instante. »

Al llegar aqui, mi propio acaloramiento puso fin á mi discurso. Pero Pablo mirandome de hito en hito, esclamó: « ¡ Pero ella no vive! ¡ ella no vive! » y una larga congoja se siguió á estas dolorosas espresiones. Despues, volviendo en si, me dijo: « Ya que la muerte es un « bien, y Virginia feliz, quiero morir « cuanto ántes para juntarme con ella. » De modo que las mismas razones con que yo procuraba consolarle, solo sirviéron para fomentar mas su pena; y me vi entónces en el mismo caso de un hombre que intenta salvar á su amigo que se sumerge en un rio sin querer nadar. El dolor tenia sumergido á Pablo. ¡ Ay de mi! las desgracias de la primera edad disponen al hombre para la entrada de la vida, y Pablo no habia esperimentado ninguna.

Volvimos por fin á su cabaña, donde encontré á su madre y á madama de La Tour en peor estado que ántes de nuestra salida; pero particularmente Margarita

era la que se hallaba mas abatida de ánimo. Los genios vivos, en los cuales hacen poca mella las penas ligeras, son los que ménos resisten á las grandes pesadumbres.

Consolélas del modo posible, y Margarita me contó lo siguiente: « Sabed, vecino, como esta noche me pareció ver « á Virginia vestida de blanco, en medio « de florestas y jardines deliciosos, que me « decia: Yo gozo de una felicidad digna « de envidia. Despues se acercó á *Pablo* « con semblante muy risueño, y *se le llevó* « consigo; y como yo hiciese esfuerzos « para detener á mi hijo, esperimenté « que yo misma dejaba la tierra, y le seguia con un gusto indecible. Quise entónces despedirme de mi amiga, mas vi « que nos seguia con Domingo y Maria. « Pero lo que me parece mas estraño (continuó), es que madama de La Tour ha « tenido un sueño, esta noche, acompañado de las mismas circunstancias. »

Como ellas no eran supersticiosas, me persuadi desde luego que el sueño podria tener alguna analogia con otros de que nos hablan las historias, que han sido mirados como inspiraciones del cielo. Pero sea como quiera, lo cierto es que el de estas infelices mugeres tardó bien poco en realizarse. Pablo murió dos meses despues de su amada Virginia, cuyo nombre no cesaba de pronunciar. Margarita vió acercarse su fin ocho dias despues de la de su hijo, con una alegria que solo la virtud es capaz de esperimentar, despidiendose con la mayor ternura de madama de La Tour, con la esperanza, como ella decia, de una dulce y eterna reunion en la otra vida.

El gobernador se encargó de la subsistencia de Domingo y Maria, que ya no se hallaban en estado de servir, y no sobreviviéron mucho tiempo á sus amas. El pobre Leal tambien murió de pura vejez, casi al mismo tiempo que su amo.

La que se sostuvo, en medio de tantas desgracias, con increible grandeza de ánimo, fué madama de La Tour, á quien yo llevé á mi compañia. Esta valerosa muger, despues de haber consolado á Pablo y Margarita, como si ella no tuviese otros males que llorar mas que los de estos, me hablaba todos los dias de ellos, como de unos amigos estimados que vivian en las inmediaciones. Pero tampoco les sobrevivió sino un mes.

Por lo que mira á la tia de Paris, léjos de atribuirle madama de La Tour sus males, pedia á Dios la perdonara, y libertara su espiritu de las horribles inquietudes que, segun supimos despues, la agitáron desde que tuvo la inhumanidad de despedir de su casa á Virginia. Pero esta tia desapiadada no tardó en esperimentar el castigo de su dureza, pues por varias embarcaciones que posteriormente llegáron á esta isla, se supo que estaba poseida de una especie de melancolia, que le hacia

igualmente insoportables la muerte y la vida. Tan pronto se achacaba á si misma el fin prematuro de su sobrinita, y la muerte de su madre que á ella se habia seguido; tan pronto se aplaudia de haber desterrado de su vista á dos infelices que por su bajo modo de pensar, como ella decia, habian deshonrado su casa y familia. A veces, volviendose furiosa á vista de tantos pobres como hay en Paris: « ¿Porque no los envian, esclamaba, á « estos haraganes á perecer en nuestras « colonias? » A temporadas daba en ser devota, y otras por el estremo opuesto, sin acertar jamas á guardar el justo medio de una virtud sincera y constantemente seguida. En suma, lo que mas aceleró el término de su miserable vida, fué el remordimiento que la devoraba de haber sacrificado los sentimientos naturales de la sangre á la avaricia de su corazon y á la vanidad de su familia; y aun tuvo el desconsuelo de ver pasar sus bienes á unos

parientes que aborrecia. Y habiendo intentado, en venganza, enagenar lo mas pingüe de su patrimonio, por que no recayera todo en ellos, los mismos parientes, aprovechandose de la especie de mania á que estaba sujeta, la hiciéron encerrar como loca, y pusiéron sus bienes en administracion. Asi que sus mismas riquezas fuéron la causa de su perdicion, y como ellas habian empedernido el corazon de la que las poseia, por la misma razon endureciéron el de los que las deseaban. *En* suma, para colmo de su desgracia, murió con bastante conocimiento para verse despojada y ultrajada por aquellos que la habian dirigido durante su vida.

Cerca del sepulcro de Virginia, al pié del grupo de bambúes ó cañas, fué enterrado su amigo Pablo; y al rededor de ellos sus tiernas madres, y los fieles criados Domingo y Maria. Sobre sus humildes sepulturas no se eleváron mármoles, ni se grabáron inscripciones en loor de sus vir-

tudes; pero en recompensa de estos vanos aparatos, ha quedado indeleble su memoria en los corazones de aquellos á quienes tenian obligados con beneficios. Sus sombras no tienen necesidad del esplendor de que huyéron cuando vivian; prefieren al contrario andar errantes debajo del pajizo techo de las humildes chozas donde habita la virtud laboriosa, consolando á la pobreza no contenta con su suerte, é inspirando á todos el gusto de los bienes naturales, el amor al trabajo, y el temor de las riquezas.

La voz del pueblo, que calla sobre los monumentos elevados á la gloria de los potentados y conquistadores de la tierra, ha dado nombres á algunos parages de esta isla, que eternizarán la pérdida de Virginia. Se vé cerca de la isleta del Ambar, en medio de los arrecifes, un sitio llamado el Paso del San Gerando, del nombre del navio en que naufragó Virginia. La estremidad de aquella larga

punta de tierra que veis, á tres leguas de aqui, medio cubierta con las olas del mar, y que el San Gerando no pudo doblar, la víspera del huracan, para entrar en el puerto, se llama el Cabo desgraciado; y ved allí en frente de nosotros, en los confines de ese valle, la Bahia del sepulcro, donde se encontró entre la arena el cadáver de Virginia: como si el mar hubiese querido restituirle á su familia, y tributar los últimos homenages á su pudor en las mismas playas que ella habia *honrado* con la inocencia de su vida.

¡ Jóvenes tan tiernamente unidos ! ¡ madres desgraciadas ! ¡ amadas familias ! estos bosques que os daban su sombra, estas fuentes que manaban para vosotros, estos oteros donde reposábais todos juntos, lloran todavia el haberos perdido. Nadie, despues acá, se ha atrevido á cultivar esta tierra desolada, ni á reedificar estas humildes cabañas. Vuestras cabras se han hecho montaraces; vuestros ver-

geles estan destruidos; vuestros pájaros han huido; y solo se oyen los silbidos de los gavilanes y aves de rapiña que vuelan en torno de este recinto de peñascos. Yo, desde que no os veo, soy como un amigo que ya no tiene amigos, como un padre que ha perdido á sus hijos, como un viagero que anda errante sobre la tierra, donde ha quedado solo, triste y afligido.

Al acabar estas palabras, echó á andar el buen anciano, derramando abundantes lágrimas; y las mias habian corrido mas de una vez durante esta funesta relacion.

FIN.